

**MANUEL  
SCORZA**



**REDOBLE  
POR RANCAS**

*se*

*Redoble por Rancas* es un asombroso despliegue de fantasía, surgida de la realidad y enlazada con ella a la manera de la balada popular. Su autor, el vibrante poeta peruano Manuel Scorza, compone los elementos de la novela – primera de una serie de cinco, a la vez que relato autónomo – a través del prisma de la lejanía y de la simplificación, de la sátira y del patetismo.

En la desolada altoplanicie del Perú, se despliega, voraz, la tragedia: crece mítico el cerco metálico que arrebató las tierras a los campesinos. Intención social, poesía, imaginación, se combinan en este gran libro, escrito con tersa y rica expresividad.

**Manuel Scorza**

**Redoble por Rancas**

Título original: *Redoble por Rancas*

Manuel Scorza, 1970

Para Cecilia, siempre.

«Tout sera oublié et rien sera réparé».

MILAN KUNDERA.

## NOTICIA

*Este libro es la crónica exasperantemente real de una lucha solitaria: la que en los Andes Centrales libraron, entre 1950 y 1962, los hombres de algunas aldeas sólo visibles en las cartas militares de los destacamentos que las arrasaron. Los protagonistas, los crímenes, la traición y la grandeza, casi tienen aquí sus nombres verdaderos.*

*Héctor Chacón, el Nictálope, se extingue desde hace quince años en el presidio del Sepa, en la selva amazónica. Los puestos de la Guardia Civil rastrean aún el poncho multicolor de Agapito Robles. En Yanacocha busqué, inútilmente, una tarde lívida, la tumba del Niño Remigio. Sobre Fermín Espinoza informará mejor la bala que lo desmoronó sobre un puente del Huallaga.*

*El doctor Montenegro, juez de Primera Instancia desde hace treinta años, sigue paseándose por la plaza de Yanahuanca. El Coronel Marruecos recibió sus estrellas de General. La «Cerro de Pasco Corporation», por cuyos intereses se fundaron tres nuevos cementerios, arrojó, en su último balance, veinticinco millones de dólares de utilidad. Más que un novelista, el autor es un testigo. Las fotografías que se publicarán en un volumen aparte y las grabaciones magnetofónicas donde constan estas atrocidades, demuestran que los excesos de este libro son desvaídas descripciones de la realidad.*

*Ciertos hechos y su ubicación cronológica, ciertos nombres, han sido excepcionalmente modificados para proteger a los justos de la justicia.*

M. S.





*Nueva York, 3 (UP1). Las ganancias de la «Cerro de Pasco Corporation» en los nueve primeros meses de este año aumentaron notablemente. No obstante los altos costos de producción y una huelga de ocho semanas en una compañía subsidiaria de EE. UU., según anunció el Presidente de esa organización, Robert P. Koenig, las utilidades netas en esos nueve meses alcanzaron a 31.173.912 dólares, o sea, 5,32 dólares por acción.*

*Las ventas en los nueve meses de 1966 totalizaron 296.538.020,00 dólares, contra 242.603.019,00 del año anterior.*

*(EXPRESSO, Lima, 4 de noviembre de 1966).*

## 1. Donde el zahorí lector oirá hablar de cierta celebérrima moneda

Por la misma esquina de la plaza de Yanahuanca por donde, andando los tiempos, emergería la Guardia de Asalto para fundar el segundo cementerio de Chinche, un húmedo setiembre, el atardecer exhaló un traje negro. El traje, de seis botones, lucía un chaleco surcado por la leontina de oro de un Longines auténtico. Como todos los atardeceres de los últimos treinta años, el traje descendió a la plaza para iniciar los sesenta minutos de su imperturbable paseo.

Hacia las siete de ese friolento crepúsculo, el traje negro se detuvo, consultó el Longines y enfiló hacia un caserón de tres pisos. Mientras el pie izquierdo se demoraba en el aire y el derecho oprimía el segundo de los tres escalones que unen la plaza al sardinel, una moneda de bronce se deslizó del bolsillo izquierdo del pantalón, rodó tintineando y se detuvo en la primera grada. Don Herón de los Ríos, el Alcalde, que hacía rato esperaba lanzar respetuosamente un sombrero, gritó: «¡Don Paco, se le ha caído un sol!».

El traje negro no se volvió.

El Alcalde de Yanahuanca, los comerciantes y la chiquillería se aproximaron. Encendida por los finales oros del crepúsculo, la moneda ardía. El Alcalde, oscurecido por una severidad que no pertenecía al anochecer, clavó los ojos en la moneda y levantó el índice: «¡Que nadie la toque!». La noticia se propaló vertiginosamente. Todas las casas de la provincia de Yanahuanca se escalofriaron con la nueva de que el doctor don Francisco Montenegro, Juez de Primera Instancia, había extraviado

un sol.

Los amantes del bochinche, los enamorados y los borrachos se desprendieron de las primeras oscuridades para admirarla. «¡Es el sol del doctor!», susurraban exaltados. Al día siguiente, temprano, los comerciantes de la plaza la desgastaron con temerosas miradas. «¡Es el sol del doctor!», se conmovían. Gravemente instruidos por el Director de la Escuela —«No vaya a ser que una imprudencia conduzca a vuestros padres a la cárcel»—, los escolares la admiraron al mediodía: la moneda tomaba sol sobre las mismas desteñidas hojas de eucalipto. Hacia las cuatro, un rapaz de ocho años se atrevió a arañarla con un palito: en esa frontera se detuvo el coraje de la provincia.

Nadie volvió a tocarla durante los doce meses siguientes.

Sosegada la agitación de las primeras semanas, la provincia se acostumbró a convivir con la moneda. Los comerciantes de la plaza, responsables de primera línea, vigilaban con tentaculares miradas a los curiosos. Precaución inútil: el último lameculos de la provincia sabía que apoderarse de esa moneda, teóricamente equivalente a cinco galletas de soda o a un puñado de duraznos, significaría algo peor que un carcelazo. La moneda llegó a ser una atracción. El pueblo se acostumbró a salir de paseo para mirarla. Los enamorados se citaban alrededor de sus fulguraciones.

El único que no se enteró que en la plaza de Yanahuanca existía una moneda destinada a probar la honradez de la altiva provincia fue el doctor Montenegro.

Todos los crepúsculos cumplía veinte vueltas exactas. Todas las tardes repetía los doscientos cincuenta y seis pasos que constituyen la vuelta del polvoriento cuadrado. A las cuatro, la plaza hierve, a las cinco todavía es un lugar público, pero a las seis es un desierto. Ninguna ley prohíbe pasearse a esa hora, pero sea porque el cansancio

acomete a los paseantes, sea porque sus estómagos reclaman la cena, a las seis la plaza se deshabita. El medio cuerpo de un hombre achaparrado, tripudo, de pequeños ojos extraviados en un rostro cetrino, emerge a las cinco, al balcón de un caserón de tres pisos de ventanas siempre veladas por una espesa neblina de visillos. Durante sesenta minutos, ese caballero casi desprovisto de labios contempla, absolutamente inmóvil, el desastre del sol. ¿Qué comarcas recorre su imaginación? ¿Enumera sus propiedades? ¿Recuenta sus rebaños? ¿Prepara pesadas condenas? ¿Visita a sus enemigos? ¡Quién sabe! Cincuenta y nueve minutos después de iniciada su entrevista solar, el Magistrado autoriza a su ojo derecho a consultar el Longines, baja la escalera, cruza el portón azul y gravemente enfila hacia la plaza. Ya está deshabitada. Hasta los perros saben que de seis a siete no se ladra allí.

Noventa y siete días después del anochecer en que rodó la moneda del doctor, la cantina de don Glicerio Cisneros vomitó un racimo de borrachos. Mal aconsejado por un aguardiente de culebra Encarnación López se había propuesto apoderarse de aquel mitológico sol. Se tambalearon hacia la plaza. Eran las diez de la noche. Mascullando obscenidades, Encarnación iluminó el sol con su linterna de pilas. Los ebrios seguían sus movimientos imantados. Encarnación recogió la moneda, la calentó en la palma de la mano, se la metió en el bolsillo y se difuminó bajo la luna.

Pasada la resaca, por los labios de yeso de su mujer, Encarnación conoció al día siguiente el bárbaro tamaño de su coraje. Entre puertas que se cerraban presurosas se trastabilló hacia la plaza, lívido como la cera de cincuenta centavos que su mujer encendía ante el Señor de los Milagros. Sólo cuando descubrió que él mismo, sonámbulo, había depositado la moneda en el primer escalón, recuperó el color.

El invierno, las pesadas lluvias, la primavera, el desgarrado otoño y de nuevo la estación de las heladas circunvalaron la moneda. Y se dio

el caso de que una provincia cuya desaforada profesión era el abigeato, se laqueó de una imprevista honradez. Todos sabían que en la plaza de Yanahuanca existía una moneda idéntica a cualquier otra circulante, un sol que en el anverso mostraba el árbol de la quina, la llama y el cuerno de la abundancia del escudo de la República y en el reverso exhibía la caución moral del Banco de Reserva del Perú. Pero nadie se atrevía a tocarla. El repentino florecimiento de las buenas costumbres inflamó el orgullo de los viejos. Todas las tardes auscultaban a los niños que volvían de la escuela. «¿Y la moneda del doctor?». «¡Sigue en su sitio!». «Nadie la ha tocado». «Tres arrieros de Pillao la estuvieron admirando». Los ancianos levantaban el índice, con una mezcla de severidad y orgullo: «¡Así debe ser; la gente honrada no necesita candados!».

A pie o a caballo, la celebridad de la moneda recorrió caseríos desparramados en diez leguas. Temerosos que una imprudencia provocara en los pueblos pestes peores que el mal de ojo, los Teniente-gobernadores advirtieron, de casa en casa, que en la plaza de Armas de Yanahuanca envejecía una moneda intocable. ¡No fuera que algún comemierda bajara a la provincia a comprar fósforos y «descubriera» el sol! La fiesta de Santa Rosa, el aniversario de la Batalla de Ayacucho, el Día de los Difuntos, la Santa Navidad, la Misa de Gallo, el Día de los Inocentes, el Año Nuevo, la Pascua de Reyes, los Carnavales, el Miércoles de Ceniza, la Semana Santa, y, de nuevo, el aniversario de la Independencia Nacional sobrevolaron la moneda. Nadie la tocó. No bien llegaban los forasteros, la chiquillería los enloquecía: «¡Cuidado, señores, con la moneda del doctor!». Los fuereños sonreían burlones, pero la borrascosa cara de los comerciantes los enfriaba. Pero un agente viajero, engreído con la representación de una casa mayorista de Huancayo (dicho sea de paso: jamás volvió a recibir una orden de compra en Yanahuanca), preguntó con una sonrisita: «¿Cómo sigue de salud la moneda?». Consagración Mejorada le contestó: «Si usted no vive aquí, mejor que no abra la boca». «Yo vivo

en cualquier parte», contestó el bellaco, avanzando. Consagración —que en el nombre llevaba el destino— le trancó la calle con sus dos metros: «Atrévase a tocarla», tronó. El de la sonrisita se congeló. Consagración, que en el fondo era un cordero, se retiró confuso. En la esquina lo felicitó el Alcalde: «¡Así hay que ser: derecho!». Esa misma noche, en todos los fogones, se supo que Consagración, cuya única hazaña conocida era beberse sin parar una botella de aguardiente, había salvado al pueblo. En esa esquina lo parió la suerte. Porque no bien amaneció los comerciantes de la plaza de Armas, orgullosos de que un yanahuanquino le hubiera parado el macho a un badulaque huancaíno, lo contrataron para descargar, por cien soles mensuales, las mercaderías.

La víspera de la fiesta de Santa Rosa, patrona de la Policía, descubridora de misterios, casi a la misma hora en que, un año antes, la extraviara, los ojos de ratón del doctor Montenegro sorprendieron una moneda. El traje negro se detuvo delante del celeberrimo escalón. Un murmullo escalofrió la plaza. El traje negro recogió el sol y se alejó. Contento de su buena suerte, esa noche reveló en el club: «¡Señores, me he encontrado un sol en la plaza!».

La provincia suspiró.

## 2. Sobre la universal huida de los animales de la pampa de Junín

El viejo Fortunato se estremeció: el cielo tenía el mismo color de cuervo de la mañana de la universal huida de los animales. Por ese cielo, en una alba desencajada huyeron las bestias. Alguien les avisaría. Gavilanes, cernícalos, chingolos, tordos, gorriones, picaflones se entreveraron en un mismo pánico; olvidando enemistades, los cernícalos volaban en pareja con los gorriones. El azul se plagó de alas aterradas. Abdón Medrano descubrió a las lechuzas salpicadas sobre los techos. Debilitados por el parpadeo de los búhos, los ranqueños avistaron inconcebibles escuadrones de murciélagos, en fuga, ellos también, hacia las tierras libres. Un espesor de alas abyectas susurró sobre los techos del pueblo. Nadie recordaba. ¿Quién podía recordar un éxodo semejante? Alguien les comunicaría. Los animales de la noche desertaban de las penumbras y se precipitaban, llogados por la luz, a los desfiladeros de La Oroya. Rancas se postró mascullando oraciones. Con la cara arañada, de rodillas, con los brazos abiertos, don Teodoro Santiago clamaba: «¡Castigo de Dios, castigo de Dios!». En el centro de un paludismo de dientes, lastimaba el cielo: «¡Castigo de Dios, castigo de Dios!». Hombres y mujeres se abrazaban; prendidos a las faldas de sus madres, sollozaban los niños. Y como si sólo esperaran la emigración de las aves nocturnas, ondularon manchas de patos salvajes, muchedumbre de pájaros desconocidos. La humanidad se arrodillaba, suplicaba, gemía. ¿A quién? Dios volvía su espalda desdeñosa. El cielo crujía a punto de desfondarse. Un trueno de perros rajó el oriente de la pampa: pastores flacuchentos huían de las aldeas con la lengua fuera. Los caballos se estremecían de náusea; caballos criados desde el pesebre,

desconocían la voz de sus dueños, piafaban, pateaban, verdes de sudor. Igual que las vizcachas y las lagartijas, buscaban un camino. Y aún no se desleía el pavor de los cascotes cuando una avalancha de ratas flageló el pueblo. Cuyes que sólo recordaban el paraíso de los fogones, se lanzaron lastimosos y ciegos bajo el granizo de los cascotes. Y los mismos perros entreverando sus nombres, gemían sordamente entre ovejas que agonizaban con las cabezas volteadas hacia el miedo. Rancas era un sollozo. Al mediodía, fueron los peces. Alguien les advertiría. Ríos y riachuelos ennegrecieron. Las truchas abandonaban las aguas limpias de las alturas, descendían, ahogándose, por los cursos envenenados por los relaves. Saltaban sobre las aguas turbias. Alguien les anunciaría la clausura de las aguas.

Fortunato trotaba sobre la interminable pampa de Junín. En su rostro azuleaba un color que no era fatiga. Hacía dos horas que avanzaba con la boca abierta. Los pies pulverizados reducían el trote, caminaban y se volvían hacia la carretera. En cualquier instante, acaso ahora, la neblina pariría los pesados camiones, los rostros de cuero que pisotearían Rancas. ¿Quién llegaría primero? ¿El convoy que circundaba la lentísima curva o Fortunato, que sudaba sobre los roquedales? Encollarada por millares de animales moribundos, Rancas cabecearía de sopor. ¿Llegaría a tiempo? Y aun si avisaba, ¿cómo se defenderían? ¿Con garrotes? ¿Con hondas? Los otros advertirían justo antes de disparar. Trotaba con la boca abierta, tragándose el cielo apellidado de buitres. Malos presentimientos galopaban tras él. Borrosamente adivinó la pampa. Cada roca, cada charco, cada mata, monótonas, idénticas para los extraños, eran inolvidables para él. Corría, corría, corría. En esa estepa maldecida por los forasteros, odiada por los choferes, en ese páramo donde sólo consuelan dos o tres horas de sol, él, Fortunato, había nacido, crecido, trabajado, maravillado, conquistado y amado. ¿También moriría? Sus ojos abarcaron el continente de ovejas muertas, docenas, cientos, miles de esqueletos



limpiados por los buitres. Recordó los nombres de sus animales: *Algodón, Plumita, Flor del Campo, Tana, Banderita, Negro, Coqueta, Trébol, Ocioso, Bribón y Fortunato*, todos confundidos en el hedor de la maldición. «*Tuna, tuna, tunita*». Se rindió sobre el pasto puntiagudo. Todavía no aparecían los camiones. Sus ojos se lastimaron con la tapa de hierro de un cielo negado al clamor. ¿A quién suplicar? El Padre Chasán rechazaba los cien soles que normalmente recibía para impetrar al Divino. Rehusaba la respetuosa insistencia del Personero Rivera. No quería engañarlos. El Padre Chasán miraba al Crucificado con la cabeza gacha. Corría, corría, corría. El Personero Rivera, Abdón Medrano y Fortunato bajaron a Huariaca para suplicar al padrecito que interrumpiera su novena. Suplicaron y suplicaron. El padre vino a la cochambrosa iglesia repleta de pecadores. Rancas aún soñaba que el agua bendita podía salvarla. ¿Quién llegaría primero? ¿Guillermo, el Carnicero, o Fortunato, el Lento? Alguien comunicaría a los animales que el Cerco clausuraba el mundo. Los hombres ya lo sabían. Hacía semanas que el Cerco había nacido en los pajonales de Rancas. Corría, temeroso de ser alcanzado por ese gusano que sobre los humanos poseía una ventaja: no comía, ni dormía, ni se cansaba. Los ranqueños, los yanacochanos, los villapasqueños, los yarusyacanos, supieron, antes que los búhos o las truchas, que el cielo se desfondaría. Pero no podían huir. El Cerco clausuraba los caminos. Sólo podían rezar en las plazas, aterrados. Ya era tarde. Aunque el alambrado no prohibiera los pasos, ¿adónde huirían? Los habitantes de las tierras bajas podían descender a las selvas o remontar las cordilleras. Ellos vivían en el tejado del mundo. Sobre sus sombreros colgaba un cielo hosco a la súplica. Ya no existía escape, ni perdón, ni regreso.

### **3. Sobre un conciliábulo del que a su debido tiempo hubieran querido enterarse los señores guardias civiles**

—Ya están todos —dijo el Abigeo.

—¿Cuántos han venido? —Chacón, el Nictálope, preguntaba por preguntar: sus ojos, capaces de descubrir la huella de una lagartija en la noche, distinguían entre las peñas de Quencash los rostros que aguardaban sobre las rocas, sobre el pasto, bajo el hule de la noche.

—Siete varones y nueve hembras, Héctor.

—Las mujeres somos más machas —se jactó Sulpicia desde su andrajosa pollera.

—¿Ya se apostaron los espías? —receló el Ladrón de Caballos.

—Comunícanos tu pensamiento, Héctor —dijo el de la cicatriz.

—¿Tienen trago?

El Ladrón de Caballos destapó la coronta de maíz y alcanzó la botella. Héctor Chacón, el Nictálope, recorrió la fila de rostros tensos y expulsó el humo de cigarro. Hacía diez años que soñaba con esos cigarrillos, esas voces, esos odios.

—En esta provincia —casi no se percibía su resentimiento— hay alguien que nos tiene totalmente pisados. Yo he visto a los delincuentes suplicar en las cárceles a Jesucristo Coronado: los asesinos y los hijos de

puta se arrodillan y rezan llorando la oración del Justo Juez. El señor Jesucristo se aplaca y los perdona, pero en esta tierra hay un juez que no se aplaca con palabras ni oraciones. Es más poderoso que Dios.

— ¡Jesús, María! — se santiguó Sulpicia.

— Mientras él viva, nadie sacará la cabeza del estiércol. En vano reclamamos nuestras tierras. Por gusto el Personero presenta recursos. Las autoridades sólo son chulillos de los grandes.

— Los Personeros — dijo el Ladrón de Caballos — son compadres del Juez. Bustillos y Valle se turnan: uno es personero un año mientras el otro descansa; al año siguiente, cambian: el otro es personero.

— Su fuerza es ser compadres — dijo Sulpicia.

— ¿Y quién les para el macho?

— Cuando yo entré en la cárcel — prosiguió Chacón —, nuestras tierras eran el doble. En cinco años Huarautambo se las ha tragado.

— El Personero ha presentado una queja — informó el Abigeo —. El trece se realizará un comparendo.

— Ya lo verán — rió Chacón —. El doctor Montenegro se limpiará el culo con las citaciones. Para los opositores ese hombre tiene dos cárceles: una en su hacienda y otra en la provincia.

— No hay solución para nuestros atrasos — se amargó el Abigeo.

— ¿Qué remedio propones, Héctor?

— El comparendo será el trece de diciembre. Ese día lo mataré.

Chillaron las lechuzas.

— El día que ese hombre muera — tembló el Abigeo después de un envejecido silencio — la policía matará y quemará Yanacocha.

— Depende.

— Avísanos de una vez.

— Hay que disimular.

— ¿En qué forma?

— Se puede fingir una riña; si mueren dos o tres de los nuestros, la justicia dirá que fue una disputa.

— Si ese hombre muere — se endureció Sulpicia —, nadie dirá «Yanacocha es mía».

El Abigeo se rascó la cabeza.

— ¿Qué pasará con los asesinos?

— Saldrán de la cárcel en cinco años.

— Sabiendo aprovechar — dijo Chacón —, el hombre encarcelado sale más hombre. Yo conozco muchos que aprendieron a leer en la cárcel.

— Yo aprendí en la cárcel — dijo modestamente el Ladrón de Caballos.

Sulpicia pensó en su marido, muerto en el calabozo de Yanahuanca; se levantó y besó rabiosamente la mano de Héctor Chacón.

— ¡Bendita sea tu mano, Héctor! Yo estoy dispuesta a estar en la cárcel diez años con tal que tú no caigas.

—¿Quiénes morirán? —preguntó el Ladrón de Caballos chupándose las muelas.

Sólo los ojos del Nictálope, capaces de distinguir la parda presencia de las vizcachas, percibieron las mandíbulas apretadas del Abigeo.

—El Niño Remigio —dijo el Abigeo— ya no tiene remedio. Cada vez está peor. No pasa día sin que caiga con la boca llena de espuma. Yo lo he visto llorar cuando resucita de sus ataques. Se tira sobre la hierba y arranca las hojas. «¿Para qué vivo? ¿Para qué existo? ¿Por qué no me recogerá el Divino?». Así se queja.

—¿Qué opinan?

—Sería bueno que descansara el pobrecito.

—Si muere —dijo el Ladrón de Caballos—, le regalaremos buenas funeraciones.

—Le compraremos un buen ataúd —insistió el Abigeo— y todos los años, el día de Difuntos, le llevaremos flores.

—Al voto.

En la oscuridad, el Nictálope miró todos los brazos alzados.

—¿Quiénes serán los otros? —preguntó el de la cicatriz.

El Abigeo escupió verde.

—Isaías Roque traiciona al pueblo. Por él, Montenegro sabe todo lo que pensamos. Él le lleva novedades y cuentos. Opino que muera.

—Roque se jacta de ser ahijado del juez. Es justo que muera con su

padrino – dijo Sulpicia.

– ¿Qué opinan?

El Ladrón de Caballos logró sacarse, por fin, la hilacha de coca.

– Al voto – dijo el Nictálope.

Todos levantaron la mano.

– El que también debe morir – dijo el Ladrón de Caballos – es Tomás Sacramento. Él lleva la relación de las personas que murmuran contra Montenegro. Por culpa de ese hombre mucha gente padece castigos.

– ¿Qué opinas, Héctor?

– Una vez los peones de Huarautambo voltearon un sembrío de la comunidad. Por orden del Personero, yo me quejé al Puesto. El sargento Cabrera me dijo: «Mándame caballos y prepárame una buena pachamanca. Mañana subiré a inspeccionar». Yo preparé todo, pero cometí la bestialidad de encargarle a Sacramento que llevase los caballos. Yo sé que Sacramento habló con el doctor y que Montenegro le dijo: «Hazte el tonto», y que él llevó los caballos a pastar. No cumplió. Cuando el Personero bajó a averiguar, lo metieron preso.

– Estamos expuestos. Nos entregará en cualquier momento.

– Hay que acabar con la hierba mala.

Todos levantaron la mano.

– Antes deben ser expulsados de la comunidad – dijo el Abigeo –. El hombre que no coopera, no debe existir. ¡Que mueran como perros sin dueño!

— ¡No! — dijo Chacón — . Si los expulsamos, la justicia sospechará.

— ¿Y quién matará al Juez?

La noche se espesó como el carácter de una solterona.

— Yo me ofrezco. De frente o por la espalda, como ustedes gusten.  
Y si se ofrece, también mataré a los otros.

— No eres el único varón de esta provincia, Héctor — se resintió el Abigeo.

— Al Juez lo acabaremos a pedradas — se prometió Sulpicia.

— No — dijo Chacón — , sería un crimen demasiado pesado.

— ¿Y cuánta plata se necesitaría para los abogados?

— Plata propiamente no necesitamos.

— ¿Y nuestras familias?

— La comunidad sostendrá a las familias.

— La comunidad — asintió el Abigeo — trabajará los terrenos de los acusados y mandará víveres a los presos.

— Los presos se sostendrán a sí mismos: tejerán canastas o sillas, fabricarán peines.

— Yo estoy listo — pronunció gravemente el Abigeo.

— Un año en la cárcel — dijo Chacón — es una fumada; cinco años son cinco fumadas.

## 4. Donde el desocupado lector recorrerá el insignificante pueblo de Rancas

En Rancas no se estima a los forasteros. No acaban de ingresar cuando una cola de chiquillos les grita: «¡Forasteros, forasteros!». Puertas desconfiadas se entreabren. El andrajoso correo de la chiquillería advierte a las autoridades. Inevitablemente, los viajeros tropezarán en la plaza de Armas con un delegado de la Personería.

En otros tiempos nadie los miraba. «Antes es antes –dice Remigio–, después es después». Las resistencias no se explican. ¿Quién carajo visitaría Rancas? El sargento Cabrera, que sirvió en sus tiempos de guardia, dice que «Rancas es el culo del mundo». Rancas no tiene doscientas casas. En la plaza de Armas, un cuadrado de tierra salpicada de icchu, se aburren los dos únicos edificios públicos: la Municipalidad y la Escuela Fiscal. A cien metros, próxima a las lomas, áureas en los fabulosos atardeceres, se ladea una iglesia, donde sólo relumbran las fiestas grandes. En otros tiempos el Padre Chasán visitaba Rancas. Los ranqueños recolectaban cien soles para pagar las misas. El padrecito Chasán es muy querido en estos pueblos. Se emborracha con los comuneros y duerme entre las piernas de alguna feligresa. En el tiempo del susto, el Padre Chasán celebraba misa todos los domingos. Rancas demostró su devoción. Durante el Gran Miedo, el confesonario hormigueaba de pecadores. Hoy el padrecito no conseguiría ni agua bendita. Es verdad, la mayor parte de las aguas descenden envenenadas de los relaves.

En Rancas nunca sucedió nada.



Hace cien años, hace más de cien años, una mañana lodosa la neblina esculpió fatigados escuadrones. Era un ejército en retirada, pero una tropa orgullosa porque, para cruzar una mísera aldea donde sólo esperaba una bienvenida de esqueléticos perros, los oficiales mandaron alinear a los jinetes polvorientos. La tropa se detuvo para dar de beber a sus caballos, rotos por una marcha de diez horas. Tres días después, una mañana lavada en luz rabiosa, otro ejército ocupó Rancas. Mugrosos soldados acamparon, compraron papas y queso a los pastores asombrados: seis mil hombres se apretujaron en la plaza. Un general caracoleó en su caballo y aventó unas palabras bajo el sol. Los soldados contestaron con un trueno y desfilaron hacia la pampa enorme. No volvieron jamás.

Todos los años, en el aniversario de la República del Perú, por las armas fundada en esa pampa, los alumnos del Colegio Daniel A. Carrión organizan excursiones. Son días esperados por los comerciantes. Bandadas de estudiantes ensucian la ciudad, orinan en la plaza y agotan las existencias de galletas, de soda y *Kola Ambina*. Por la tarde, los profesores les recitan la proclama grabada en letras de bronce sobre la verdosa pared de la Municipalidad: la arenga que el Libertador Bolívar pronunció, en esa plaza, poco antes de la Batalla de Junín, el 2 de agosto de 1824. Parvadas de jovenzuelos pálidos y mal vestidos escuchan la proclama, aburridos, y luego se marchan. Rancas se acurruca en su soledad hasta el próximo año.

En Rancas nunca sucedió nada. Mejor dicho, nunca sucedió nada hasta que llegó un tren.

## 5. De las visitas que de las manos del doctor Montenegro recibían ciertas mejillas

El que ofende al doctor Montenegro con una palabra maliciosa, con una sonrisa jorobada o un gesto amarillento, puede dormir tranquilo: será abofeteado públicamente. Durante los treinta años que el doctor ha favorecido con sus luces al Juzgado, su mano ha visitado muchas mejillas altaneras. ¿No abofeteó al Inspector de Educación? ¿No abofeteó al sanitario? ¿No abofeteó a casi todos los Directores de la Escuela? ¿No abofeteó al sargento Cabrera? ¿No abofeteó al Jefe de la Caja de Depósitos y Consignaciones? Todos fueron afrentados y todos le pidieron perdón. Porque el doctor Montenegro se resiente con la persona que lo fuerza a castigarlo. Desde el momento en que sus manos designan a alguien, el elegido por sus dedos puede intentar todos los sombreros: para el doctor es invisible. Más que el castigo atemoriza el perdón. Para merecerlo se necesita la intercesión de amigos o parientes. Los castigados organizan fiestas; sólo en el verano de los aguardientes, el traje negro accede a perdonar.

El castigo y el perdón son públicos. La provincia se entera de que las manos del doctor se mueren por una cara. Eso es todo: nadie sabe cuándo el insolente recibirá la atronadora caricia. ¿A la salida de la misa? ¿En el club? ¿En la plaza? ¿A la mitad de la calle? ¿En la puerta de su casa? El designado por las manos del traje negro se cocina en la impaciencia. Cierta vez los Notables jugaban al póquer en el Club Social. El Director de la Escuela barajaba. Repartían la segunda mano cuando el diablo sopló por la boca del Subprefecto: «Don Paco —dijo don Arquímedes Valerio— (primer error: al doctor le gusta que

públicamente se le honre con su título) uno de sus peones ha venido a quejarse a mi despacho». El Director se congeló en los naipes. Los jugadores se escondieron detrás de sus fules. El Subprefecto mordisqueó una sonrisa. Demasiado tarde. El doctor se levantó, apartó educadamente una silla y sus manos visitaron los cachetes de la Primera Autoridad de la Provincia. La papada del Subprefecto vaciló en un terremoto de gelatina. Los empavorecidos jugadores se absorbieron en una imaginaria escalera real. El Subprefecto —¡un águila!— se fingió borracho. «La cerveza me hace daño», balbuceó, se alisó el pelo y salió trastabillando.

A las once de la mañana siguiente el lagañoso Subprefecto midió su enormidad, se lavó cuidadosamente las manos, los codos y hasta el cuello, vistió su traje azul de ceremonia, se amarró una corbata guinda a rayas y fue a disculparse. El juez no lo recibió. «El doctor no se siente bien», mascullaron los ojos bajos de los sirvientes. El Subprefecto pidió permiso para esperar. A las cinco de la tarde, sin valor para volverse hacia el balcón donde el ofendido convalecía en la reverberación solar, el abrumado funcionario se despidió. Volvió al otro día. «El doctor seguía mal del hígado», le informó la señora Pepita con una voz que no dejaba dudas que él, Valerio, era el culpable del amarillento malestar. La angustia devastó la fofa cara del Subprefecto. Volvió al tercer día: el doctor «seguía mal». Agobiado por el fardo de su culpa, el Subprefecto atravesó treinta veces la plaza; treinta veces volvió a su despacho con los hombros agobiados. La ciudad asistía aterrada a su infortunio. Privada de sus más elevados funcionarios, Yanahuanca se paralizó. Todos los trámites administrativos padecieron reumatismo. En la Subprefectura el desmoralizado funcionario se encendía, a la menor provocación, en cóleras de tigre. Aconsejados por su desgracia, tres infelices presentaron un reclamo insignificante: salieron de la Subprefectura con las manos amarradas. La Primera Autoridad política se aficionó a la pólvora de rabias desconocidas. El mismo Santiago

Pasión no se atrevía a someterle los expedientes. Sólo en una oportunidad osó insistir con una carpeta obesa de telegramas de la Prefectura: «¡Es urgente, señor!», sonrió. «¡Me cago en la urgencia y en la madre de la urgencia!», tronó la Primera Autoridad y rompió el expediente, deshizo el calendario donde inoportunas geishas sonreían, arrojó un tintero contra el retrato del señor Presidente de la República y sacó a patadas al escribano. «¡Socorro, me matan, socorro!», gritó Pasión despavorido. El bochinche despertó a los guardias civiles, pero el horno no estaba para bollos; los guardias miraron al tempestuoso Subprefecto y entrechocaron reglamentariamente los talones, mientras se llevaban los cinco dedos a los quepis grasientos. Nadie se atrevió a volver a la Subprefectura. Falta de permiso, la kermés de la escuela se postergó. Por no desairar al Subprefecto, incapacitado para tolerar el escándalo de una orquesta, se suspendieron las fiestas. El Subprefecto se abandonó. Un día atravesó la plaza con la barba crecida y la bragueta abierta, estado que no se compadecía con su condición de representante del señor Presidente de la República. Esta mañana ocurrió el milagro: el doctor Montenegro lo recibió. Cuando don Arquímedes Valerio escuchó de labios de la señora Pepita que el doctor decía que «por qué no pasaba», casi se derrumbó. Penetró en lágrimas. El doctor lo esperaba con la cabeza gacha y los brazos abiertos. El emocionado don Arquímedes, que no hacía minutos había condenado a treinta días de calabozo a dos culpables del rebuzno de un burro, se desbarrancó contra el pecho del amigo que con una sonrisa, mitad piedad, mitad desilusión, proclamaba, buen cristiano, el perdón de las ofensas. «Don Paco –gimoteó el Subprefecto–, discúlpeme si en mi borrachera lo he ofendido». «Entre amigos no hay ofensas –dijo el traje negro–. Amigos como siempre, Valerio», y lo abrazó. Eran las seis de la tarde: el Subprefecto pidió permiso para mandar traer un ponche. El traje negro aceptó. A las nueve don Arquímedes le rogó al doctor que apadrinara su matrimonio. Hacía tres meses que el hermano de doña Enriqueta de los Ríos se había desbarrancado en el camino a Chinche dejando una

hacienda al borde del precipicio. La tentación de convertirse en gamonal y el deseo de deslumbrar con un inalcanzable padrinzgo, lo animaron a cruzar el espeso rubicón de los cuarenta y ocho años de la novia. «No sé si me excedo, doctor –tosió tímidamente–, quisiera que usted fuera mi padrino». Incapaz de hospedar resentimiento, el doctor mandó traer una botella de champagne *La Fourie*. Cuando por la velocidad de las lenguas, superior a la vertiginosidad de la luz, la provincia supo que el Subprefecto no sólo había sido perdonado –esa tarde convoyó el paseo del doctor– sino que el Juez aceptaba nada menos que apadrinar su matrimonio, los envidiosos no pudieron salir a la calle: estaban verdes; pero se mordieron la lengua: nadie quería faltar a los esponsales. Engreído por el favor de una amistad turbada por una nubecilla que los bellacos confundieron con la noche, pero que, en realidad, era el anuncio de un deslumbrante mediodía, el Subprefecto mandó preparar la fiesta más rumbosa jamás celebrada en la provincia. Un mes antes, la Guardia Civil recibió instrucciones terminantes: la menor infracción a los reglamentos de tránsito, el menor ruido, serían inflexiblemente castigados. Don Herón de los Ríos, el Alcalde, amonestó tan severamente a los alguaciles que un gramo de menos en el peso o un cruce de acémilas a contramano comenzaron a traducirse en pesadísimas multas en dinero o especie: los chanchos, las cabras, las gallinas, los cuyes se asfixiaban en los estrechos corrales del Puesto de la Benemérita Guardia Civil. Ocho días antes que el Padre Lovatón bendijera la ceremonia, el sargento Cabrera pidió permiso para suspender la batida: no había donde abarrotar a los animales. Tampoco existía espacio en las bodegas del Subprefecto, repleto con exquisiteces importadas de Lima: tintos *Tacama*, blancos *Ocucaje*, champagne *Poblete*, atunes, panetones, bizcochos, frutas confitadas.

El primer domingo de setiembre, el padre Lovatón bendijo a los maduros novios (la pareja totalizaba casi cien años). Una multitud se desgañitó cuando el novio salió de la iglesia del brazo de su ruboroso

medio siglo. Conforme al texto de las invitaciones impresas en Cerro de Pasco en tinta roja sobre cartulina azul y encabezados por el padrino, los invitados penetraron en los «salones» vale decir, en el comedor del Subprefecto. Casi se caen: las mesas –reforzadas por los presos con listones de madera– jadeaban bajo una montaña de chanchos, lechones, gallinas y cabritos. Si el Subprefecto, sin duda poseído por el demonio de la vanidad, hubiese reparado en el rostro de su padrino, quizás hubiera meditado su error, pero los dioses ciegan a quienes quieren perder. Entibiado por las adulaciones, más dañinas que las copas, el Subprefecto Valerio perdió pie. No se percató que el doctor Montenegro no se dignaba probar ni una hilacha de las carnes tan pomposamente ofrecidas. Hacia las seis de la tarde, el Subprefecto levantó su copa y pronunció el brindis fatal: «¡Salud, padrino, me he dado el gusto de ofrecerle la mejor fiesta de la provincia!». El traje negro se blanqueó. ¿Qué quería decir el untuoso borracho? ¿Las fiestas ofrecidas por el magistrado eran inferiores? ¿Su casa no rebosaba de manjares infinitamente mejores que esas ladronerías asadas? ¿Existía en la provincia un humano capaz de regalar mejores jolgorios? El rechoncho novio, ¿era semejante personaje? Y si tal absurdo se concebía, ¿se necesitaba proclamarlo el día en que se reunían todos, pero absolutamente todos los principales de Yanahuanca? El rostro del doctor se empolvoró de ceniza; su copa viajó contra el lavado piso de cemento. Se ajustó el borsalino. Los que le daban conversación, palidecieron. El Subprefecto era una estatua con una copa en la mano. La mortecina novia conjeturó el abismo que engullía al hombre que desde hacía seis horas era su señor y esposo, avanzó hacia el doctor con los brazos abiertos. El Juez Montenegro la apartó con delicadeza; superó dos sillas, un Alcalde y dos maestros, recuperó lentamente la memoria; su mano izquierda sostuvo su corazón mientras la derecha emprendía el vuelo. Tres veces lo abofeteó.

## 6. Sobre la hora y el sitio donde se parió al Cerco

¿Cuándo nació? ¿Un lunes o un martes? Fortunato no asistió al nacimiento. Ni el Personero Rivera, ni las autoridades, ni los varones demorados en los pastizales miraron llegar el tren. Los muchachos encontraron, a la salida del colegio, dos vagones dormidos en el apeadero. Los mayores los descubrieron al atardecer. Era un pequeño convoy, sólo una locomotora y dos vagones. Hacía mucho tiempo que las autoridades suplicaban a la Compañía que el ferrocarril se detuviera, siquiera por cortesía, en Rancas. Solicitudes vanas. Los convoyes de Goyllarizquizga, vanidosos de su mineral, atravesaban el pueblo sin concederle una mirada. Por fin, ahora, un tren se detenía. De saberlo, la Personería hubiera organizado una bienvenida. Alquilar cometas y tambores no es cosa de otro mundo. Máscaras de diablos, aperos de fiesta para los caballos sobran en la pampa; por desgracia, los ranqueños pastoreaban cuando el tren comenzó a vomitar desconocidos. A los vecinos de Ondores, de Junín, de Huayllay, de Villa de Pasco, se les conoce. A aquellos enchaquetados de cuero negro, nadie los identificaba. Desembarcaron bolas de alambre. Terminaron a la una, almorzaron y comenzaron a cavar pozos. Cada diez metros enterraban un poste.

Así nació el Cerco.

Los ranqueños vuelven de sus estancias a las cinco. Es el mejor momento para cerrar tratos de ganado o propalar bautizos y matrimonios. Como todos los días, ese crepúsculo retomaron de sus pastos. ¡Encontraron al Huiska cercado! El Huiska es un cerro pelado que no esconde mineral, ni ojo de agua, ni tolera el más mísero pasto.

¿Para qué encerrarlo?

Con su collar de alambre el Huiska parecía una vaca metida en un corral.

Se murieron de risa.

– ¿Quiénes serán esos locos que cercan el Huiska?

– Serán geólogos.

– Serán trabajadores del telégrafo.

– ¿Cuál telégrafo?

– Mientras no se metan con nosotros, ¿qué nos importa? – dijo el Personero Alfonso Rivera.

Esa noche, el Cerco durmió en el cerro Huiska. Los pastores salieron, al día siguiente, con la ropa salpicada de risitas. Cuando volvieron, el Cerco reptaba ya siete kilómetros. En su corral no sólo rumiaba el Huiska: mugía también el cerro Huancacala, una inmensa mandíbula negra salpicada, por voluntad de Dios, con imágenes benditas: la Madre Dolorosa, el Divino Crucificado y los doce apóstoles de piedra. El alambrado ocultaba a los santos. Los ranqueños son de pocas palabras. No dijeron nada, pero un aletazo les maltrató el rostro. En la plaza, se encontraron con otra noticia: las cuadrillas no pertenecían al Gobierno. Abdón Medrano se había tropezado, esa tarde, por casualidad, en Cerro, con el Jefe de la Oficina de Telégrafos. El Jefe, un hombre avinagrado, se exasperó. «¿Qué tonterías divulgan? Esos enchaquetados no trabajan para el Telégrafo. Yo conozco bien a los trabajadores de Obras Públicas. Ésos no son del Gobierno. Nunca he oído hablar de ellos».

– ¿Para qué sirve el Huiska? ¿Qué vale ese roquedal? – se volvió



a reír el Personero Rivera.

–Mientras no se metan con nosotros, ¿qué importa? El que quiera apoderarse de las rocas, con su pan se lo coma.

–Ese cerco es obra del diablo. Ya lo verán. Aquí hay alguien que juega con el Trinchudo.

Don Teodoro Santiago subía y bajaba sin cesar las cejas.

Se rieron. Don Santiago siempre profetiza desgracias. Anunció que se derrumbaría el campanario. ¿Se cayó? Predijo que sobrevendría una peste. ¿Estalló? Don Santiago es un hombre de luto. ¿Para qué discutir?

No debimos reírnos. En lugar de untarnos la boca con tontas palabras, debimos acometer al Cerco, matarlo y pisotearlo en la cuna. Semanas después, cuando el Gran Pánico apretó las mandíbulas, don Alfonso reconoció que nos dormimos. Don Santiago tenía razón, pero ya el Cerco infectaba todo el departamento.

Fortunato se detuvo y se desmadejó sobre el pasto. Su corazón saltaba como un sapo. Levantó medio cuerpo y conjeturó la curva brumosa: en cualquier momento, quizá mientras jadeaba, aparecerían los camiones, pero sus ojos no distinguieron ningún reflejo; enrollado como un gato, el camino a Rancas dormitaba.

## 7. De la cantidad de munición requerida para cortarle el resuello a un humano

Un invierno prematuro chapoteó en los caminos. Las huellas se extraviaban en el fango. Diciembre tronaba por las cordilleras. Metida en sus chozas, la gente miraba a los caballos hundirse en sus herraduras. Un miércoles lluvioso, un guardia civil emergió por el camino de Yanahuanca. La cara de perro del guardia Paz enfiló a la casa del Personero Agapito Robles. La gente se arremolinó. Se equivocaron: el guardia no traía ninguna orden de captura. El Subprefecto Valerio confirmaba que el comparendo entre la hacienda Huarautambo y la Comunidad de Yanacocha se realizaría el trece de diciembre. El guardia Paz agradeció la copa de aguardiente y se extinguió en la neblina.

—Es muy raro —dijo Melecio de la Vega—, muy raro que la Autoridad nos regale tantas atenciones.

—No seas desconfiado —dijo el Personero—. El doctor estará cansado de tantas notificaciones. Quizá quiera arreglar —se rascó la pantorrilla y se rió—. Quizá no haya necesidad de violencia.

—Hay que preparar el recibimiento —dijo el Ladrón de Caballos.

—Un buen recibimiento —aconsejó el Abigeo—. No nos vaya a suceder lo mismo que les pasó a los chinchinos.

El Ladrón de Caballos se carcajeó. Las autoridades se santiguaron. Hacía meses que los chinchinos, acogotados por los avances de la Hacienda, habían solicitado un comparendo. Aburridas por metros de

solicitudes, las autoridades acordaron el viaje del Inspector Galarza. Chinche, todavía novato en los recovecos de la justicia, se alborotó. El Personero Amador Cayetano mandó alquilar tambores y cornetas a cinco leguas y ordenó erigir un arco triunfal. Él mismo descendió a la provincia para comprar una camisa nueva y mandar preparar un discurso al tinterillo Lorenzana. El célebre pico de oro redactó un ditirambo digno del Prefecto. La víspera, Cayetano viajó a Tambopampa con los mejores caballos de la comunidad. Tambopampa es un puñado de chozas tiradas en el comienzo del camino a Chinche. Cayetano calculó todo menos el invierno. Entre Cerro y Tambopampa se gastan, normalmente, cinco horas; pero las lluvias se ensañaron con la carretera. El Inspector, anunciado para las once de la mañana, se presentó a las ocho de la noche. Sucio de polvo y de fatiga, con el rostro avinagrado, descendió del camión blanqueado por la tempestad.

— ¿Cómo está Su Excelencia? — preguntó Cayetano. El Inspector recorrió con los ojos las chozas barridas por la granizada.

— Los caballos de Su Excelencia están preparados.

— ¿Quieres matarme, carajo? — gritó el Inspector—. ¿No ves que no se distingue la punta de la nariz? Es imposible viajar. Quedémonos aquí. Sírvanme algo de comer y luego descansaré.

Cayetano se confundió.

— ¿No hay nada que comer?

— En Chinche tenemos pachamanca, Excelencia.

— Déjate de joderme con el título de Excelencia.

— Está bien, Excelencia.

Tardaron una hora en encender fuego. En una de las chozas,

Cayetano encontró un frasco de esencia de café. El Inspector esperaba más muerto que vivo, sin nada en el estómago, desde las siete de la mañana; Cayetano apareció por fin con un jarro. Galarza sopló y sorbió el café hirviente; le cambió la cara y escupió una mueca.

– ¿Qué menjurje es éste?

– Café, Excelencia.

– ¡Muéstrame el café!

Le trajeron la botella barroca. El Inspector la destapó y apartó la nariz, asqueado.

– ¿De dónde, carajo, sacaron este café?

– Es esencia pura, comprada en Huancayo, Excelencia.

– ¿Cuándo la compraste, animal?

– Hace un año, Excelencia.

El Inspector levantó los brazos.

– Dios mío, ¿cuándo progresarán estos salvajes?, ¿cuándo se civilizarán? ¿Por lo menos me darán una cama?

Le ofrecieron un pellejo de carnero. El Inspector Galarza se desfondó en un sueño desesperado. Las autoridades de Chinche salieron recriminándose. ¡El rabioso Inspector fallaría en contra! Sobre la behetría de los puñetazos se impuso la autoridad del Personero. «Sea como sea – dijo Cayetano –, hay que ofrecerle un buen desayuno». Era un santo propósito. La tempestad tapiaba los caminos; salieron a espulgar estancias. No encontraron ni una miga de pan. A media noche decidieron batir la zona. La tempestad no se aplacaba. Fermín Espinoza

– un ex sargento, colono expulsado de Chinche que vivía refugiado en una cueva – encontró una gallina. La decomisó. Casi amanecía.

– ¿Sabe usted cocinar? – dijo Cayetano.

– En los cuarteles se hace de todo.

– Prepare un buen estofado.

Cuando el hambre despertó al Inspector, un sol glorioso perdonaba todas las deudas y un estofado humeaba sobre un cajón de madera decentemente cubierto por una amarillenta página de *El Comercio*.

– El desayuno, señor Inspector – anunció Cayetano.

El Inspector Galarza midió la inmensidad del esfuerzo y sonrió. Casi se abalanzó sobre el estofado, pero no terminaba de tragar la cucharada cuando se le sublevó la cara.

– ¿Qué monstruosidad es ésta?

– Gallina, Excelencia – informó Cayetano –. Yo mismo la desplumé.

– Esto es mierda – se ahogó el Inspector.

Cayetano olió el estofado y se torció de risa: era mierda.

– Oye, Espinoza. ¿Tapaste la olla?

– ¿Qué olla?

– Grandísimo hijo de puta – tronó Cayetano –. ¿No sabes que cuando se cocina con bosta hay que tapar la olla para que no se le pegue a la comida el olor del estiércol?

La tragedia de los chinchinos escalofrió a los yanacochanos.

—Hay que prepararse — se inquietó Agapito Robles, temeroso.

—Sería bueno contratar una banda de músicos —aconsejó el Abigeo.

—Costaría trescientos soles.

—Los vale.

El doce de diciembre, por la mañana, el Personero y sesenta montados descendieron a Yanahuanca. La plaza de Armas no rememoraba una cabalgata semejante. El asombro expulsó a los guardias de la siesta. El sargento Cabrera se ajustó la cartuchera y recorrió la plaza con el entrecejo fruncido. No se atrevió a más. Héctor Chacón, el Ladrón de Caballos y el Abigeo entraron a la plaza adelantados por un rumor de avispa. Los hombres esperaron, fumando, conversando o bebiendo. La neblina autorizó un rápido crepúsculo. A las siete de la noche dos faros titilaron en las altas curvas de Chipipata.

—Ahí están — gritó el Personero.

Treinta minutos después un camión salpicado de fango entró en la plaza. La banda de música escandalizaba con los primeros sonos de la «Marcha de Banderas». El Inspector se quitó el sombrero.

—Las autoridades de Yanacocha — dijo el Personero, digno — le dan la bienvenida, ilustrísimo Inspector.

El Abigeo y el Ladrón de Caballos se afanaron con el equipaje. La banda de música y la gritería acompañaron al Inspector hasta el Hotel Mundial.

El Inspector avanzó, mareado por la altura y los aplausos.

– Estoy muy cansado – dijo acercándose a la puerta.

– Por ahí no, señor Inspector – dijo el Personero.

– ¿Cómo?

– Hay que subir por el patio – informó el Abigeo.

El Hotel Mundial era uno de los beneficiados por los talentos de Simeón, el Olvidadizo, único representante de la arquitectura en la provincia. Simeón nunca recordaba ni las ofensas ni los planos. Siempre extraviaba una puerta, una ventana, un pasadizo. Gracias a su genio, muchos yanahuanquinos dormían en la sala y comían en el granero. En el Hotel Mundial se le traspapeló la escalera. Entre demoler el edificio y colocar una escala de eucalipto, los propietarios escogieron el alpinismo, solución que poseía una ventaja: descartaba de la clientela a los borrachos.

– Voy a descansar – se resignó el Inspector.

– ¿A qué hora desea usted los caballos?

– A las nueve.

El Personero Agapito Robles se inclinó.

Explosionó, de nuevo, la «Marcha de Banderas». El Inspector trepó entre ovaciones.

– ¡Mañana, todos en la plaza! – gritó el Personero.

– Los llamará la campanada – añadió Felicio de la Vega.

Los jinetes se dispersaron en la oscuridad. Se adelgazó el trote de

los caballos. Una hora después chapoteaban en el barro de Yanacochoa.

– Nos veremos mañana – bostezó el Personero.

– Quédate – ordenó Chacón.

– ¿Qué pasa?

El Nictálope levantó un costalillo.

– ¿Qué es eso?

– Cuarenta y cinco tiros.

El Personero se retractó en su montura.

– Héctor – carraspeó –, he soñado feo.

El Nictálope se entretenía con una araña que remontaba el tejado de Minaya.

– Soñé que la pampa hormigueaba de guardias.

El Nictálope se tronó las articulaciones de los dedos.

– Héctor, quizás el doctor ceda.

– El Juez cederá el día que vuelen los chanchos.

– Las autoridades – tosió el Personero – no estamos de acuerdo en esa muerte. Tú no puedes comprometer al pueblo, Héctor.

– ¿Eso también lo soñaste?

El Personero se humilló.

– Nadie puede proceder sin autorización.



El revólver ardió en la mano del Nictálope.

— ¿Para qué me he preparado?

— ¿Qué has perdido con prepararte?

— Está bien — gritó el Nictálope y metió las espuelas a su chusco. El caballo se disparó.

— ¡Héctor, Héctor!

El Nictálope ya galopaba por la pampa enorme. Sólo al alba se apiadó del caballo y regresó. *Tigre* salió a frotarse contra sus piernas, moviendo la cola.

— Por aquí, papá, por aquí — lo guió la voz de su hijo.

«Cree que estoy borracho», pensó. Por la puerta asomó la cabeza de un niño sucio de sueño.

— Prende una vela, Fidel.

El niño besó la mano y encendió el resto de una cera. La vacilante luz salpicó las paredes sin revocar. En la habitación se amontonaban sacos de papa, alforjas, monturas, aperos y cajones; acompasado, roncaba su hija. Bruscamente, un cansancio antiguo le agarrotó las piernas. Se desabrochó el cinturón y depositó el revólver y el costalillo sobre la mesa. Las balas se desparramaron.

Los ojos de Fidel fulguraron sobre el arma.

«Mañana moriré — pensó el Nictálope—. La Guardia Civil me acribillará, me amarrarán a un caballo y me arrastrarán. Nadie reconocerá mi cara. Ni mi mujer, ni Juana, ni Fidel, ni Hipólito me reconocerán».

– Voy a matar a Montenegro – dijo el Nictálope –. Mañana voy a acabar con ese abusivo. Para tener pastos, ése debe terminar.

El niño alisó el revólver como el lomo de un gato.

– ¿Tantas balas se necesitan para matar a un hombre, papá?

– Una sola basta.

– ¿Los guardias te dejarán vivo?

– Tengo muchas balas.

– ¿Te dispararán?

– No pueden acertarle a un venado, menos me acertarán a mí. Guarda eso, Fidel. Es tarde, acuéstate.

Los ojos del niño quemaban.

– Acaba con los hacendados, papá. Yo te ayudaré. Para que no sospechen nada, yo llevaré mañana las armas bajo mi poncho.

Chacón se metió en un sueño sin pensamientos.

Lo despertaron las voces de Fidel y de Juana.

– Apúrate, hermanita – gritaba el niño en la cocina –, hoy es el gran día. Compra pan y queso.

– Tú límpiate los mocos y cállate.

– ¿No sabes lo que haremos hoy? – y levantó el revólver –. Hoy mataremos a Montenegro.

– ¡Suelta eso!

—No, hermanita, las mujeres no tocan esas cosas. Esto no es broma. Cállate y prepara un buen desayuno para Héctor.

Tendido sobre el pellejo de carnero, el Nictálope contaba las campanadas. Se levantó y se vistió: salió al patio y se mojó la cabeza limpia de rencor. Sobre la mesa, cubierta por un hule salpicado de flores y frutas descascaradas, esperaban un jarro de leche de cabra, dos panes y un quesillo. Fidel se acercó y le besó la mano.

—¡Flojo —lo regañó—, recién te levantas!

—Estoy de pie desde las cuatro —protestó el niño—. He preparado tu desayuno. ¡Héctor, toma tranquilo tu leche! Yo voy al coso a prepararte un buen caballo.

Salió con una sogá en la mano. El Nictálope, sereno, masticó el pan empapado en leche. Juana se acercó llorosa.

—¿Es cierto que matarás a Montenegro, papá?

—¿Quién te dijo?

—Fidel tiene una pistola y una cintura con balas.

—Para que los animales tengan pastos debo cometer ese crimen —dijo Chacón suavemente.

—Nuestra situación se agravará, papá. La policía nos asustará.

Las lágrimas surcaban los ojos pequeños.

«Sea como sea, mataré a Montenegro», pensó, y en ese relámpago perdonó a los sentenciados. Ni el Niño Remigio, ni Roque, ni Sacramento morirían. Uno sólo era el culpable. «Mataré su cara, mataré su cuerpo, mataré sus manos, mataré su sombra, mataré su voz».

En la puerta creció un mocetón de espaldas poderosas.

— ¿Qué pasa, hijo?

Rigoberto se quitó el sombrero y le besó la mano.

— Harta gente se reúne en la plaza. Hay mucha bulla, papá.

— Hoy es el comparendo.

— La gente dice que usted matará a Montenegro. En la calle hay laberinto.

— ¿Cómo?

— No debiste avisar a nadie, Héctor.

— Pocos éramos, Rigoberto.

— ¿Pocos? Todos saben que usted sesionó en Quencash. El pueblo está pálido, papá.

— Déjalos que muevan la lengua.

— ¿Usted procederá, papá?

— De todos modos acabaré.

Rigoberto trataba de aprender, desesperadamente, la cara de su padre.

## 8. Sobre los misteriosos trabajadores y sus aún más raras ocupaciones

«Yo, don Alfonso, no lo acuso. A usted lo elegimos Personero de Rancas por sus conocimientos en la crianza de ovejas. Usted sabe cuidarlas. Usted conoce, desde leguas, el empacho o la gusanera. Rancas acariciaba grandes proyectos: establecer una granja de animales finos para mejorar la ganadería. Junín lo había hecho. ¿Por qué no Rancas? Se sabía que el senador, interesado en reelegirse, otorgaría facilidades a los pueblos que demostraran capacidad para criar animales finos. Eso quería Rancas: que le dieran la oportunidad. Con un poco de esfuerzo, dentro de unos cuantos carnavales hubiéramos repartido ovejas cruzadas con los sementales de la Oficina Agropecuaria. Para dirigir la granja lo elegimos, don Alfonso. Yo no lo acuso. Nunca hubiera yo permitido que apedrearan su casa. Su buena fe me la explico. Usted creyó que las cuadrillas aprisionaban el cerro para probar el alambre. ¿Qué otra cosa cabía imaginarse? ¿Cómo sospechar? Yo no lo acuso, don Alfonso. La verdad es que sólo don Teodoro Santiago malició el verdadero designio, pero ¿cómo creer a un hombre de labios perpetuamente manchados por desgracias que nunca llegan? Es cierto que una vez que el Cerco encerró al cerro Huiska se abalanzó sobre las faldas del cerro Huancacala. Aun así me explico su tranquilidad, don Alfonso. Descendiendo el Huancacala se tropieza con la infranqueable corriente del Yuracancha. Comprendo que usted dijera: “La corriente del Yuracancha es demasiado fuerte. El Cerco se parará allí”.

Lo anunció a las nueve de la mañana. A las diez fue a la

Municipalidad de Simón Bolívar a formular un reclamo. Es una cosa chistosa, algo que tal vez no debiera recordarse en estos instantes graves. En el Registro Civil de Rancas, uno de sus hijos figuraba como hembra. Usted redamó. El amanuense se empeñó en tener pruebas. Usted tuvo que pedir permiso y sacar de la escuela a su hijo. Su pobrecito niño tuvo que orinar para que el Registro se convenciera de que no era Josefa sino José del Carmen. Usted volvió a las once y se quedó con la boca abierta: el Cerco había saltado el Yuracancha.

Ese atardecer, ese hipócrita atardecer, sobraron palabras. Por primera vez, el Cerco impidió la vuelta de los estancieros. Para entrar en Rancas, los rebaños sobrecaminaron una legua. Rancas comenzó a murmurar. ¿Qué ambicionaba el Cerco? ¿Qué destino ocultaba? ¿Quién ordenaba esa separación? ¿Quién era el dueño de ese alambrado? ¿De dónde venía? Una sombra que no era el anochecer tostó las caras maltratadas. La pampa es de los caminantes. En la pampa nunca se conocieron cercos. Esa noche hablamos hasta cansarnos. Usted no dijo nada. Usted, don Alfonso, ya tenía maduro su designio: solicitar una explicación a las cuadrillas. Así fue: se levantó temprano y se vistió con su traje negro. Para encontrar la cabeza del Cerco caminó quince kilómetros. Sombrero en mano, se adelantó. Hombres con escopetas lo detuvieron.

—No hay paso.

—Señores, yo soy el Personero Legítimo de Rancas. ¿Con quién tengo el gusto?

—No hay paso.

—Me permito decirles, señores, que ustedes están en tierras de la comunidad de Rancas. Nosotros quisiéramos...

—No hay orden de informar. ¡Lárguese!

De tales prohibiciones brotó la sospecha de que los trabajadores cumplían una condena. Esa noche los viejos rememoraron que en tiempos de don Augusto B., el señor Gobierno mandó a los presos políticos a construir el ferrocarril a Tambo del Sol. En Lima acariciaban la idea de un ferrocarril a la selva. El ferrocarril comenzaría en la pampa. Era una maravillosa iniciativa. En lugar de ociosear y aprender mañoserías en las cárceles, los señores políticos tenderían rieles. Trajeron presos por centenares. Voluntad no les faltaba: les faltaba aire. Los costeños se ahogan en la altura. Nosotros mismos reconocemos que a cinco mil metros de altura es bravo tirar lampa. Morían como moscas. Ésa fue la dificultad: fallecían. Los viejos no mienten; por aquí y por allá, entre los durmientes abandonados todavía blanquean huesos. Así, cuando don Mateo Gallo dijo que los trabajadores eran políticos, nos calmamos. Rebeldes sobran en las cárceles. A la Guardia Civil mano de obra no le falta. La señora Tufina nos tranquilizó totalmente:

–Se lo preguntaré a mi sobrino el próximo domingo, cuando vaya a la cárcel.

–Sí, sí, pregúntele al Barrigón.

–El Barrigón debe saber a qué cárcel pertenecen los condenados.

La señora Tufina no ocultaba su orgullo. Ya nadie recordaba las hazañas del Barrigón: dormir con las mujeres casadas y aliviar de su ganado a los dormidos. ¡El Barrigón del carajo se convirtió en un bálsamo del pueblo!

Pero Abdón Medrano nos echó un jarro de agua fría:

–Yo no creo que esos enchaquetados sean presos.

–¿Cómo sabe usted? –gritó don Mateo, agresivo.

– Los presos siempre son vigilados por guardias republicanos. Por allí no se ven republicanos.

Olvidando que don Abdón, antiguo personero, es un hombre de criterio, nos enfurecimos. Queríamos creer a toda costa que el Cerco era una neblina, una pesadilla. Porque mientras discutíamos, el Cerco avanzaba. ¡Ya ni Cecilio Cóndor, capaz de distinguir una vizcacha escondida en pleno Bosque de Piedra, podía seguirlo con los ojos!

Era sábado. El domingo doña Tufina viajó a Cerro con una canasta de bizcochuelos y quesillos para el Barrigón. Volvió a las seis, preocupada.

– El Barrigón dice que de la cárcel de Cerro no ha salido a trabajar ningún preso.

– Quizá son presos de Huánuco –aventuró, sin convicción, don Mateo.

Nadie contestó. Ni desde las lomas se avizoraba el fin del alambrado. Avanzaba y avanzaba. Cerros, pastos, puquios, cuevas, lagunas, todo lo engullía. El lunes, a las cuatro, devoró el cerro Chuco. La pampa quedó dividida. El Cerco cortó la planicie. Pueblos que antes quedaban a una hora de viaje, ahora distaban cinco. Para llegar a Huayllay, antes a una hora, se necesitaba una jornada. Los comerciantes de Ondores, que acudían a la feria dominical, se volvieron furiosos. “Estos cojudos de Rancas nos quieren tomar el pelo.” Así hablaron en su cólera. Falso: nosotros mismos no alcanzábamos los puquios: conseguir agua se hacía difícil.

Ya nadie se burlaba del Cerco. El miedo espolvoreaba cuervos. Aún así, la gente mantenía una lucecita encendida: más allá del cerro Chuco sólo existe el Estanque de la Gaviota, una laguna fétida frecuentada por malos espíritus y, más lejos, puras aguas envenenadas



por los relaves de las bocaminas. Extraviarse es buscar el boquerón del infierno.

El mediodía del martes el Cerco encerró la Laguna de la Gaviota y se disipó en el horizonte».

## 9. Acerca de las aventuras y desventuras de una pelota de trapo

Cada siete días una cabalgata atraviesa las calles de Yanahuanca: los caporales de la hacienda Huarautambo llegan para escoltar al doctor Montenegro. Un hombre flaco, de sonrisa podrida, de ojos metidos en pómulos desconfiados, se divierte pisoteando los perros: es el Chuto Ildefonso. Sería un milagro que en la puerta del caserón de paredes rosas, de puertas azules y balcones rojos, el gordo Ermigio Arutingo no esperara mostrando los dientes envejecidos de nicotina. El Chuto, inmune a la delicadeza, se acerca a fumar un cigarrillo, mientras el juez Montenegro, con el sombrero hasta las cejas, termina en el comedor su plato de criadillas de carnero encebolladas y bebe su morosa taza de café con leche.

El patio empedrado esculpe al doctor Montenegro a las nueve de la mañana. Veinte jinetes se destacan y saludan, al mismo tiempo, al traje negro. Alas de paja lo protegen del sol: un sombrero de Catacaos, tan fino que se enrolla en una caja de fósforos. El gordo Arutingo se aproxima con sus chistes sebosos.

El Chuto Ildefonso acerca de las riendas un magnífico castaño: *Triunfante*, el engreído del doctor, es el único caballo de la provincia que ramonea donde se le ocurre. Nadie se atreve a reclamarle daños. El último veintiocho de julio, aniversario nacional, *Triunfante* participó en una carrera.

El Alcalde, don Herón de los Ríos, volvió de un viaje a Huánuco con la idea fija de organizar una carrera de caballos en Yanahuanca.

Revolvió el avispero con su iniciativa. Exaltados por un concurso que imantaría multitudes, los comerciantes ofrecieron una copa de plata. El Municipio en pleno aprobó un premio de mil soles para el ganador y cedió, además, la totalidad del valor de las inscripciones: cincuenta soles por caballo: una enormidad. El primero de julio, el Secretario de la Municipalidad pegó, en las cuatro esquinas de la plaza, las convocatorias. Ya no se habló de otra cosa. Corceles altaneros sobran en esta provincia. El mismo día que se propaló el bando, Apolonio Guzmán inscribió a *Pájaro Bobo*, un albino que de torpe sólo tenía el apellido. Ponciano Mayta rebuscó también cincuenta soles. Su *Lucero* no era comprado, sino criado desde el pesebre, con maña y con cariño. Pedro Andrade caracoleó hasta la misma puerta del Municipio, montado en *Zorzal*, insolente mascarón de frente blanca. Salió sólo para encontrarse con las roncadoras espuelas de un centauro legendario: Melecio Cuéllar, propietario de *Rabón*, un corcel que para volar tenía la ventaja de carecer de rabo. Ni eso amedrentó a Tomás Curi que confiaba en su cuatralbo *Relámpago* (pagó por él un toro y mil quinientos soles encima). Fachendosos jinetes alborotaron Yanahuanca. La provincia bullía. Las mismas comadres que adelantan la rueda del mundo con la fuerza motriz de sus lenguas, se olvidaron de los adúlteros para ocuparse de los devaneos de los corceles.

No se sabe si la idea brotó de la menguada sesera de Arutingo o si el corazón del doctor Montenegro se despertó con la noble emulación de competencia. Una mañana el doctor petrificó al amanuense de la Municipalidad con un billete azul: *Triunfante* participaría. Cuando los competidores supieron que disputarían la carrera con un caballo sospechosamente apellidado *Triunfante*, quisieron retirarse. Los tragos de Amador Cayetano cometieron la imprudencia de lamentar sus cincuenta soles. César Morales se atrevió a más; fue a la Municipalidad a reclamar sus cincuenta solifacios. «¿Qué cosa? –rugió don Herón, empurpurado—. ¿Ha venido a tomarme el pelo?». «Yo no creo –dijo

Morales— que el doctor Montenegro permita que gane otro caballo». Don Herón se ahogaba. «¿Qué cosa? —repitió—. ¿Quieres desairar públicamente al Juez? ¿Está usted cansado de su libertad? ¿Dónde está el espíritu deportivo? ¡Carajo! ¡Al primero que se retire, lo seco en la cárcel!». Sólo tan oportuno recuerdo del espíritu olímpico retuvo a los inscritos.

Una patriótica diana, regalo de Puesto de la Guardia Civil, despertó a Yanahuanca el veintiocho de julio. Ocho guardias presentaron armas al Pabellón. Olvidando que el padre Lovatón celebraba una misa en memoria del General San Martín, los hueleguisos hormigueaban en el campo. Hacía tres días que los señores guardias civiles, deseosos de exaltar el cumpleaños de la patria, habían mandado a los presos levantar un tabladillo adornado con cintas bicolors, obsequio de las señoritas maestras. A las once, el Subprefecto Valerio, el Alcalde, el Director de la Escuela, el Alférez Jefe de Línea, el Jefe de la Caja de Depósitos y Consignaciones y los señores profesores se sentaron en las sillas de paja dispuestas alrededor del sillón de honor reservado al doctor Montenegro. Radiante en una camisa de franela nueva, el gordo Arutingo recogía cualquier apuesta jurando que *Triunfante* rompería la cinta bicolor.

Los noveleros invadieron el campo. El sargento Cabrera mandó despejar. A las doce, don Herón de los Ríos, sudando en un traje de lana azul, se levantó. En el extremo de la pista se alineaban los diecinueve centauros. Pero don Herón no quiso enturbiar un día radioso y tomó al toro, mejor dicho, al caballo, por las astas: «Señores (calificativo que constituía un habilísimo golpe diplomático con gañanes desacostumbrados a semejante trato de las autoridades), esta competencia no es para satisfacer ninguna vanidad. Este concurso es para celebrar el sagrado cumpleaños de la Patria». Los jinetes se quitaron el sombrero. Bajo los hachazos del sol, el Alcalde se rascó la cabeza. «Qué importa —suspiró don Herón— quién sea el ganador.

¡Quizá lo mejor para todos sea que el doctor satisfaga su capricho! —y barrió con los ojos a los participantes». «¿Qué mosca me picaría para inscribirme?», suspiró Alfonso Jiménez, sacándose los mocos de la nariz. Era una evidente falta a la investidura del Alcalde, pero lejos de escarmentar la insolencia, don Herón acertó a filosofar: «El Juzgado, señores, es la casa del jabonero: el que no cae, resbala. Nadie está libre de una acusación, nadie debe jactarse “de esta agua no beberé” —y remató con esta paradoja—: Ustedes ganarán perdiendo». Los consolados jinetes se alinearon. Los ojos de la provincia los seguían. Desde el sillón de honor, el doctor Montenegro auscultaba la partida con unos anteojos de larga vista, atracción que rivalizaba con el evento. El Alcalde anunció: «Señoras y señores, la Municipalidad de Yanahuanca ha querido asociarse a la alegría de nuestro aniversario patrio con una prueba sin precedentes. Los mejores jinetes disputarán una copa donada por los señores comerciantes. ¡Que Dios los acompañe y que gane el mejor!».

Humearon los aplausos. El cabo Minches disparó al aire el revólver de reglamento. Los caballos se entreveraron en un relámpago. Y fuera porque los oportunos recuerdos del Alcalde entibiaron los ánimos, fuera porque, en efecto, era el mejor, *Triunfante* se adelantó. Gracias a sus prodigiosos lentes, el traje negro seguía la carrera sonriente. Pero el hombre propone y el caballo dispone. Porque era insensible a los sesudos argumentos de don Herón, *Picaflor*, el zaino de César Morales, superó a *Triunfante*. Morales jura que hizo todo lo posible para impedir su barbaridad: se sentó sobre la silla, ajustó las pantorrillas, tiró y retiró de la rienda derecha, serruchó los belfos de *Picaflor*. Fue inútil: el maldito caballo se detuvo tras la raya de victoria.

El doctor Montenegro, encargado de entregarle al ganador la copa donada por el Honorable Concejo, pasó por la humillación de asistir a la catástrofe de un caballo irónicamente llamado *Triunfante*. Tasajeó al Alcalde con una mirada morada. Don Herón midió las consecuencias,

se levantó y se tambaleó hacia el desencajado tropel de los jinetes. Lo que César Morales y don Herón conversaron, nunca se supo. El Alcalde volvió a la tribuna. La cara de palo de Arutingo se resignaba a pagar las apuestas. «Señores –anunció don Herón, sudoroso–, los jinetes acusan a Morales de gravísimas faltas. Morales ha cruzado a los competidores en la carrera. El respeto a la celebración patriótica nos prohíbe admitir esas incorrecciones». Los Principales sonrieron, aliviados. ¿Podía ampararse semejante falta en el mismo cumpleaños de la Patria? Un minuto después, la Comisión anuló el triunfo de *Picaflor* y por boca de don Herón anunció que el primer puesto correspondía a *Triunfante*. Allí se resbalaron a otro problema: era evidente que el doctor Montenegro, encargado de entregar la copa, no podía recibirla de sus propias manos. Pero don Herón estaba en su día: suplicó a doña Pepita de Montenegro que se dignara, en nombre de la culta colectividad de Yanahuanca, honrar al ganador. La ruborizada hacendada entregó la copa y los mil novecientos cincuenta soles al doctor. Las manos volvieron a humear.

La mocosería descubre a *Triunfante* caracoleando y se dispara por las calles. «¡Ya viene el doctor! ¡Ya llegan!», alborotan. *Triunfante*, ensillado con una montura huancavelicana talabarteada alrededor de dos letras de plata, «F» y «M», masca, impaciente, el freno argentado. Confortado por la segunda taza de café con leche el traje negro atraviesa el callejón de los sombrerazos y cruza el patio empedrado. Arutingo se acerca para contarle lo que acaeció cuando la *Calzón de Fierro* inscribió a su hija en un colegio de monjas. El Chuto Ildefonso agarra las riendas, el doctor monta. Ya las calles por donde cruzará la cabalgata se despueblan. Sólo los comerciantes, incapacitados para abandonar sus tiendas, se asoman a las puertas para saludar al Primer Vecino. El traje negro desciende por el jirón Huallaga, una callecita donde se disimulan el restaurante «El Chinito» y una pila de agua. Cincuenta metros más adelante la bajada ingresa en el puente. Veinte

jinetes siguen las cabriolas de *Triunfante*, que trota entre los saludos de los minoristas. Ocupado en gozar de las diabluras de su caballo, la ecuestre estatua no contesta. La caravana atraviesa el puente e inicia el camino que conduce a la hacienda Huarautambo. Cruzan Raeré. Durante una hora los jinetes, calentados por los sucesos que explotaron el día en que la *Rompecatres* descubrió una tortuguita en su cama, bordean el naciente río Huallaga. Una legua después encuentran la fragorosa subida a Huarautambo: un serpenteante callejón de piedra, de una legua de largo. Felizmente, los silloneros conocen el bárbaro camino. Reconfortados por los espantos que acaecieron el día en que la *Culo-de-bronce* le preguntó a la *Rompecatres* cuántas hojas tiene el trébol (inocente pregunta que motivó la salida, con bayonetas caladas, del regimiento acampado en Huaucayo), divisan finalmente los peñones donde el áspero callejón se amansa en una espléndida llanura. Acostumbrados a la severidad de la piedra, los ojos se escandalizan con la ligereza del río Huarautambo que se despeña en siete escalones de espuma quemado por vivísimos incendios de retama. Engañado por una piedra removida por la llovizna, justo al superar la tercera caída. *Triunfante* resbaló y se recuperó. Sin conceder una mirada al valeroso esfuerzo de las cataratas, el doctor siguió de largo. Un kilómetro después avistaron los sauces de la hacienda. Se acercaban al puente, clausurado por un portón colonial de madera labrada donde los artistas contemporáneos sólo han osado añadir la «F» y la «M» que se honró en grabar el talabartero. El doctor Montenegro se detuvo a cinco metros del portón. El Magistrado se metió la mano en el bolsillo y extrajo una lenta y enorme llave. El puente es el único acceso. Exceptuando hormigas y lagartijas nadie lo atraviesa sin un permiso honrado por la firma y el sello del doctor. Hace años el traje negro viajó a Lima para depositar trescientos mil soles en un banco. En los apuros de última hora —bizcochados y quesos para la parentela—, olvidó dejar la llave del puente. El doctor Montenegro proyectaba pasar una semana en Lima, pero los contoneos

de una hembra que daba de comer al ojo de todo Cinco Esquinas, lo retuvieron un verano. La humanidad de la hacienda tuvo que esperar los desaires de la morena para salir de sus límites. El maestro de Huarautambo se comió las uñas durante tres meses. «Reglamento es reglamento», sentenciaba el Chuto. Nadie cruza el puente sin licencia, ni siquiera, mejor dicho, menos que nadie, don Sebastián Barda, el hermano de doña Pepita, dueño de la otra banda, la mala tierra de la hacienda. Cuando don Sebastián se emborracha no oculta, que de la herencia de su padre, él recibió la piel del culo. «Yo tengo la culpa por huevón», proclama su voz aguardientosa. Y es verdad. Cuando don Alejandro Barda murió, doña Pepita propuso: «Hermanito, disfrutaremos del fundo un año tú y el otro yo». Don Sebastián que acababa de recibir costalillos de plata, aceptó y pasó el año en los burdeles de Huánuco, No era mala idea. En Huánuco, tierra caliente, hay hembras capaces de sacarle leche a las piedras. Exhausto por trescientas francachelas, don Sebastián compró un escultórico caballo y volvió a Huarautambo: encontró el puente clausurado. Pataleó, reclamó, insultó, se quejó. De sus insolencias sólo sacó que el doctor Montenegro, nuevo «propietario» de Huarautambo, le vedara usar los puquios. «Si quiere agua –dijo el dichoso recién casado–, que la busque en la montaña». Sin conceder una mirada al descalabrado rancho donde Sebastián mastica su resentimiento, el doctor atravesó el puente y avanzó entre tapias crinadas de cactus.

*Triunfante* chapoteó en la callejuela y la desgracia señaló a Juan Chacón, el Sordo. Ocupado en jugar con una pelota de trapo cosida con los calandrajos de un saco inservible no escuchó el tronar de la cabalgata. Dinamitando rocas por orden del doctor, se le había escapado el oído. De espaldas al camino por donde jineteaba el propietario de la tierra donde se permitía las delicias del juego, el Sordo no percibió el chasquido de las herraduras. El Sordo, saltó, pero no alcanzó la pelota. Navegada por la mano del diablo, la pelota voló hasta



la cara del doctor. *Triunfante* se detuvo en seco. El doctor descreyó el insulto que le comunicaban sus sentidos; pero el asombro, pariente del conocimiento, cedió el lugar a la cólera, prima legítima de la violencia. El Sordo volteó con la cara untada por una estúpida sonrisa: encontró el mundo clausurado por el monumento de la rabia.

– ¿Quién es este comemierda? – bramó el doctor.

– Es un su peón – balbuceó el Chuto.

– ¡Sígueme, cabrones! – humeó el doctor ya al galope. El sol rajaba. *Triunfante* sudoroso, se detuvo en la cancha Moyopampa. Del remolino de sus cascos emergieron el Sordo, color pasto, y el Chuto, color caca.

– Para que este piojoso aprenda donde meter las manos, cercará esta cancha – bramó el doctor Montenegro, cruzándole la cara con un rebencazo. Y se volvió, casi no se volvió, al Chuto, que tiritaba –: Hoy mismo clausurarás la casa de este imbécil con un candado – y le quemó otro fustazo –. Mientras el cerco no quede listo, estos mierdas dormirán al sereno. ¡Si alguien se atreve a ayudarlos, avísame!

Agobiado por una desgracia superior a su sordera, Juan acertó la única frase posible:

– Gracias, doctor.

El Chuto Ildefonso, que cobraba al contado las humillaciones, sacó a patadas a la familia del Sordo y clausuró la choza con un candado. Los pellejos de dormir, una olla, un balde y un costal de papas, fue todo lo que la familia logró rescatar para enfrentarse a la intemperie. Cercar una cancha de trescientos metros por lado es vasto castigo, pero, por desmesurada que fuera la sentencia, el Sordo acertó expresando su agradecimiento: tuvo suerte de que en la cólera, el doctor se guiara por

su juicio. ¿Qué hubiera pasado si el gordo Arutingo –entretenido en contar lo que sucedió el día en que la *Culoeléctrico* se encontró con un mudo a la mitad de un puente– hubiera escoltado la furia del doctor? Encima del muro hubiera recibido un regalo: correr toda la noche alrededor de la casa hacienda, bailar hasta el desmayo o comerse, como el difunto Odonicio Castro, un costalillo de papas.

El Sordo comenzó a levantar el cerco. Había que traer piedras desde el río. Cinco días después, su hijo –vencedor en el juego de pelota– se atrevió a faltar a la escuela para ayudarlo. El desconcertado maestro vaciló entre la cólera y la piedad. «Es pesado levantar ese cerco solo», dijo el niño con un tono donde ya se reconocía la voz de un hombre. «Está bien –bajotrajo la cabeza el maestro–, yo te repasaré las lecciones». Transportaban piedras, mezclaban argamasas, plantaban matas de barro, terminaban con el crepúsculo sin más fuerzas que las de tirarse sobre los pellones de carnero arrumbados contra el flaco calor de las peñas. Parecía imposible, pero sesenta días después del mediodía en que la desdicha le guiñó el ojo a Juan, el Sordo, cercaron una de las caras de Moyopampa. Ciento noventa y tres días después –ciento noventa y tres mañanas, ciento noventa y tres mediodías, ciento noventa y tres tardes, ciento noventa y tres crepúsculos, ciento noventa y tres noches–, un esqueleto solicitó permiso para mostrar su obra.

–Ojalá que el doctor no encuentre defectos –refunfuñó el Chuto.

El traje negro brotó de la casa hacienda y revisó el muro mordisqueando un melocotón.

–Está bien –accedió–. Devuélveles la casa y regálales una botella de aguardiente.

Ataviado por la gratitud, el Sordo repitió la única frase pronunciada en ciento noventa y tres días:

— ¡Gracias, patrón!

El sol de un prematuro crepúsculo debilitaba las hierbas. El brumoso peón se quitó el sombrero. En la cinta, enterrada bajo la costra de barro, ardían los escombros de una pluma de codorniz. El día en que el Sordo le enseñó a su hijo a pescar truchas con la mano, el niño se la había prendido en el sombrero. Sopló un vientecillo frío; el muchachito miró los nubosos ojos de su padre, luego una lagartija que se soleaba orgullosa de su cola nueva, luego el desdeñoso jinete que se extraviaba en los primeros desfiladeros del atardecer.

Fue la primera vez — tenía nueve años — que la mano de Héctor Chacón, el Nictálope, sintió sed de la garganta del doctor Montenegro.

Pasados los años, cumplida su segunda condena, un hombre flaco, de ojos saltarines, salió de la cárcel de Huánuco, trepó a un camión y volvió a Yanahuanca. El invierno se enfurecía con las últimas hojas. El hombre, que vestía unos pantalones manchados y una camisa delgada, ingresó en la Plaza de Armas lentamente. En una de las esquinas depositó una maleta de cartón verde, se agachó y sacó una cajetilla. Por la otra esquina ingresó el doctor Montenegro. Era la hora de su paseo. La Plaza de Armas de Yanahuanca es un cuadrado irregular. El lado norte tiene cincuenta y dos pasos, el lado sur cincuenta y cinco, el lado este setenta y cinco y el lado oeste setenta y cuatro: doscientos cincuenta y seis pasos que el doctor repetía todas las seis de la tarde veinte veces. El forastero comenzó a fumar. El doctor Montenegro, miope para los peones, prosiguió. Héctor Chacón, el Nictálope, comenzó a reírse: su carcajada construyó una especie de grito, una contraseña de animales conjurados, un secreto aprendido de búhos, espuma atropellada por los estampidos de una risotada seca como los disparos de los guardias civiles y que cayó flagelada por los espasmos de una pavorosa alegría. La gente salió a las puertas. En el Puesto, los guardias civiles rastrillaron sus fusiles. Niños y perros cesaron de perseguirse. Las

viejas se santiguaron.

## 10. Acerca del lugar y la hora en que el gusano de alambre apareció en Yanacancha

Yo todavía no conocía el Cerco. Como la ganadería no me da suficiente para vivir, instalé una cantina por los alrededores de Yanacancha, a treinta kilómetros de Rancas. El sargento Cabrera, que allí dejó muchos enemigos en sus tiempos de guardia, dice que Yanacancha no tiene ni plaza. Es verdad. Recogí calaminas inservibles y construí una cabaña. Conseguí una mesa, un hule floreado y unos bancos, y para no entristecer a los clientes pinté un letrero: «Aquí se está mejor que allá». «Allá» es el cementerio de enfrente. A los mineros les gustó mi café aguachento. ¿Para qué necesita Yanacancha una plaza? Sus casuchas se desparraman, a la buena de Dios, en la bajada a Huariaca. En invierno o en verano, los cristianos caminan allí con las manos en los bolsillos y las caras solapadas por bufandas. Sólo el sol del mediodía calienta. Los perros esperan ansiosos ese fulgor y lo persiguen hasta que se extravía en la estepa. Allí, de golpe, atardece. El viento sale de las cuevas y lame rencoroso la tierra pelada.

Yanacancha comienza donde acaba Cerro de Pasco: en el cementerio. Los viajeros se extrañan de ese camposanto, demasiado vasto para el pueblo. Y es que antes que viniera el de la barba bermeja, Cerro de Pasco llegó a tener doce viceconsulados. Cateadores de todas las razas subieron a estos nevados a buscar la veta fabulosa. Vinieron por fortuna y dejaron los huesos. Derrochaban sus años vagando por las cordilleras. Un día los sorprendía la fiebre y en las pausas del delirio suplicaban que con su oro les compraran, por lo menos, una buena tumba. Allí están, metidos en sus catafalcos, mascullando contra la

nevada.

En una de las paredes del cementerio, un jueves, la noche parió al Cerco.

Volví para santiguarme. Una multitud de enchaquetados lo miraba gatear; ante mis ojos, el Cerco circundó el cementerio y descendió a la carretera. Es la hora en que los camiones jadean hacia Huánuco, felices de bajar a tierras arboladas. En el borde de la carretera, el Cerco se detuvo, meditó una hora y se dividió en dos. El camino a Huánuco comenzó a correr entre dos alambrados. El Cerco reptó tres kilómetros y enfiló hacia las oscuras tierras de Cafepampa. Aquí hay algo malo, pensé. Despreciando la granizada, corrí a avisar a don Marcelino Gora. Pero don Marcelino no estaba de humor para noticias. Esa mañana los abigeos —¡maldita sea su estampa!— lo habían perjudicado con dos toros. Por tercera vez en el año los ladrones lo acariciaban. Sentado en la puerta de su choza, con la vista en el suelo, don Marcelino imaginaba lo que les arrancaría a los abigeos cuando los capturara. Avancé bajo la lluvia protegiéndome con un saco de yute.

—Oiga usted, don Marcelino, en el camino a Huánuco ha nacido un Cerco muy raro.

—Si agarro a esos cabrones, los capo.

—Don Marcelino, la carretera camina entre dos alambres sospechosos.

—Alguien me ha hecho «daño», Fortunato. He encontrado cruces de ceniza en mi puerta.

—En Yanahuanca vive un «curioso» que desentierra todos los robos en sus sueños, pero él mismo se llama el Abigeo. ¿Qué le parece el Cerco, don Marcelino? ¿No sería bueno tocar una campanada y reunir a

la gente?

–Serán ingenieros, Fortunato.

– ¿Cuándo los caminos tuvieron cerco? Un cerco es un cerco; un cerco significa un dueño, don Marcelino.

Don Gora contaba rabiosamente las gotas de lluvia.

Volví a la cantina. La garganta me exigía un huaracazo. La nevada se debilitaba. Ascendí por la cuesta y abrí la boca: el Cerco engullía Cafepampa. Así nació el cabrón, un día lluvioso, a las siete de la mañana. A las seis de la tarde tenía una edad de cinco kilómetros. Pernoctó en el puquial Trinidad. Al día siguiente corrió hasta Piscapuquio: allí celebró sus diez kilómetros. ¿Conocen los cinco manantiales de Piscapuquio? Para el que llega, beberla es un regalo. Para el que parte, es una dulzura recordarla. Ya nadie pudo encariñarse con esos manantiales. El tercer día, el Cerco cumplió otros cinco kilómetros. El cuarto atravesó los lavaderos de oro. En esos esqueletos de piedra levantados por los antiguos, los españoles lavaban su oro. No aconsejo cruzar esas soledades de noche: un decapitado limosnea con su cabeza en la mano. Allí pernoctó el Cerco: al alba reptó hacia el cañón por donde fuga la carretera a Huánuco. Dos infranqueables montes vigilan el desfiladero: el rojizo Pucamina y el enlutado Yantacaca, inaccesibles para los mismos pájaros.

El quinto día, el Cerco derrotó a los pájaros.

## **11. Sobre los amigos y amigos que Héctor Chacón, el Negado, encontró a su salida de la cárcel de Huánuco.**

Si por torpeza alguno de los agentes viajeros que mensualmente descienden a Yanahuanca para ofrecer esos muestrarios de telas floreadas cuyos esplendores provoca tantos dolores de cabeza a los hombres que cometen la valentía de dormir con dos mujeres, pregunta, como quien no quiere la cosa, por Héctor Chacón, los comensales del Hotel Mundial se encarnizan en el grasoso estofado; y si los representantes de las casas mayoristas, aparentemente empeñados en rechazar clientes, insisten, los pensionistas pierden el apetito y se alejan; y si llevado por su funesta curiosidad este hipotético explorador sube al caserío de Yanacocha, colgado sobre una cornisa de la cordillera, mil metros más arriba, el preguntón tropezará con un muro de negativas: nadie conoce a ese varón de rostro tallado por miradas de ojos diferentes; y si visita las casas donde, en otros tiempos, Héctor Chacón comió, se jaraneó y se emborrachó, repetirán: no conocemos a ese hombre que, defendido por una camisa que era una burla al invierno, un mediodía fangoso descendió hacia la pila de la Plaza de Armas de Yanacocha; y si el empecinado viajero encamina sus pasos hacia las casas de los propios amigos de Héctor Chacón, por ejemplo a las de Agapito Robles o Isaac Carbajal, los dueños lo barrerán con ojos desconfiados y le dirán «Un momento». Poco después el preguntón entenderá la inutilidad de la espera: los inquiridos han saltado la cerca de sus patios y se han extraviado en los eucaliptos; y si para rematar una metáfora infortunada, el viajero toca la misma puerta de la mujer de Héctor Chacón, ella también responderá «No lo conozco». En



docenas de leguas sólo una persona admitirá conocerlo.

– Yo sé dónde está Héctor – dice el Niño Remigio, el de la sonrisa malograda.

– ¿Dónde está?

El Niño Remigio lanza el chorro de su carcajada:

– ¡Se convirtió en luciérnaga!

Un mediodía lluvioso, sin embargo, Héctor Chacón, el Negado, atravesó lentamente la plaza rumbo a la polvorienta pila donde un despintado angelito no alcanza a disparar su flecha porque algún hideputa le quebró uno de los brazos. Vestía las mismas ropas con las que había dejado la cárcel de Huánuco. Cinco años antes había salido por esa misma esquina con las manos amarradas a una reata halada por los caballos de los guardias civiles. Encendió un cigarrillo. Su mirada convalecía en las cosas olvidadas. Exhaló la segunda bocanada. Un hombre vestido con una violenta camisa a cuadros, delgado, de rostro cetrino, de ojos achinados, de cabellos rebeldes, lo palpó con los ojos.

– ¡Don Héctor, don Héctor! – gritó.

Era Agapito Robles, el nuevo Personero de la comunidad. Los ojos de Héctor Chacón, capaces de encontrar una araña en la noche, lo desconocieron.

– Soy Agapito Robles, don Héctor – dijo el Personero mientras cruzaba la algarabía de una nube de niños de caras disimuladas bajo la costra de mocos petrificados.

Chacón sonrió: no flaqueaba su bárbara memoria. El día en que, amarrado a la doble soga de la Guardia Civil y la vergüenza pública, atravesó por última vez esa plaza, Agapito era un muchacho que jugaba

a las bolas.

– ¡Dichosos los ojos que lo miran, don Héctor! – se emocionó la voz.

– Gracias, don Agapito.

Otros dos hombres, un gigante de casi dos metros y un achaparrado de mandíbulas poderosas y espaldas cuadradas, se acercaron gritando:

– ¡Héctor, Héctor!

El Nictálope se golpeó los muslos de alegría.

– ¡Hermanón, hermanón!

– Conocía su llegada – dijo el gigante con una sonrisa que no mostró ningún diente por la sencilla razón de que no los tenía.

– ¿Cómo lo supo, compadre?

– Por los animales – sonrió el desdentado.

Los animales le adelantaban noticias. Su padre, un jorobado hecho a los tratos con gentes complicadas con la Otra Orilla, lo abandonó a los cinco años dejándole por única herencia el lenguaje de los animales. A los siete años conversaba con los potrillos; a los ocho, ningún animal se le resistía; y hubo su madre de tallarlo a latigazos para evitar que pasara su infancia conversando con los únicos maestros que le enseñaron cosas serias. Cada tres meses la necesidad, que es más fea que pegarle al padre, lo obligaba a remontar las cordilleras. No robaba: convencía a los caballos. Provisto de billetes relucientes, fingía interesarse en la compra de caballos y, aprovechando el descuido de los caporales, impotentes ante tales maestrías, se ganaba la confianza de los equipos,

nombrábales lugares donde crecían pastos mayores que la alzada de los toros y galopaban yeguas de traseros colosales: los animales lo escuchaban con ojos húmedos. El Ladrón de Caballos los citaba en los despoblados y ellos, más fieles que mujeres, acudían a las citas, y se largaban juntos por los recovecos de anfractuosísimas cordilleras. Semanas después aparecía en Canta, en La Unión o en Yauyos, ofreciendo caballos. Sólo los vendía después de tomar en los corrales referencias de los compradores por boca de sus propios equinos.

El Abigeo se embozaba también, cada tres meses, un poncho asqueroso, se encasquetaba una máscara de nieve de infernales colores y se largaba a las jaleas: durante semanas despojaba a las haciendas, luego atravesaba con sus tropillas la rudísima cordillera de Oyón. Renacía borracho en estruendosas pachamancas.

—He sido perdonado — se carcajeaba.

—¿Quién te ha perdonado?

—He robado a las haciendas; ladrón que roba a otro ladrón, tiene cien años de perdón.

Los hacendados, furiosos con la plaga, mandaban batir los caminos. Era inútil. El Abigeo estaba investido de los poderes del sueño: muchos días antes que las patrullas soñaran en escoger un camino de herradura, conocía el sitio exacto donde, vanamente, se apostarían los cazadores.

—Hace treinta días — dijo el Abigeo — te soñé entrando con esa misma ropa, igualito.

Verdaderamente, conocía el futuro. La gente que extraviaba cosas le pagaba una botella de aguardiente y una libra que él sólo aceptaba para demostrar algún medio de vida. Siempre las hallaba. El Abigeo

descubrió el lugar donde el difunto Matías Zelaya había guardado las escrituras de su chacra sin pensar que todo hombre puede ser visitado sorpresivamente por la Pelona. Él descubrió que era una calumnia el robo de doce cucharillas de plata que se le achacaba a uno de los pensionistas del Hotel Mundial: la misma viuda Lovatón las había hundido, por descuido, en un saco de molienda. Pero con los años trató de limitar su poderío: las autoridades le reclamaban, con demasiada frecuencia, las señas de los fugitivos. Sólo en una oportunidad fracasó estruendosamente: el herrero de Yanacocha —un gigantesco bruto con el que se negaba a acostarse una mujer aterrorizada por las inhumanas dimensiones de su martillo— lo obligó a recibir una arroba de aguardiente: quería conocer las pisadas del hombre que le calentaba el agua a su mujer. La bestia amanecía en la puerta del Abigeo. «¿Qué has soñado?». «He soñado con peces. Sólo distingo agua. El viento me impide mirar en mis sueños», contestaba el Abigeo desalentado. «¿Dónde mierda está tu poder?», bramaba el herrero. La gente comenzó a reírse. «El Abigeo usa de tretas para beber gratis». Pero el Abigeo conocía perfectamente al hombre que dormía con la mujer del herrero: era él mismo. Y supo también quién le batía el puré a la hija del Gobernador. En su sueño la descubrió acostada al lado del hombre que la desposaría, un maestro de un lejano caserío; pero le miró con tal tristeza en los ojos que prefirió pasar por la vergüenza de devolver los diez soles.

Se abrazaron y fueron a beber.

—Esto merece una docena de cervezas —dijo el Ladrón de Caballos.

—¿Por qué tan avaro, compadre? —lo resonó el Abigeo.

Penetraron en la tienda de don Carmelo, un destartalado saloncito en cuyos estantes se aburrían veinticuatro cervezas, ocho latas de leche

Gloria, media docena de sardinas y un costalillo de sal.

– ¿Qué se van a servir? – preguntó don Carmelo, aburrido con la perspectiva de una tarde de trabajo. Era empedernido practicante del consejo de San Boromondo, «Si el alcohol perjudica tu trabajo, deja el trabajo».

– Bájese una docena de cebadas – ordenó Agapito Robles.

– Bájese todas – rectificó Chacón.

Bebieron toda la tarde.

– ¿Cómo encontró su casa? – le preguntó, ya oscuro, el Abigeo.

– No he llegado a mi casa – dijo Chacón y se volvió a Robles.

– ¿Así que tú eres el nuevo Personero?

– Para lo que guste mandar.

– Supongo que no te sobraré la mantequilla.

Se rieron. Los antiguos personeros, compadres del Juez, guardaban silencio sobre sus avances. En sus casas sobraban el queso y la mantequilla: se los traían cada semana los peones de Huarautambo.

– Para lo que guste – repitió Robles.

Chacón lo talló con su mirada, capaz de descubrir sapos debajo de las piedras.

– Sólo me gustaría una cosa. Para eso he venido.

– A mí también me gustaría.

—¿Seguro?

—Hay hombres de paja y hombres de hueso, don —y en sus ojos se empozaron el coraje y el miedo.

Treinta días después Héctor Chacón soñó que cabalgaba por un camino de nieve, absurdamente plagado de flores. El escándalo de una canción solitaria —cuyas frases no comprendía— convocaba a los hombres: diez, cien, doscientos, quinientos, mil, cuatro mil hombres avanzaron por el mismo camino cantando la canción inaudita. Cabalgaron meses por comarcas sin sed ni fatiga, hasta que encontraron un camino de herradura que conducía a la provincia, bajaron, atravesaron el puente, inundaron la plaza. Mirando aquella muchedumbre, los guardias civiles huyeron despavoridos. La multitud atravesó la plaza y derribó violentamente las puertas azules de la casa del doctor Montenegro. Pálidos huyeron los caporales, el mismo doctor escapó de habitación en habitación, lo persiguieron a través de un laberinto de habitaciones inmensas, unas cubiertas de nieve, tapiadas otras por selvas, siempre cantando lo capturaron y lo sacaron a la plaza. Eran las tres de la mañana, pero el sol, un diamantino sol, ardía. Los alguaciles convocaron con cornetas a todos los hombres y animales de la provincia para juzgar al doctor Montenegro. El Alguacil Mayor se vistió de blanco y preguntó: «¿Hay alguien que no haya sido afrentado por este hombre?». Nadie se levantó. «Perdóname, no lo volveré a hacer», sollozaba el traje negro. El Alguacil solicitó la declaración de los perros. «¿Hay algún perro que no haya sido pateado por este hombre?». Los perros inmovilizaron sus colas. El Alguacil insistió: «¿Hay algún gato que no haya sido quemado por este hombre?». Los veloces pájaros, las alegres mariposas, los vivísimos chingolos y los soñolientos cuyes testimoniaron. Nadie perdonó al doctor. Lo montaron en un burro y lo expulsaron de la provincia, entre músicas y cohetes.

Chacón se despertó con la boca seca, se levantó y salió al patio,

buscó un cántaro y bebió un trago largo. No amanecía. Se mojó la cabeza. Sentado en el poyo esperó la claridad. Sobre las mismas piedras lo había corneado, hacía ocho días, el segundo deseo de matar al doctor Montenegro.

Esa madrugada, lo visitó el ansia de matarlo de verdad.

Se agachó y arrancó una hierba; la mordisqueó. Clareó. Volvió a la habitación donde su mujer, calmada por sus montadas, se afanaba con sus prendas. Sacó una camisa nueva comprada en Huánuco con el producto de una última docena de sillas de paja tejidas en la cárcel, se la puso y salió a la calle. Cinco minutos después penetró en el patio del Abigeo.

En cuclillas, el Abigeo se preparaba a matar un carnero.

— ¿Qué mosca te ha picado, Héctor?

El Nictálope se agachó y ayudó a sujetar las patas del animal a las estacas. El carnero balaba débilmente. Amarró las patas traseras. El Abigeo sacó el cuchillo y degolló al animal de un solo tajo. La sangre saltó sobre las ollas negras. Oliéndola, los perros, a un metro, tiritaban.

— ¿Hay gente de confianza en este pueblo?

— ¿Para qué empresa?

— Para pararle el macho a un hombre imperioso.

El Abigeo se rascó la cabeza.

— Habría — y arrojó las partes inútiles a los perros.

— ¿Puede usted citarlos?

El Abigeo limpió el cuchillo ensangrentado en la hierba.

– ¿Dónde?

– En cualquier parte, pero de noche.

El Abigeo le miró la gravedad de sus pensamientos.

– Veré.



## 12. Acerca de la ruta por donde viajaba el gusano

Nueve cerros, cincuenta pastizales, cinco lagunas, catorce puquios, once cuevas, tres ríos tan caudalosos que no se hielan ni en invierno, cinco pueblos, cinco camposantos, engulló el Cerco en quince días.

Antes que los Personeros se reunieran para considerar sus ambiciones, el alambrado devoró la pampa. Cenicientos rumores demacraron la llanura. Los viajeros, forzados a pernoctar en Rancas, murmuraban que el Cerco no era obra de humanos, que brotaba al mismo tiempo, en docenas de caseríos, que pronto el Cerco entraría en los pueblos y hasta en las habitaciones. Bruscamente, el Cerco sacó la cabeza a veinte kilómetros, en Villa de Pasco. Fortunato corría, corría, corría. En la bermeja neblina de su cansancio, Fortunato entrevió la cara asustada de Adán Ponce, los rostros fruncidos de los Notables de Villa de Pasco. También el Cerco infectaba esas tierras. Cerca de Villa de Pasco dormitan dos lagunas: Yanamate grande y Yanamate chico, dos aguas solitarias frecuentadas únicamente por patos salvajes. Entre las dos lagunas emergió el Cerco. Los pastorcitos que, desde hacía semanas, conocían sus violáceas hazañas, corrieron a avisar a Adán Ponce, el principal vecino de Villa de Pasco. Adán abandonó el arreglo de unas herrumbrosas tijeras y salió con veinte varones. Ya el Cerco deglutía la pampa Buenos Aires. Esa noche se hospedó allí. Al día siguiente trepó Buenavista y encerró a cuarenta familias. Hombres y mujeres impedidos de salir de sus casas empezaron a gimotear. Para salir sólo se les ofrecía el tosco camino de los nevados. El tercer día, el Cerco subió la Cuesta de los Pumpos y encerró otras dieciocho familias. Ese atardecer se detuvo, a quince kilómetros de su cuna, en las resbalosas orillas del

río San Juan. Encerró otras treinta familias. El río San Juan nace en las cordilleras del Chauca, gordo de riquísimas truchas; desgraciadamente, aquí las desconocemos: las emponzoñadas aguas de los relaves las asesinan. Aquí el San Juan es un curso de aguas difuntas. Pero sus fétidas aguas no detuvieron al Cerco. El Cerco saltó el San Juan y avanzó hacia Yuracancha, el pueblo más flaco de la pampa. Cuando el Creador visitó estos lugares, no quiso entrar en Yuracancha. Así dicen los lugareños resentidos con el páramo que les repartió don Jesucristo. La única riqueza de Yuracancha es una mina de cal. Para mantener vivos sus rebaños los yuracanchinos fatigan a las leguas, en busca del pasto. Ese mediodía el Cerco se aproximó. Los yuracanchinos salieron, temblando, con palas y piedras para enfrentarse.

Pero a doscientos metros del pueblo, el Cerco les volvió la espalda, torció y se extravió desdeñosamente en la pampa.

En Yarusyacán sí entró. Los vecinos inocentes pastaban sus rebaños. En el pueblo sólo quedaban mujeres y viejos. Los yarusyaquinos son valientes. Ellos jamás hubieran permitido que el Cerco llegara al pueblo. En Yarusyacán hay algunas escopetas de caza. Se hubieran defendido. Pero, hasta entonces, el Cerco no había violado ningún pueblo. Devoraba tierra, masticaba lagunas, comía cerros, pero no se atrevía a penetrar en los pueblos. Pero tres horas después de rechazar a la mísera Yuracancha, sorpresivamente, el Cerco se metió a la calle principal de Yarusyacán. Las mujeres, únicos habitantes a la hora de los trabajos, salieron chillando con ojos enormes. Las más valientes empuñaron sus hondas y castigaron, desde lejos, a las cuadrillas. Los niños de la escuela los apedrearon también; pero una sola atropellada de caballos deshizo las cargas inútiles. El Cerco dividió el pueblo en dos: ya no se podía cambiar de vereda. Atravesó Yarusyacán y se refundió en la pampa. Buitres enormes revoloteaban en la tarde de ceniza.

Ya nadie durmió en los pueblos. Esa noche llegó a Rancas el último arriero: un comerciante de tunas, encerrado en los caminos desde hacía tres días. Ese hombre comunicó: «Señores, este Cerco no concierne sólo a la pampa. Este alambrado camina por toda la tierra. Distritos íntegros engulle. En ciertos sitios la gente, encerrada, se muere de hambre y de sed. Yo he visto cerrada la carretera a Huánuco. Otro arriero, a quien le regalé mis tunas –se pudrían– me notificó que más allá de Huariaca hay cientos de camiones bloqueados. Los pasajeros se mueren y las mercancías se pudren».

Tres días después sobrevino el Gran Pánico.

Toda la semana se advirtieron signos. Don Teodoro Santiago descubrió que el agua de Yanamate se cribaba de agujeros. En Junín una vaca parió un chanco de nueve patas. En Villa de Pasco, al abrir un carnero, saltó un ratón. Signos hubo, pero nadie quiso verlos. Aun en la víspera hubiera podido sospecharse de la nerviosidad de los perros. Alguien les comunicaría que se clausuraba el mundo. Huyan antes que sea tarde. Alguien les notificaría. Y los árboles también se asustaron. Yo no lo vi. Aquí no crecen árboles. Pero en Huariaca, mil metros más abajo, los eucaliptos enloquecieron. No soplaba ningún viento: por eso llamó la atención. El aire cabeceaba tranquilo cuando los sauces y los molles se volvieron epilépticos: se retorcían, tiritaban, se agitaban, pobrecitos, como si quisieran, pobrecitos, pies para irse. Alguien les murmuraría que la tierra se cerraba. Se retorcían, se lastimaban, se clavaban sus espinas. La mitad de la tarde y la totalidad de la noche padecieron. Algunos árboles lograron arrastrarse unos metros. Amanecieron sudados de leche desconocida. Pero ya nadie se compadecía de los árboles: los animales se fugaban. Los inteligentes zorros, como inteligentes, huyeron desde las cuatro de la mañana. Sin decir una palabra, sin comunicarse con nadie, zumbaron por la carretera a La Oroya: millares y millares de hocicos hendieron la oscuridad. A las siete se descubrieron a las lechuzas deslumbradas.

Alguien las notificaría. La gente se arrodilló con la cara color de esa pared. ¡Piedad, Jesucristo! ¡Por las llagas de tu Hijo coronado, Virgen Santísima! Y don Santiago, de rodillas, acelerando el pánico: «Acúsenme, pecadores, acúsenme antes que sea demasiado tarde». Y se acusaron. Mayta comenzó a morderse las manos. ¡Manos sucias, manos condenadas! «Yo he robado tus gallinas, don Jerónimo, soy un triste ladrón, perdóname». Don Jerónimo contestó con un hipo. Se abrazaron sollozando. Clodomiro también confesó: el Barrigón no era el culpable del hurto de la harina de don Jerónimo. Y la mujer de Odonicio también se arañó la cara. Pájaros y peces disputaban los caminos del cielo. Cielo negro, cielo verde, cielo azul, cielo tierra. ¡Ay Diosito, quiero quemarme el vientre: he fornicado con mi cuñado! Traigan carbones para comérmelos. Así era: aprovechando la enfermedad de Odonicio, se revolcaban a un metro del paralítico. Atrocidades se conocieron. Rancas, arrodillada, alzó las manos inútiles hacia los cerrados labios de Dios.

### 13. Sobre la increíble buena suerte del doctor Montenegro

El Abigeo no develó los pensamientos de Chacón. Vanamente se zambulló en las azabaches lagunas del sueño. Chacón desafiaba las noches. Contra el hombre despierto el husmeador del sueño es impotente. Tres noches se extravió el Abigeo en los matorrales de la soñera: tres noches Chacón se negó a abrirle las puertas de su insomnio. El Abigeo, aburrido, se largó a los caseríos. Cuatrocientos hombres se jactan del compadrazgo del doctor en la provincia, ochocientos ojos más resbaladizos que los caminos de enero. Pretextando compras de ganado, el Abigeo recorrió los poblachos y citó a los hombres de confianza. No era fácil reunirlos sin despertar sospechas.

Lo ayudó la buena suerte. Una mañana, doña Josefina de la Torre, Directora del Centro Escolar de niñas, amaneció con la inspiración de adquirir un mapamundi para la escuela. «Es necesario que las niñas viajen», dijo la decana de las malas lenguas de la provincia. Sorprendió con la idea de organizar una kermés. Porque simpatizaban con el proyecto de que sus hijas viajaran por tierras ignotas y, sobre todo, porque ansiaban que doña Josefina –Fina para sus íntimos– le diera vacaciones a la sin hueso, el pueblo apoyó la idea. Tras una quincena de conciliábulos –un verdadero bálsamo para todos los pecadores–, doña Josefina anunció un programa sensacional. El pueblo abrió la boca. Una cartulina amarilla predicó un programa delirante. Los enemigos de doña Josefina propalan que la mitad de los números sólo existieron en su imaginación. Efectivamente, algunos de los números son simbólicos: 1) Albazo, 2) Diana patriótica a cargo de la Benemérita Guardia Civil, 3)

Alegría general, 4) Embanderamiento de la población, 5) Cohetes, cohetones y coheteillos, 6) Desayuno de gala. Pero tampoco se puede negar que el programa ofrecía atracciones únicamente conocidas por los audaces viajeros: ¿quién conocía las carreras de encostados, el palo encebado y el desfile de antorchas? Y más: demostrando que derrochaba sus talentos en el chisme, doña Josefina tramó dos sensaciones: la Feria de Viandas y el Sorteo de Sementales. La Directora comprometió a las madres de familia a obsequiar un potaje. Era mucho decir. Por el respetable tamaño de las barrigas de los Notables –vientres sobre los que cabría pintar los dichosos mapamundis– es fácil colegir que en Yanahuanca la cocina no es arte menor. Existen manos capaces de preparar un estofado con piedras. Las matronas se dividieron las tareas: doña Magda de los Ríos, la Alcaldesa, ofreció su célebre ají de gallina; doña Queta de Valerio, la Subprefecto, comprometió su famosa carapulcra a la morena; doña Queta de Cisneros prometió sus tamales, tan celebrados en una oportunidad que se los suplicó el mismo Prefecto del Cerro de Pasco. Se tramó una babilónica cuchipanda: lechones asados rellenos con nueces y manzanas, caldos de cabeza de carnero pelada con ceniza, humitas de sal y dulce, el lujurioso arroz con pato a la chiclayana, el pícaro cabrito a la norteña, la ampulosa papa a la huancaína y la ocopa a la arequipeña, verdadero pecado de obispo. La Opus Magna sería una grandiosa pachamanca. Bajo su perfumado volcán decorado con una banderita peruana, la Benemérita se comprometió a enterrar todos los animales provenientes de decomisos. El número de fondo sería el Sorteo de Sementales. Al señor Cisneros, Director de la Escuela de Varones, se le ocurrió solicitar animales de regalo a los hacendados; pero doña Josefina, en un raptó de inspiración, mejoró la idea. ¿Por qué no solicitar animales de casta a la Oficina Agropecuaria de Junín? «Es una locura –objetó el Director–. Dicho sea con todo respeto, estimada Directora, ¿a quién se le ocurre acudir a una oficina pública para un asunto relacionado con la colectividad?». «Se perderán las estampillas»,

respondió doña Fina, y escribió a la Agropecuaria. Asombrosamente la oficina respondió a vuelta de correo: ofrecía regalar doce carneros de origen australiano «con el único fin de fomentar la cría de animales finos en esa digna provincia». Se acercaba la campaña electoral. El Senador por Pasco, que buscaba la reelección, había instruido a la oficina que prestara «las máximas facilidades a sus pueblos». Pero oficio y todo, escrito y sellado por las autoridades, la población descreyó. ¿No habían prometido reparar el puente, construir la posta sanitaria, dotar de carpetas a las escuelas de los caseríos, construir la planta eléctrica? La misma doña Josefina prosiguió sus tratos con los hacendados en apariencia indiferentes a los deseos de ver el mundo experimentados por las niñas. Pero un sábado fangoso, un camión amarillo emergió de las cortadas curvas de Chipipata: doce descomunales carneros balaban entre las rejas del pesado *Ford*. La gente se alborotó. Los borrachos y los mismos comerciantes salieron de las tiendas para admirar a los soberbios animales.

*Ni al Ladrón de Caballos, ni al Nictálope, ni al Personero les descubrió el Abigeo que los soñaba. Por primera vez en su vida el Abigeo se confundía en una maraña de sueños raros. Soñó el Abigeo que llegó a Tambo pampa. Por alguna circunstancia que no explicó satisfactoriamente ninguno de los vecinos, el sol, detenido en una hora incierta, colgaba de un cielo lívido. Ni la noche avanzaba, ni el día retrocedía. Pasadas unas semanas el sol comenzó a pudrirse. Poco a poco la luz se trocó en una tumefacción: el día de su llegada el cielo era una llaga, la luz goteaba. Dificultosamente, el Abigeo se abrió paso entre las hilachas de luz tumefacta. Descendió a las casuchas. Sentado en una piedra descubrió al Ladrón de Caballos. Se alegró de encontrar un cristiano en semejante lividez. «¿Adónde bueno, compadre?». El Ladrón de Caballos no percibía las maléficas transmutaciones del cielo. «¿No sabe usted, compadre? ¡Ya son las nueve! ¿No lo sabe?». Se carcajeó y gritó: «¡Vamos a la cumbre Murmunia!». «Vamos», aceptó el Abigeo y se heló: el Ladrón de Caballos se paraba sobre pies enormes. El Ladrón de Caballos el más desafortado varón de las comunidades, se levantaba ahora, sobre pies de espesor aterrador. Pies más altos*

*que la cintura del Abigeo, dedos más gruesos que sus brazos arbóreos. El Abigeo se quedó sin boca. «¡Apúrese, compadre! – dijo el Ladrón –. No pierda tiempo». El Abigeo logró unas gotas de voz: «¿Qué enfermedad padece, compadre?». El Ladrón destapó la botella de una espumosa carcajada. «¡Ah mi compadre, esto no es enfermedad, es una precaución!». Y le explicó que se anunciaba una fatigosísima carrera que él, el Ladrón, ganaría. Los caballos, sus íntimos, los potros, sus cumpas, sus patas, se lo anunciaban. Los equinos le aconsejaban dejarse crecer los pies. Era fácil: bastaba sumergir los pies durante siete noches en una laguna. Eso sí, era necesario pintar los pies, cada noche, con una anilina diferente: roja, azul, amarilla, verde. El Ladrón había sufrido el tratamiento. Sus carcajadas demolían las rocas. «¡Los quiero ver! ¡Le quiero ver la cara al Subprefecto y a las autoridades el día que me entreguen la copa! ¿Quién me parará con semejantes pies?». Y se retorció de risa. El Abigeo se despertó temblando. Salió al patio y hundió la cabeza, en un balde de agua helada: todavía oscuro ensilló su caballo y subió a Pillao para buscar a Polonio Cruz.*

Cuando los curiosos miraron el gesto de asco con que los carneros recién llegados rehusaron el humilde pasto de la Plaza de Armas, se conoció que tales aristócratas sólo podían provenir de la rubia Australia. Hasta los enemigos de la Directora –los que propalaban que si doña Josefina se mordiera la lengua rodaría fulminada– se quitaron el sombrero. Una multitud siguió a los aristócratas al modesto coso pueblerino. Las pepitas de oro de una delirante ambición ardían en todas las pupilas. ¡Cuál no sería la planta de los despectivos australianos que el mismo doctor Montenegro reparó en ellos e interrumpió su solar meditación, algo que sólo hizo el día en que cierta persona cruzó la plaza amarrado por los guardias civiles! Atravesó el portón y se mezcló con la gente como cualquier simple hijo de vecino. Se levantaron aplausos. Con los pulgares metidos en el chaleco y los otros dedos adelantados sobre el pecho, el doctor se dirigió al coso. Abrieron calle los hijos de puta, balaron los animales inconscientes.



– ¿Quién vende los boletos? – preguntó el doctor.

Doña Josefina de la Torre, avisada por los correteos de la chiquillería alborozada, se acercó sofocada.

– ¡Ay, qué gusto! – dijo la matrona –. ¿Cuántos boletos quisiera, doctorcito?

– Deme diez, Finita – sonrió el magistrado, y entregó un billete nuevo de cien soles.

El viernes por la tarde los presos, gentilmente aportados por la Benemérita Guardia Civil, terminaron los quioscos. El sábado las profesoras vistieron los postes con graciosas cadenas y flores de papel cometa.

*– Quisiera que usted bajara a Yanahuanca para un negocio de importancia – dijo el Abigeo.*

*Polonia Cruz levantó la pierna y la colocó sobre una piedra para rascarse mejor.*

*– ¿Sobre qué?*

*– Es un asunto de hombres.*

*– ¿No puede comunicarme?*

*– No.*

*Polonia escupió la saliva verde de su bolo.*

*– En vano hablan. Por reunirme a espaldas de los principales, yo he estado tres veces en la cárcel. Nadie me llevó ni agua. ¿Quiénes son ustedes? Ustedes son puras bocas. Correrán cuando las papas quemen.*

– *¿Viene o no viene? – se fastidió el Abigeo.*

– *¿Dónde?*

– *A la quebrada Quencash cuando cambie la luna.*

– *Bajaré – dijo Polonia.*

*Así, a la ligera, decidió su vida.*

Los mequetrefes de Yanahuanca rebuscaron los baúles. El sábado, los comerciantes agotaron las últimas reservas de Agua Florida. El domingo, las madres llenaron la plaza desde las nueve. Hacía una hora que doña Josefina trataba de embutir su cuerpo en un corsé comprado en Huancayo con delirante optimismo. A las diez, la playa hervía. Las autoridades –el doctor Montenegro; el Subprefecto Valerio; don Félix Cisneros, Director de la Escuela; doña Josefina de la Torre; el Jefe de la Caja de Depósitos y Consignaciones; el Alférez Peralta, Jefe de Línea; el sargento Cabrera; el cabo Minches– llegaron a las once. El sol se adhería a la jornada. Se sentaron en el tabladillo graciosamente confeccionado por los presos de la Benemérita Guardia Civil. Un altoparlante alquilado en Cerro de Pasco transmitía la música de unos discos prestados por un agente viajero.

*Yo la quería, patita,*

*era la gila más buenamoza del callejón,*

se lamentaba la vitrola desencadenada en la confusión de sentimientos. Imparcialmente el cantor proclamaba la desgracia.

*Hoy me pasaron el dato,*

*el blanquinoso que la tenía la abandonó.*

El sargento Cabrera interrumpió el vals y ordenó a la banda arremeter con el «Ataque de Uchumayo». El locutor se desgañitó: «Señoras y señores, ha llegado el momento esperado por toda la culta colectividad. ¡Faltan pocos minutos para el sensacional sorteo! ¡Faltan cinco segundos, cuatro, tres, dos! ¡Acérquense, véanlos! ¡Nunca se ha visto en la provincia, qué digo provincia, departamento, animales semejantes, verdaderos lores de la ganadería mundial!».

— ¡Tres hurras para doña Josefina! — gritó una alumna deseosa de congraciarse — . ¡Hip!

— ¡Hurraaa...!

Doña Josefina no logró contener un hipo. El locutor pidió permiso para iniciar la rifa. El Subprefecto Valerio se quitó el sombrero. Un niño vestido con un traje marinero se acercó a un pequeño barril de hojalata pintado con los colores patrios por cortesía de la Benemérita Guardia Civil. El público contuvo la respiración. Una brisa mortífera se levantó de las axilas enemigas del agua.

El niño metió la mano en el ánfora, sacó un boliche y lo entregó al locutor.

— Cuarenta y ocho — cantó el locutor.

Todos los ojos buscaron el rostro de la buena suerte.

— ¡Presente! — gritó con voz agarrotada un hombre de rostro antipático: Egmidio Loro.

— Acérquese — ordenó doña Josefina de la Torre.

El hombre de cara empedrada de granos se aproximó con las manos sudorosas.

— Lo felicito — sonrió la Directora —. Escoja un carnero.

— ¡Cualquierita, cualquierita! — suspiró Loro.

Le entregaron un carnero de estampa mitológica.

*El Abigeo abandonaba las riendas de «Primavera», confiado en el conocimiento del caballo. Pensaba. Por primera vez en su vida no distinguía las palabras moduladas en sus sueños por los Viejos. El Viejo del Agua, el Viejo del Fuego y el Viejo del Viento masticaban frases de lana. No descifraba el mensaje. Quiso purificarse, ayunó varios días y hasta se privó de visitar a sus mujeres. No oyó mejor. Los Viejos anunciaban un forastero sin rostro. Era un hombre que en vez de cara ostentaba una pared de carne lisa surcada por seis rayas negras. Los Viejos lo condujeron por el camino a Chinche y se escamotearon entre las rocas. El Hombre de las Seis Rayas avanzaba por el camino seguido por una multitud de hombres igualmente sin rostro. La formación avanzaba hacia Murmunia. Por la respiración acezante de los sin cara, el Abigeo reconoció que eran forasteros. Se confundió en las filas. Cerca de Murmunia tropezaron con un jinete. Por el desorden de sus riendas se le descubría, a la legua, la borrachera. El Abigeo se acercó y envejeció: era él mismo. Inocultablemente, miró su propio rostro salpicado de harina y su cuello de toro enredado de serpentinas. ¿Qué fiesta era? El Abigeo pasó al costado del Abigeo sin reconocerlo. Y peor: como si el soñador fuera invisible, el Abigeo se detuvo al lado del Abigeo y orinó serpentinas. El Otro no se alarmó: más que por el siniestro chorro se interesaba por leer el mensaje escrito en las serpentinas. No pudo y se aburrió. El Abigeo se acercó y trató de leer: sólo descifró palabras confusas: «... carnaval..., laguna..., corre, corre..., el panadero de los muertos...».*

*El Abigeo manoteó sus malos pensamientos y distinguió la choza de Sulpicia. La vieja cavaba en el extremo de su chacra. Amarró el caballo y avanzó hacia la mujer sudorosa.*

— ¿Trabajas domingo, mamá?

— ¿Mis hijos no comen el domingo?

*Sulpicia sonreía dulcemente con la mitad de la boca desdentada.*

*– ¿Puedes bajar para una reunión secreta, mamá?*

*– Puedo bajar, pero no estoy segura de subir – se secó la frente sudorosa – . Hay mucha gente que habla.*

*– Chacón quisiera hablarte.*

*En los ojos de la mujer ardieron dos fuegos más imperiosos que él mediodía.*

*– ¡Así que Héctor vuelve para cobrar sus deudas!*

*– No sé, mamá.*

*– Pero usted todo lo sabe. Si fuera por ustedes, no bajaría. Ustedes son pura boca, pero por Héctor iré. Ese hombre se la tiene jurada a los poderosos – y se agachó a beber agua fresca del cántaro.*

Y aquí se confunden las versiones. Ciertos cronistas afirman que no bien el doctor oyó cantar el número premiado desgarró su boleto y golpeó la mesa gritando: «¡Esto es una estafa!». Otros memorialistas discrepan que no golpeó la mesa, pero todos coinciden en la segunda frase: «Este hombre – dijo el doctor señalando con el índice a Loro – es pariente de los organizadores». El público se estremeció: el magistrado denunciaba una verdad. El borroneado Loro era cuñado de una sobrina tercera de doña Josefina de la Torre. Ni el mismo beneficiado sabía que su mujer – que para más señas hacía tres años que había huido de sus palizas – guardaba tan invisible parentesco con una dama tan distinguida como doña Josefina, cuya puerta, de más decirlo, nunca había cruzado. La implacable memoria del doctor desbarataba la impostura. No se puede andar en la procesión y repicar al mismo

tiempo. Se les helaron los pies a los organizadores. Por menores sospechas se pudrían individuos en la cárcel de Yanahuanca. El tempestuoso rostro del doctor mostró su inquebrantable decisión de impedir todo tráfico con la fe del pueblo honesto y sencillo. En el silencio que se produjo cuando la justicia dejó caer uno de sus pesados platillos, sólo don Herón, el Alcalde, que en esas ocasiones era hombre de bárbara valentía, atinó a exhalar un «¡Sigán con la música!».

*Amar no es un delito*

*porque hasta Dios amó.*

*Mi sangre aunque plebeya*

*también tiñe de rojo.*

se lamentó la vitrola. El vals insistía en la fatalidad del pobre que alza los ojos hacia una mujer decente. Todos los fuegos de los infiernos no lo absolverán de su imborrable pecado original: la pobreza. El vals volvió a desaguar siglos de prejuicio y de católico odio al amor, mientras don Herón se enredaba con doña Josefina en una conversación detrás del tabladillo. ¿Qué dialogaron? ¿Don Herón le confesó su amor a doña Fina? ¿Se citaron en algún rincón del río? Se ignora. Las tinieblas cubren ese período. Sin revelar en el rostro el histórico enigma, don Herón y doña Fina volvieron a la tribuna.

—¿Qué números tiene usted, doctor? —preguntó don Herón, agitado.

El doctor Montenegro alargó los boletos al final de un brazo desdeñosamente extendido, mientras doña Josefina, con las mejillas arreboladas —¿le había declarado su amor don Herón?— volvía las cosas a su sitio.

— ¡Sigan! — ordenó.

— ¡Se va la tómbola, se va la tómbola! — se desgarró el locutor. El marinerito revolvió el ánfora de hojalata. Los enamorados aprovecharon la expectativa para manosearse. El heraldo del destino extrajo la bolita y la entregó a doña Josefina.

— Trece — cantó la Directora.

— ¿Quién tiene el trece? — preguntó don Herón.

— Yo — respondió el doctor Montenegro modestamente.

Ermigio Arutingo recibió un despectivo australiano. El doctor no había vacilado ante el lívido prestigio del número repudiado por las supersticiones: el agradecido trece le trocaba la suerte. El siete, cifra admirada por los cabalistas, le recompensó con el segundo carnero; el treinta y cuatro — un número gordo, de aspecto respetable — le proporcionó el único carnero salpicado con una mancha negra; el cero, colmo de la sabiduría hindú, le proporcionó el cuarto animal, un espléndido semental que desgraciadamente moriría esa misma semana; el sesenta y seis le llevó a sus corrales el quinto carnero. A la gente se le caía la baba ante tanta buena suerte. Es difícil que una multitud se mantenga quieta, pero ese caso se dio en Yanahuanca. Encadenada por los imanes de una pasmosa buena suerte, la gente abandonó los quioscos: no se consolaban los papanatas.

— ¡Es increíble!

— ¡Qué tal suerte!

— ¡Cuando Dios da, da a manos llenas!

— ¡La suerte que le trajeron los números feos!

— Sesenta — cantó la señora Josefina.

— ¡Aquí! — contestó la resplandeciente doña Pepita.

— Juego a su mano, padrino — bromeó el Subprefecto.

— Nos comeremos uno — lo consoló el magistrado, y a la señora Josefina —: ¡Es demasiado, doña Fina, mejor me retiro, Finita!

— No, no, no — se disforzó la Directora —. ¿Nos quiere desairar? ¿Van a permitir que el doctorcito se retire?

— Si es así me quedo toda la tarde, Finita.

El noventa, un número oscuro, sin antecedentes, lo hizo dueño del noveno carnero y el sesenta y nueve, número que siempre provoca la risa de los bellacos, encerró en sus corrales al décimo carnero. La gente no se desprendía de la fascinación. El altoparlante difundía un tango cuya música proclamaba la inutilidad de Ja lucha contra el hado:

*Contra el destino nadie la talla*

se lamentaba el inolvidable Carlitos Gardel.



## 14. Sobre las misteriosas enfermedades que sufrieron los rebaños de Rancas

La carretera a Cerro de Pasco era un collar de cien kilómetros de ovejas moribundas. Rebaños famélicos rascaban las últimas matas en las estrecheces que, a cada lado de la carretera, toleraba la imperiosidad del Cerco. Ese paso duró dos semanas. La tercera el ganado empezó a morir. La cuarta semana fallecieron ciento ochenta ovejas; la quinta, trescientas veinte; la sexta, tres mil.

Imaginaron que era peste. La señora Tufina mandó comprar ungüento contra la gusanera. Su hija trajo además agua bendita. Ni el ungüento ni el agua bendita detuvieron la mortandad. Morían por millares. La carretera corría entre dos encías de baba blanca.

—¡Castigo de Dios, castigo de Dios! —bramaba don Teodoro Santiago marcando con cruces las casas de los adúlteros y los calumniadores.

—¡Ustedes tienen la culpa! ¡Por sus lenguas podridas y sus deseos sucios, Diosito escupe sobre Rancas!

Los pecadores se arrodillaron.

—¡Perdón, don Santiago!

—¡No me pidan perdón a mí, sacrílegos! ¡Supliquen a Dios!

Esa noche los viejos lapidaron la casa de Mardoqueo Silvestre. Mardoqueo es propietario de una lengua de víbora. No sólo eso:

Mardoqueo manipula hierbas. Se le ha visto vagar, ciertas noches de luna, por el Bosque de Piedra. Los viejos se reunieron y apedrearon su casa.

Mardoqueo salió con la imagen del Señor de los Milagros y se arrodilló en el barro.

– ¡Juro que no he tenido malos pensamientos! ¡Por la salvación de mi alma, juro que no tengo trato con la gente de la Otra Orilla!

– ¿Qué hacías en el Bosque de Piedra?

– Cazo vizcachas, papacitos.

– ¿Juras que nunca volverás a calumniar a la gente, Mardoqueo?

– Por mi alma, viejitos – contestó Mardoqueo besando la imagen divina.

Los ancianos regaron de agua bendita la puerta de Mardoqueo. Inútilmente. Las ovejas siguieron muriendo. Los viejos se desesperaron. Ni en los recovecos de la memoria encontraban esos recuerdos.

– Nos llegó la hora – decía Valentín Robles –. Ya falta poco para que clausuren el pueblo. Ahora sí, ahora nos comeremos entre humanos. El padre se comerá al hijo; el hijo se comerá a la madre.

– Si pudiéramos, iríamos a otros pueblos a suplicar, pero no se puede. Encima de la pampa sólo hay aire.

– Mejor que se lleven todo. Ojalá que el muro entre al pueblo. Ojalá muramos todos. Muertos no pediremos ni agua.

– ¡Ya se viene el día tremendo! El Cerco sólo es una señal. Ya verán: no sólo huirán los animales: pronto se escaparán los muertos.

– En Yurahuanca las tumbas han amanecido sin muertos.

Un hombre gordo, de cara medio pálida, salpicado de barro, habló desde la puerta.

– ¡No es Dios, papacitos, es la «Cerro de Pasco Corporation»!

Era Pis-pis, un huanuqueño que visitaba Rancas todos los años ofreciendo mercaderías raras: cinturones magnéticos, ungüento contra la brujería, jarabe de chamico para fascinar a los hombres, pomadas contra las pesadillas. Ese año ofrecía cuerdas de guitarra. En cada pueblo, hay una guitarra inservible por falta de una prima. El dueño está dispuesto a pagar un capricho. Resultado: a Pis-pis nunca le falta cerveza.

– El Cerco – informó Pis-pis – tiene más de cien kilómetros.

– ¿Cómo lo sabe usted?

– ¿Quién tiene un fosforito?

El Personero Rivera se lo alcanzó.

– Y ahora, ¿quién tiene un cigarrito para este fosforito?

Si no se lo ofrecían, no hablaría. Le alargaron un *Inca*. Chupó el humo con ansiedad.

– El Cerco tiene más de cien kilómetros – repitió –; el alambrado empieza en San Mateo.

La gente se quedó sin alma.

– El Cerco comienza en el kilómetro doscientos del camino a Lima.

– ¿Quién es el dueño? – preguntó el Personero Rivera.

– Es la compañía «Cerro de Pasco Corporation».

– ¿Cómo lo sabe usted?

– Yo tengo amigos choferes – dijo Pis-pis zampándose un aguardiente.

– ¿Y dónde termina? – preguntó Rivera, con voz desgarrada.

– No termina – dijo Pis-pis, fusilándose el segundo cañazo –; quieren cercar el mundo.

## 15. Curiosísima historia de un malestar de corazones no nacido de la tristeza

Sólo don Medardo de la Torre, el padre de don Migdonio, no desdeñó pasar la vida a caballo para conjeturar con sus ojos las inabarcables fronteras de la hacienda El Estribo. Don Migdonio de la Torre, altanera atalaya de músculos rematada en una cabeza española quemada por barbas imperiales, prefirió consolarse con la versión de sus títulos. Ni sus límites extraviados en tres climas, ni los avatares de las cosechas, ni los engordes de la ganadería le interesaban. Lo único que encendía sus azules ojos eran sus «ahijaditas». Las tenía por cientos. Todas las hijas de su peonada le pertenecían. A los dudosos honores de una senaduría reiteradamente ofrecida, prefería la llanura de plumas de su gigantesca cama parada sobre cuatro empotradas garras de águila. Un disecado cóndor abría alas inmensas sobre su insomnio. Ni el Libro de Cuentas de la Tienda de Raya, ni el Registro de la Ganadería, ni el Mayor, ni el Menor, donde constaban sus abundancias, lo absorbía como el Libro de los Nacimientos. Ansiosamente hojeaba el registro donde se anotaba la fecha de nacimiento de cada una de las niñas nacidas en El Estribo. El día que cumplían quince años se las llevaban a la cama para que las mejorara. No era, desde luego, una novedad en las haciendas. Lo que se desconocía era la mitológica fuerza de su tercera pierna. Era inagotable. No le bastaban cinco muchachitas diarias y una vez, tras derrengar a la putería de un burdel de Huánuco, salió a empapar las flores con níveo rocío. Era colosal. Sus mismos peones se enorgullecían del vigor de su serpiente y muchas veces apostaban cuántas ahijaditas descalabraría las noches en que el sueño lo despreciaba. Fuera de los deportes nocturnos sólo le interesaban las

pruebas de fuerza. Para demostrar el poderío de sus brazos de roble descendía raramente de su dormitorio. Ningún domador de caballos soportaba la tensión de su garra. Sólo Espiritu Félix, un mozalbeta capaz de sujetar un torillo por la cornamenta, igualaba, no superaba, su fuerza.

De tan perpetuo orgasmo lo sacó la fama.

¿Qué razones movieron al Jefe de Línea a rastrear El Estribo en busca de conscriptos? Misterio. Un viernes, el Alférez apareció en El Estribo de uniforme y con pistola de reglamento, en busca de movilizables. Don Migdonio lo recibió con una sonrisa mechada de burla y buena educación, pero el Alférez se empecinó. Ni siquiera las ahijadas que don Migdonio le envió al dormitorio le torcieron la voluntad. Las instrucciones del Comando eran terminantes. Ninguna hacienda debía exceptuarse del servicio. Ante una humeante pachamanca don Migdonio capituló a la mañana siguiente.

—Por lo menos —suspiró—, déjeme escoger los conscriptos.

—Eso sí, don Migdonio —concedió el Jefe de Línea.

Don Migdonio mandó formar a la peonada en el gran patio empedrado. Les ordenó que abrieran la boca: para servir a la patria designó a las cinco mejores dentaduras: Encarnación Madera, Ponciano Santiago, Carmen Rico, Urbano Jaramillo y Espiritu Félix. Enormes lágrimas derramaron los muchachotes. El Alférez se los llevó de inmediato. Don Migdonio, que sólo se había vestido para recibir al Alférez, volvió a la gigantesca cama de las patas de águila: ese día cumplían años dos de sus más deseadas ahijaditas.

Del rastreo sólo se acordó treinta meses después, el día que los reclutas volvieron del servicio militar a la hacienda con el deslumbrante espectáculo de sus zapatos nuevos. Todos salieron de Cerro de Pasco

orgullosos de sus botas nuevas, pero Madera, Santiago, Rico y Jaramillo perdieron los ánimos al acercarse a El Estribo. Faltando una legua se descalzaron prudentemente. Sólo Espiritu Félix entró en el patio de la casa-hacienda taconeando. El cuartel lo había transformado. En la soledad de los torreones otros soldados le descubrieron el verdadero tamaño del mundo. En el frío de los retenes se enteró que existía algo así como una escritura de derechos, la Constitución, que incluía hasta rancheros de cerdos y jayanes. Y supo más: esa misteriosa escritura afirmaba que grandes y chicos eran iguales. Y más: una noche que festejaban, en un callejoncito de Vitarte, el cumpleaños de Santiago, fiesta a la que atrevidamente invitaron a su cabo, un cuzqueño, el galoneado los asombró: en las haciendas del Sur un hombre llamado Blanco organizaba sindicatos de campesinos.

— ¿Con qué se come eso, mi cabo?

— Es algo así como una hermandad para luchar contra los abusivos.

No lo entendió, pero cinco semanas después, no ya para festejar un santo sino para consolarse de los desaires de unas sirvientas ensoberbecidas de servir en Miraflores, solicitaron derecho de asilo en una cantinita de mala muerte, en Chorrillos. Ese sábado un sargento chinchino llamado Fermín Espinoza les arrancó la venda de los ojos.

— Sería bueno organizar esa hermandad en El Estribo — dijo Espiritu con ojos de candela.

— Nadie es tan hombre para hacerle eso a don Migdonio — gangueó Jaramillo, borracho.

Espiritu dibujó una cruz con los dedos.

— Por ésta — juró y besó la cruz.

Cuando don Migdonio descubrió desde la ventana las botas de Espíritu embetunadas de asombro, bajó de tres en tres los anchos escalones de piedra.

—Buenos días, patrón —alcanzó a decir Espíritu con una sonrisa tímida inspirada en la memoria de las pruebas de fuerza.

—¡Ahora mismo te quitas las botas, so mierda! —bramó don Migdonio—. ¡Qué te has creído, so igualado! En esta hacienda sólo yo uso zapatos. ¿Me oyes, hijo de la gran puta?

Espumajeaba al borde de la apoplejía.

A Espíritu se le cuajaron las lágrimas, pero no se atrevió a replicar ni volvió los ojos hacia la hoguera donde se consumían sus botas empapadas de querosene. A Madera, Santiago, Jaramillo y Rico los recompensó la prudencia. No les revisaron las alforjas y conservaron las botas. Para recordar sus tiempos de cuartel, época sumergida en el mar de trapo de la costumbre, de tiempo en tiempo, sacaban sus zapatones, a escondidas, para admirarlos. Treinta años después Santiago solicitaría que se las mostraran a la hora de la muerte.

Pero Espíritu no cedió. Al fervor de su remoto juramento añadió la tristeza de sus botas calcinadas. Delicadamente, como quien palpa un tobillo quebrado, fue acariciando el ánimo de los peones. De los que habían compartido en Lima culatazos y melancolías, sólo se le extravió Santiago. Veintidós meses después de reunirse clandestinamente en cuevas o quebradas solitarias, deslumbró a una docena de peones con el sueño de la gran hermandad. Increíblemente aceptaron.

—¡Nos colgarán boca abajo! —se estremeció Jaramillo.

—De eso nadie se muere —sentenció Espíritu Félix.



Ese invierno se atrevió a lo inconcebible: solicitó hablar con don Migdonio. Los sirvientes escucharon el pedido y le cerraron la puerta. Insistió tres días. El cuarto lo anunciaron. Don Migdonio, que acaso recordara los desafíos de otros tiempos, accedió a salir al patio. Bajo uno de los arcos de piedra, Espíritu, uniformado de cabo, asombró a don Migdonio. Pero la rabia que consumió el medio cuerpo de don Migdonio no alcanzó a tostar sus ojos azules.

– ¿Así es que quieren formar un sindicato?

– Si usted lo permite, patrón.

– ¡Ajá!

– Así trabajaríamos más contentos.

– ¡Ajá! ¿Y cuántos están de acuerdo?

– Hay varios, patrón.

– ¿Cuántos?

– Doce, patrón.

– No es mala idea. Júntalos y búscame. Quiero hablarles a todos.

Se extraviaron en visiones. No sólo Espíritu no salía amarrado de la casa-hacienda, sino que el propio don Migdonio, con educada voz, perfectamente oída por los mayordomos, lo invitaba a volver. Se entusiasmaron. Félix citó a los conjurados. Ya no eran doce: eran quince. Una semana después comparecieron ante las imperiales barbas de don Migdonio. Quizá porque la noche anterior había encontrado alguna pepita de oro entre las piernas de una ahijadita o porque el diamante de la mañana lo invitaba a la benevolencia, don Migdonio mandó que entraran. Sintieron que se excedían. En la vastedad de la memoria nadie

recordaba que peón alguno hubiera penetrado en la casa-hacienda. Pretender una hermandad es una cosa, alternar con los patrones, otra; pero porque lo visitaba el capricho o cumplía una manda en memoria de su santa madre, don Migdonio repitió la invitación. No tuvieron más remedio que pasar. La garganta les dolía. El mismo Félix insistía en recordar el mediodía en que, cuadrado a seis pasos de distancia, había dialogado con un coronel, que es casi como un hacendado.

—¡Pasen, hijos, siéntense! —invitó desde la puerta un don Migdonio transformado por los poderes de un bebedizo.

Casi en sueños columbraron los sillones de cuero rojo y los confortables salpicados de flores amarillas, muebles nevados por encajes tejidos por la marfileña mano de la madre del hombre que se proponían dañar. «Aquí no más, patrón», contestaron. En la boca les quemaba la salmuera de la traición.

—¿Qué quieren, hijos? —preguntó don Migdonio afablemente.

Espíritu sintió paludismo en las rodillas.

—Patrón, yo...

—Mira, Félix, para que no sufras te diré de una vez que yo no me opongo al sindicato. No hay inconveniente —dijo con la misma sencillez con que hubiera podido autorizar: «beban nomás del río» o «pueden orinar en descampado»—. No, no me opongo; por el contrario, los felicito. Yo quiero que la hacienda progrese y cambie. ¡Vamos a celebrarlo!

Y se volvió a un sirviente.

—Oye, tráeme la garrafa de aguardiente del comedor.

El sirviente — ¡había cerrado los ojos de don Medardo! — salió sin

ocultar el asco que le merecía la apoteosis de la ingratitud. Volvió con la garrafa y sirvió las copas.

—Yo brindaré con la pura copa. Anoche me excedí —dijo jovialmente don Migdonio—. Bueno, muchachos, ¡salud!

Para escapar a los remolinos del delirio se zamparon de un trago las copas. Don Migdonio mandó rebosárselas de nuevo.

Vaciaron la segunda copa.

—No sé qué tengo —dijo Jaramillo llevándose las manos a la garganta—, me falta el aire.

—Algo me ha caído mal —susurró Madera, lívido, torciéndose sobre el vientre.

Fue el primero en derrumbarse. Rodaron otros tres fulminados y los demás revueltos en un agónico retorcimiento de tripas. Don Migdonio los abarcó con una mirada de cuero. Comprendiéndolo demasiado tarde, Rico, en el espasmo, derribó el retrato de la madre de don Migdonio; pero ya no pudo escupir sobre él.

—¡Hijo de puta...! —alcanzó a decir Espíritu Félix antes de chorrearse con las tripas tostadas por el veneno.

Quince minutos después, desencajadas cuadrillas los sacaron con los pies para adelante y las retorcidas caras mal ocultas por sus ponchos. La plaza se agrietó de alaridos, pero los deudos no tuvieron ni tiempo de llorarlos. Ya estaban preparados los mulos. Y es que sobre todo don Migdonio temía el «Mal de Ojo». Ese gigante que no se abatía ante ningún humano tiritaba bajo su frazada cada vez que los perros aullaban al paso de las ánimas. No toleraba entierros en su hacienda. No bien un moribundo exhalaba el alma, sus deudos se apresuraban a

envolverlo en una sábana mechada con hierbas aromáticas. En un burro o un mulo, los difuntos emprendían el verdadero último viaje hacia remotas sepulturas cavadas más allá de los límites de El Estribo, comarcas donde el amarillento rencor de los muertos no asesinara las flores o emponzoñara las aguas. No quedaba tiempo de lloros. El velorio era una caminata. Pero como El Estribo casi era infinito, para sacar a los difuntos se cabalgaba días. Los primeros, el hielo de las cordilleras preservaba los cadáveres, pero luego el calor de las quebradas vencía el desesperado esfuerzo de las narices taponadas con ruda. Los mismos mulos padecían el resentimiento de los difuntos enfurecidos por la privación de velas y rogativas.

Los sacaron a las doce. A las doce y media uno de los mayordomos salió al galope por el otro rumbo. Cinco días después colocó el siguiente telegrama: «Doctor Montenegro, Juez Primera Instancia, Yanahuanca: Atentamente comunícole muerte quince peones hacienda El Estribo debido infarto colectivo. Migdonio de la Torre».

— ¡Cojones! — dijo el doctor Montenegro.

## 16. De los diversos colores de las caras y cuerpos de los cerreños

Seis minutos antes del mediodía del 14 de marzo de 1903 cambió, por primera vez, el color de las caras de los cerreños. Hasta entonces los felices habitantes de la lluviosa Cerro de Pasco ostentaban rostros cobrizos. Ese mediodía sus rostros cambiaron: un hombre emergió de una cantina donde bebía aguardiente de culebra con la cara y el cuerpo azules; al día siguiente otro varón, que se emborrachaba en la misma cantina, lució el verde; tres días después un hombre de rostro y manos anaranjadas se paseó por la plaza Carrión. Faltaban pocos días para el carnaval: se creyó que eran candidatos a ocupar plazas de *diablos-supay*. Pero los carnavales pasaron y la gente siguió mudando de color.

Cerro de Pasco es la ciudad más alta del mundo. Sus callejuelas se retuercen a mayor altura que los montes más elevados de Europa. Es una ciudad donde llueve doscientos días al año. El día se entreabre sobre una nevada. Cerro de Pasco se acurruca al final de la pampa de Junín. Para los mismos choferes, embufandados hasta los ojos, la pampa es un mal paso. Todos los camioneros pegan en sus parabrisas estampas de la Beatita de Humay: le encomiendan sus motores. ¡No vaya a ser que les fallen en esta estepa perpetuamente pulida por las heladas; en esta pampa donde el *soroche*, el mal de altura, fulmina a tantos costeños! Los viajeros que conocen esa desolación vigilada por el ojo celoso del lago Junín se santiguan apenas desembocan de los rocosos desfiladeros de La Oroya. ¡Virgen María, protectora de los caminantes, ampáranos! ¡Santa Tecla, protectora de los peregrinos, ruega por nos!, rezan, verdes por la falta de oxígeno, apretando los

limones inútiles contra la anoxia. Ni los collares de limón ni las oraciones sirven en la estepa sin árboles. Porque los que no viajan a Huánuco no conocen árboles ni flores: nunca los han visto; aquí no crecen. Sólo el pasto enano desafía la cólera de los vientos. Sin ese pasto, sin el *icchu*, nadie viviría. El pajón es el alimento de los rebaños de carneros, única riqueza. Millares de ovejas ramonean en la pampa hasta las tres de la tarde. A las cuatro, cae la guillotina de la oscuridad. El atardecer no es el fin del día sino el acabamiento del mundo.

¿Qué trajo a los hombres a esta capitanía del infierno? El mineral. Hace cuatrocientos años que Cerro de Pasco esconde el más fabuloso yacimiento del Perú. Ahí, en una pelada colina, casi rozando los testículos del cielo, se alinean las maltrechas tumbas de los cateadores: vinieron por fortuna y dejaron los huesos; trescientos años después de los empecinados gallegos subieron los duros alemanes, los desconfiados franceses, los rígidos servios, los peligrosos griegos; todos duermen en sus tumbas maldiciendo la nevisca.

Hacia 1900 las vetas se agotaron. Cerro de Pasco, tan orgullosa de sus doce viceconsulados, falleció. Mineros, comerciantes, restauranteros y putas la abandonaron. Cerro, pues, se despobló. El vago censo departamental de 1895 enumera tres mil doscientas veintidós casas. En los cinco años siguientes, el viento arrastró dos mil ochocientas treinta y dos casas. Poco a poco, Cerro volvió al páramo. En 1900 ya sólo quedaban unas cuantas casas, acurrucadas alrededor de Plaza Carrión, cuando una víspera de Semana Santa llegó un gigante rubio de alegres ojos azules, de llameante barba roja, estupendo para comilonas y borracheras. Era un ingeniero, un formidable fornicador que desde el comienzo se mezcló y simpatizó con la gente. Al principio la gente desconfió del norteamericano, pero vieron que más que de los teodolitos el barbirrojo se preocupaba de buscar las galerías de las cholitas y le cobraron confianza. El gringo anduvo unos meses recogiendo muestras y mejorando la raza. La gente se le encariñó.

Infortunadamente, el pelirrojo enloqueció. Una tarde, unas tres de la tarde, entró al «Valiente de Huandoy», una cantinita de mala muerte donde sobrevivía un cajón de *whisky* de los buenos tiempos. Se bebió una botella, luego dos, luego tres. Al atardecer salió a la calle a repartir *whisky*. A las siete lo visitaron los diablos azules. Quizá se excedió en las copas; quizá lo afectó, finalmente, la altura: comenzó a reírse como embrujado. La gente siguió bebiendo — se emborrachaba a costillas del cómico —, pero poco a poco, a medida que la risa se convertía en una catarata de carcajadas, en un espumoso mar de risas, en una marejada de burla, se asustaron y salieron. No había por qué. Una hora después el de la inolvidable barba crepuscular se secó las lágrimas, depositó un montoncito de libras de oro y salió del «Valiente de Huandoy». No volvió jamás.

El dueño de aquella carcajada se reía de los mineros y cateadores de cuatrocientos años, de Cerro de Pasco, del viento que se lleva las casas, de las nevadas de a metro, de la lluvia interminable, de los muertos que tiritan de frío, de la soledad. ¡Había descubierto debajo de las vetas agotadas el más fabuloso filón de la minería americana! Tras cuatrocientos años de enriquecer a reyes y virreyes, Cerro de Pasco era virgen. La ciudad misma, el mortecino pueblo, levantaba sus casuchas sobre la más estruendosa veta del Perú. Las maltrechas casas sin pintar, las calvas plazas sin árboles, las calles fangosas, la Prefectura a punto de caerse, la única escuela, eran la cáscara de una riqueza delirante.

En 1903 vino a establecerse la «Cerro de Pasco Corporation». Eso es harina de otro costal. La «Cerro de Pasco Corporation Inc. in Delaware», conocida aquí simplemente como «La Cerro» o «La Compañía», demostró que el escultor de la inolvidable carcajada, el legendario barba de chivo, sabía de qué se reía. «La Compañía» construyó un ferrocarril, transportó maquinarias mitológicas y levantó en La Oroya, mil metros más abajo, una fundición cuya pura chimenea asfixiaba a los pájaros en cincuenta kilómetros. Soliviantados por la

paga, una multitud de harapientos trepó hasta las minas. Pronto treinta mil hombres zapaban profundísimas galerías. En la misma Cerro de Pasco, la Compañía prorrumpió un monumento al horror arquitectónico: un gordo edificio de tres pisos, la «Casa de Piedra», sede del más desafortunado dominio minero conocido en el Perú desde los tiempos de Felipe II. Los balances de la «Cerro de Pasco Corporation» demuestran que, en realidad, el de la barba crepuscular sólo se permitió una risita. En poco más de cincuenta años, la edad de Fortunato, la «Cerro de Pasco Corporation» desentrañó más de quinientos millones de dólares de utilidad neta.

Nadie podía imaginarlo en 1900. «La Compañía», que pagaba salarios delirantes de dos soles, fue acogida con alegría. Una muchedumbre de mendigos, de prófugos de las haciendas, de abigeos arrepentidos, hirvió en Cerro de Pasco. Sólo meses después se percibió que el humo de la fundición asesinaba a los pájaros. Un día se comprobó que también trocaba el color de los humanos: los mineros comenzaron a variar de color; el humo propuso variantes: caras rojas, caras verdes, caras amarillas. Y algo mejor: si un cara azul se matrimoniaba con una cara amarilla, les nacía una cara verde. En una época en que Europa aún no descubría las embriagueces del impresionismo, Cerro de Pasco se alegró con una especie de carnaval permanente. Por supuesto, muchos se asustaron y volvieron a sus pueblos. Circularon rumores. «La Cerro de Pasco» mandó pegar un boletín en todas las esquinas: el humo no dañaba. Y en cuanto a los colores, la transformación era un atractivo turístico único. El Obispo de Huánuco sermoneó que el color era una caución contra el adulterio.

Si un cara anaranjada se ayuntaba con una cara roja, de ninguna manera podía nacerles una cara verde: era una garantía. La ciudad se sosegó. Un veintiocho de julio el Prefecto declaró, desde la tribuna, que, a ese paso, pronto los indios serían rubios. La esperanza de transformarse en hombres blancos, clausuró toda duda. Pero los



campesinos continuaban quejándose: en las tierras, ni en las azules, ni en las amarillas prosperaba la semilla. Unos meses después –1904– «La Cerro» anunció que, no obstante la notoria falsedad de que el humo envenenase las tierras, las compraría de buena fe. Efectivamente, compró la hacienda Las Nazarenas del Convento de Las Nazarenas: 16.000 hectáreas. Así nació la «División Ganadera» de la «Cerro de Pasco Corporation». Pero el cerco de alambre de Las Nazarenas no se quedó quieto: pronto encerró a la hacienda Pachayacu, y luego a la hacienda Cochabambas, y luego a la hacienda Puñascobambas, y luego a la hacienda Consac, y luego a la hacienda Jatunhuasi, y luego a la hacienda Paria, y luego a la hacienda Atocsaico, y luego a la hacienda Puñabamba, y luego a la hacienda Casaraera, y luego a la hacienda Quilla. La «División Ganadera» crecía y crecía.

Hacia 1960, la «Cerro de Pasco Corporation» poseía más de quinientas mil hectáreas. La mitad de todas las tierras del departamento. El mes de agosto de 1960, quizás enloquecido por una marcha de medio siglo, quizá porque sufrió un ataque de soroche, el Cerco ya no se pudo detener. En su locura anheló toda la tierra. Y empezó a caminar, caminar.

Un día, un tren fuera de itinerario se detuvo en el Apeadero de Rancas.

## 17. Padecimientos del Niño Remigio

El Abigeo en persona atravesó la plaza de Yanahuanca a las seis de la mañana halando un magnífico castaño, rumbo a la panadería donde el Niño Remigio dormía. El Niño Remigio no dormía: esperaba vestido. Llegó el Abigeo conduciendo de las riendas a *Tordillo* y volvió a cruzar la plaza con Remigio. El Niño lucía una camisa de franela roja, un pañuelo anaranjado y un sombrero del Abigeo. Los madrugadores se restregaron los ojos. Que el propio, altanero Abigeo descendiera de Yanacocha para traerle un caballo —¡el mejor silloneo después del volador *Triunfante*, que en ese momento se ensillaba para el Nictálope!— a la insignificante persona del Niño Remigio, parecía brujería. Fachendosamente atravesaron los jinetes la plaza. La Niña Consuelo salía de misa. La doncella no resistió el esplendor de la visión y abrió la boca. El desdeñoso jorobado ni la miró. Hacía diez años que la Niña Consuelo despreciaba al Niño Remigio. El objeto de la pasión que arrasaba el alma del estevado era una enana de rojizos ojos saltados, de cuerpo vencido por una enorme barriga y de cabeza crinada por una casposa cabellera. Belleza sólo tenían los tizones de sus ojos encendidos por el odio a los gatos y el desprecio al Niño Remigio. A los gatos los lavaba en agua hirviendo y al Niño Remigio lo insultaba públicamente. ¿Por qué la idolatraba Remigio? Si la Niña Consuelo, maquillada por los ángeles, con el cabello peinado por la mano del propio Creador, compareciera ante todas las generaciones y el Señor preguntara: «¿Quién quiere por mujer a esta doncella?», los mismos condenados volverían la cara. Pero el destino, que se complace en la burla de los humanos, mandó que el único varón capaz de hospedar una pasión por la Niña Consuelo viviera en el mismo siglo, en la misma nación y aun

en el mismo pueblo. No lo agradecía la Niña Consuelo. Si alguien, por molestarla, le decía «Tu novio te espera en la esquina», la dulcinea escupía plomiza de rencor, «¡Algún día voy a agarrar a ese cojo y lo voy a ahogar en el río!», y amargamente predecía que a Remigio «pronto la joroba se le pudriría». El Niño no se atrevía a escalar el campanario para acecharla. Las malas lenguas murmuraban que una vez unos tusinos los hallaron enredados entre las malezas del río. ¿Explicaba eso el odio enfermizo de la Niña Consuelo y la fidelidad de perro del Niño Remigio? Paso a paso, gozando de los arreos de plata, el jorobado enrumbó hacia la última mañana de su vida, en un caballo reservado a los subprefectos. Treinta y nueve horas antes el Niño Remigio se había atrevido a ofrecerle, en aquella misma esquina, un ramillete de campanillas a la Niña Consuelo. Remigio se le acercó con la mansa sonrisa que le conquistaba hasta la simpatía de los más avaros comerciantes —le regalaban las galletas rotas— y entregó, intentó entregar, las flores inocentes. La Niña Consuelo le escupió en la cara.

— ¡Llama, vicuña! — respondió la palidez del afrentado.

En su desesperación el Niño Remigio calumniaba. Las vicuñas, misteriosas exhalaciones de delicadeza, escupían, pero caminaban con una elegancia que jamás igualaría la virgen. La Niña Consuelo babeó de asombro. Sin rebajarse a mirarla el jinete torció y retorcó el paso de *Tordillo*. El Abigeo se detuvo admirado; demasiado tarde la Niña Consuelo alargó los ojos al jinete inflexible.

En Yanacocha, el Personero entraba en la casa de Héctor Chacón, el Negado. La noche o su mujer lo habían calmado.

— ¿Estás listo, Héctor?

Chacón levantó los brazos.

— Hoy me mancharé las manos con la sangre de un hombre

abusivo.

El Personero se rascó la cabeza; sus dedos insistieron, largamente, en las picaduras de un piojo.

— Héctor, el Inspector sospecha algo.

Volvieron las caras al mismo tiempo.

— ¿Cómo sabes?

— Esta mañana fui a saludarlo a su alojamiento. Me recibió mientras se desayunaba. «Oiga, usted — me advirtió, muy serio —, le notifico que al comparendo sólo iremos las autoridades». «Pero, señor, la comunidad está avisada». «No hay tu tía. Si insistes, no voy».

— ¿Eso dijo?

El Personero se confundió.

— Dijo más.

— ¿Qué?

— «Entre las cinco personas que me acompañarán, no vendrá, de ninguna manera, Héctor Chacón».

— ¡Pero si el Inspector no me conoce!

— Te conoce.

— Será por algún hijo de puta que ha hablado.

— Nadie ha hablado.

— Ustedes, con su miedo, proclaman.

El Personero sudaba.

—Héctor, Bustillos aconseja que no cometamos ese crimen. Él ha sido autoridad muchos años. Él conoce la justicia. Estamos muy abajo, Héctor.

En un descuido del Personero, el Abigeo le guiñó el ojo al Nictálope.

—No cometas ese crimen —suplicó el Personero—. No te manches.

—¿Para qué me he preparado? ¿Soy un juguete?

—No cometas ese asesinato.

—No es asesinato. Es justicia.

—Solo no puedes proceder.

—Está bien —se resignó Chacón más decidido que nunca.

—¿Estás armado?

—Regístrame si quieres.

Oyeron la tercera campanada.

—Salgamos —dijo el Abigeo—. Es tarde.

Montaron sus caballos. La plaza de Yanacocha engordaba de jinetes. El barrio Rabí y el barrio Tambo esperaban detrás de sus banderas. Arrebañadas alrededor de Sulpicia, aguardaban las mujeres: las casadas, detrás de una bandera roja; las solteras, detrás de una bandera amarilla; las viudas, detrás de una bandera negra.

Sulpicia distinguió a Chacón y avanzó hacia *Triunfante*. Los encargados del coso, que como todos los yanacochanos sabían que el alma de Chacón florecía, le habían escogido a *Triunfante*, el mejor caballo de la comunidad.

— ¡Jesucristo Coronado te acompañe! — dijo la vieja —. ¡Jesucristo, el Protector, te vigile! ¡El Señor guíe tu mano, papito!

La nublada cara de Chacón no cedió.

— ¿Sabe usted que el Inspector ha prohibido que vaya la comunidad?

Sulpicia envejeció.

— ¿Quién dice?

— El Personero mismo dice.

— Sólo irán las autoridades — confirmó, confuso, el Personero. En sus ojos se encharcaban el miedo y la confusión.

— La tierra no es de uno — dijo Sulpicia —. Es de todos y todos iremos. Montenegro quiere poquita gente para ultrajarla.

Ignorando al Personero se volvió.

— ¿Qué hacemos, Héctor?

— Iremos de todas maneras, mamá. Las autoridades acompañarán al Inspector, pero ustedes nos seguirán ocultos.

— Viajen con palos y con hondas — recomendó el Abigeo.

— El Abigeo y el Ladrón de Caballos me acompañarán. Usted, Sulpicia, queda al frente de la comunidad. Nos seguirán por el atajo.

Nos darán el alcance en Parnamachay. Yo acompañaré a las autoridades, pero me volveré para avisar. Si levanto la mano y agito un pañuelo, acudan corriendo.

Salieron. Silentes las cometas y los tambores inútilmente alquilados, desfilaron en silencio a Huarautambo. Las autoridades esperaron que la comunidad doblara la curva y se dirigieron al alojamiento del Inspector Galarza. El Inspector, reposado por una noche de sueño, se calentaba al sol en el patio.

—Buenos días, señor Inspector —saludó el Personero—. ¿Qué tal durmió?

—¡Muy bien, muy bien! —contestó el hombre de rostro colorado.

—¿Estuvo bueno el desayuno?

Melecio de la Vega acercó un espléndido zaino ensillado con arreos huancavelicanos.

—¡Muy buen caballo! —elogió el Inspector y se volvió al Personero—: ¡Ya sabes; si la gente insiste, yo no voy!

—¿Por qué señor Inspector? —preguntó Chacón con voz tan respetuosa que Galarza no tuvo más remedio que contestar.

—Yo tengo muchos años de experiencia. He asistido a muchos comparendos. Cuando hay multitud no se puede hacer nada.

—Pero la tierra —insistió la aterciopelada voz de Chacón— pertenece a todos.

Atravesaron las últimas casas. La mañana se plateaba en los eucaliptos.





## 18. Sobre las anónimas peleas de Fortunato

Setiembre encontró más de treinta mil ovejas muertas. Ensordecidos por el estruendo de su desgracia, los pueblos sólo sabían llorar. Sentados en el mar de lana de sus ovejas moribundas, sollozaban, inmóviles, con los ojos fijos en la carretera.

El tercer viernes de setiembre el Personero Rivera mandó llamar al padre Chasán. El padrecito vino a celebrar. Todos los pecadores, todos los ranqueños, llenaron la iglesia. El padre pronunció un sermón oído de rodillas.

—Padrecito —preguntó el Personero al terminar la misa—, ¿por qué Dios nos envía este castigo?

El padre respondió:

—El Cerco no es obra de Dios, hijitos. Es obra de los americanos. No basta rezar. Hay que pelear.

La cara de Rivera se azuló.

—¿Cómo se puede luchar con «La Compañía», padrecito? De los policías, de los jueces, de los fusiles, de todo son dueños.

—Con la ayuda de Dios todo se puede.

El Personero Rivera se arrodilló.

—Bendición, padrecito.

El padre Chasán dibujó una cruz.

Comenzaron a pelear. A las cuatro de la mañana, Rivera tocó todas las puertas de los varones. Se reunieron en la plaza. Helaba. Saltaban sobre las piedras para no pelarse de frío. Se armaron de garrotes y hondas. Se repartieron tres botellas de cañazo. Todavía oscuro se agazaparon para esperar la ronda de «La Compañía». El sol no conseguía sacar las patas de la tela de araña de una neblina rosada. Vagas estatuas ecuestres emergieron. Cayeron sobre los cabalgados. El miedo endureció sus puños coléricos. Brillantes de excitación y de rocío, los perros participaban de la cólera. Los sorprendidos caporales, magullados, con las caras rajadas por los hondazos, se esfumaron en la neblina.

— ¡Rompan el Cerco! — ordenó el Personero Rivera escupiendo un diente.

— ¿Qué cosa, don Alfonso?

— ¡Rompan el Cerco y metan el ganado! — insistió el Personero secándose la sangre de la nariz con un pañuelo mugroso.

Obedecieron. Volvieron a Rancas por las ovejas: tuvieron que arrastrarlas. Pero el pasto es milagroso; una hora después los borregos comían y saltaban, de nuevo, entre los perros, locos de contento. Esa noche, por primera vez en semanas, sonaron risas en Rancas. Todos se jactaban de verdaderas o imaginarias hazañas. Los mismos comerciantes fiaban contentos. Don Eudocio invitó a todos los que mostraban caras magulladas o labios rotos.

Siguieron peleando. Cada madrugada se enfrentaban a las rondas de la «Cerro de Pasco Corporation». Como antes al pastoreo, salían ahora a cumplir el antiquísimo rito de los varones. Volvían ensangrentados. Egoavil, el jefe de los caporales, un jayán de casi dos

metros, reforzó a su gente. Se acabaron las patrullas de cinco; las rondas de «La Cerro» se cumplían de veinte en veinte cabalgados. Así y todo peleaban. Y los más fieros eran los viejos. «Nosotros no tenemos dientes – decían –. ¿Qué nos importa que nos rompan la jeta? Ustedes, jóvenes, cuiden sus dientes para agradar a las muchachas. ¿Nosotros de qué servimos?».

Pero Egoavil no era manco. Una mañana los pastores de «La Florida» entraron en Rancas llorando detrás de un rebaño de vacas que mugía lastimeramente. Las vacas parecían cuyes: no tenían rabo. Así empezó la violencia. Oveja que encontraban las cuadrillas era oveja pisoteada. Y pasó peor: una madrugada tres pastores se calentaban delante de una fogata de bosta. La neblina era espesa. Se calentaban al pie de una ladera cuando crepitó una carcajada. Se levantaron alarmados mientras una pelota rodaba hasta sus pies. Se acercaron: era la cabeza de Mardoqueo Silvestre.

La gente comenzó a ralear. Los últimos que se atrevían a pelear, volvían arrastrándose. En vano el Personero tocaba las puertas obstinadas. A fines de setiembre ni los valientes osaron combatir. Un día los caporales vinieron con uniformados. Un pelotón de la Guardia Republicana escoltó, desde entonces, a la ronda. Atacarla era atacar a la Fuerza Armada. Egoavil entró en Rancas acompañado de tres guardias republicanos, ostentosamente recorrió la calle, taconeó en la plaza y entró en la cantina de don Eudocio.

–Una docena de cervezas para los señores guardias –gruñó recostándose en el mostrador.

Hubo que servirle.

En la vastedad de los campos clausurados sólo quedó Fortunato.

En casetas de madera apresuradamente construidas por los

carpinteros de la «Cerro de Pasco Corporation», la Guardia Republicana colocó centinelas, cada tres kilómetros. Nadie se atrevió a atacar.

Nadie salvo Fortunato.

Cuando Egoavil, el gigantesco hijo de puta, jefe de los caporales, miró al único adversario de «La Compañía» la risa casi lo derribó de la silla. Se carcajeó hasta las lágrimas y se alejó. Pero al día siguiente la ronda tropezó, de nuevo, con el viejo. En su aplastada cara ardían dos candelas. El viejo divisó a los jinetes y les soltó un hondazo.

Desmontaron y lo molieron a puñetazos. Fortunato volvió arrastrándose. La madrugada siguiente, insistió. Egoavil mandó tallarlo a latigazos. El *Cara de Sapo* — así lo llamaba Egoavil — se retorció como culebra, pero no gritaba.

Cuando los látigos lo desdeñaron tenía los labios mordidos.

— ¡Si quieres, vuelve mañana por el vuelto! — gritó Egoavil.

Volvió. Regresó a Rancas igualito al San Sebastián de la iglesia de Villa de Pasco. Un camino de cuatro kilómetros le demoró tres horas. Entró dejando un reguero de sangre.

— No insista, don Fortunato — le suplicó esa mañana Alfonso Rivera—. Usted solo no puede. Uno solo no puede pelear contra quinientos.

— Te matarán, papacito — sollozaban sus hijas —. Vivo nos sirves; muerto, no nos traerás ni agua.

— Solo no puedes, Fortunato — insistió Rivera.

No contestó. Siguió peleando. Día tras día salía a enfrascarse en

las inútiles peleas. Para los caporales no era un combate, era una diversión. Los barbajanes se lo rifaban. «No le pegues muy duro, hay que conservar a nuestro sapito», se burlaba Egoavil. El viejo seguía acudiendo a la cita. Caía y se levantaba. No cedía. Era como esos tentetiesos que, doblados en cualquier dirección, siempre vuelven a quedar erectos. Maltratarlo era una rutina que dependía de los humores de Egoavil. Así, al amanecer de la noche en que la *Culoeléctrico* lo desairó públicamente después de beberse una botella de anisado *Poblete*, Egoavil quiso quitarse esa mosca del ojo. Ocho jinetes clausuraron un círculo alrededor de la palidez del viejo. Una hora se lo cedieron, uno a otro, a puntapiés y puñetazos. Fortunato se tambaleaba mareado; su cara era una máscara desportillada. Cuando lo soltaron, no se le veían los ojos. Se derrumbó como un saco vacío.

Se quedó tirado sobre el pasto, jadeando, cara al cielo, con la boca abierta. Unos arrieros lo recogieron al mediodía: entró en Rancas vomitando. Se tiró lacio en su jergón tres días con la verde-amarilla-morada cara cubierta con pedazos de carne fresca. El cuarto día se levantó. La quinta madrugada salió, de nuevo, a enfrentar a la ronda. Encontró a Egoavil cambiado. Esta vez no descendió ningún jinete.

— ¡Váyase, Fortunato, lárguese! — le gritaron, alejándose.

El viejo quiso perseguirlos a pedradas, pero se lo prohibieron su debilidad y el trote de los bastardos.

Egoavil había comenzado a soñarlo. Fortunato lo perseguía en sueños. Se le aparecía todas las noches. En su soñera vagaba por un desierto, más allá de toda fatiga, cuando oyó una voz; alarmado, Egoavil apresuró el paso, pero lo silbaron de nuevo. ¿Quién podía nombrarlo en esa planetaria soledad? Siguió huyendo de la voz implacable. Sólo leguas más allá reconoció aterrado que el hablador era

su caballo; se descabalgó tiritando para descubrir que el cuartago tenía la tumefacta, la anaranjada cara de Fortunato. Y soñó también que encontraba en su dormitorio un retrato del viejo. Enloquecido, arrancó el rostro odiado sólo para descubrir que era un calendario atroz y que debajo de cada cara arrancada surgían cientos de rostros del viejo: Fortunato riéndose, Fortunato sacándole la lengua, Fortunato llorando, Fortunato guiñándole los ojos, Fortunato con la cara azul, Fortunato con la cara agujereada, Fortunato granizado. Y soñó peor: Fortunato se le apareció crucificado. Lo ensoñó como un Jesucristo clavado en una cruz. Los fieles de Rancas, los devotos de toda la tierra, seguían el anda rezando. El crucificado vestía los mismos pantalones sebosos y la deshilachada camisa del viejo; en lugar de la corona de espinas, lucía su sombrero roto. Nítidamente Egoavil distinguió la cara hinchada. El crucificado, el Señor de Rancas, aparentemente, no padecía; de tiempo en tiempo descolgaba un brazo y se llevaba a la boca una botella de aguardiente. Egoavil avanzó tras el anda temblando, con una vela en la mano, queriendo ocultarse, pero el crucificado lo reconoció y le gritó: «¡No se me corra, Egoavil! ¡Mañana nos veremos!», guiñándole un ojo tapiado por una amarilla, atroz tumefacción. Se despertó gritando.

Calmosamente, sentado en una roca, el viejo se remangó la camisa. Egoavil sintió la boca de paja.

— ¡Don Fortunato! — enronqueció desde el caballo—. Ya sé de sobra que usted es un macho. — Y su mano despectiva abarcó la ronda silenciosa —: Aquí no hay ningún varón como usted. Ninguno de estos huevones es tan hombre como usted. ¿Para qué seguir esta pelea? Usted solo no puede nada, don Fortunato. «La Cerro» es poderosísima. Todos los pueblos se han echado. Usted es el único que insiste. ¿Para qué seguir, don Fortunato?

— ¡Baja o te bajo, cabrón! — gritó el *Cara de Sapo*.

– Por favorcito, don Fortunato, no me insulte.

– ¡Hijo de puta por parte de madre!

– No queremos pegarle. Si usted no se presenta por aquí, ya no volverá la ronda.

– ¡Hijo de puta por parte de padre!

Egoavil recorrió los rostros de cuero de la ronda, entrevió la faz del Cristo, sintió el sudor de la soñarrera y saltó del caballo. Se trenzaron. Fortunato atacaba con rabia, con puñetazos de mula. Egoavil respondía con golpes de lana.

## 19. Donde el lector se entretendrá con una partida de póquer

El Juez Montenegro viajó a El Estribo. El sanitario Canchucaja, el escribano Pasión, Arutingo, el sargento Cabrera y un piquete de guardias civiles escoltaron al magistrado. Don Migdonio mandó esperarlo con espléndidas pascanas. Cada seis horas les cambiaban los caballos y las pachamancas. Cinco días después atravesaron el arco de piedra donde colgaba, hacía cincuenta años, el estribo de plata del abuelo de don Migdonio. Vestido de pantalón de montar, casaca de cuero, botas inglesas y riquísimo pañuelo de seda, don Migdonio dio la bienvenida a la «ilustre comitiva» un tanto amedrentada por la enormidad de la casa-hacienda.

Era un caserón de cien metros de largo, salpicado de puertas y ventanas descoloridas. El abandono liquidaba el propósito de los constructores. El patio empedrado se rendía también a la hierba. Harapientos fantasmas, peones sin rostro, emergieron de las boñigas. Cruzaron el patio y penetraron en el comedor aún prestigiado por antiguos muebles ingleses que sufrían entre paredes cuajadas de calendarios. Los esperaba una comida grandiosa. Horas después seguían bebiendo los aguardientes y los ponches. Esta vez estaban invitados porque normalmente, con excepción del doctor Montenegro, invitado de honor de todas las reuniones, los notarios y guardias civiles se adherían, sin trámite, a todas las celebraciones. Sólo a las seis de la tarde, el doctor Montenegro se animó:

– Espero, don Migdonio, que usted me concederá unos minutitos.



Se encerraron en el despacho. Lo que don Migdonio de la Torre y don Francisco Montenegro conversaron durante los siguientes sesenta minutos se desconoce, como se ignora lo que San Martín y Bolívar parlamentaron en Guayaquil.

— ¿Me permite, sargento? — llamó el doctor Montenegro desde la puerta, una hora después. El sargento colocó en la mesa la copa de coñac y penetró en el salón. Lo que don Migdonio, el doctor Montenegro y el sargento Cabrera discutieron, permanece también en el misterio como en neblina histórica permanece lo que Napoleón y Alejandro I discutieron en la celebérrima balsa.

— ¿Me permite, amigo Canchucaja? — llamó una vez más el doctor Montenegro, definitivamente domiciliado en el universo de los enigmas históricos. Y aquí las versiones se contradicen. Ciertos cronistas sostienen que las entrevistas no duraron horas, sino días, y que en vez de celebrar un cónclave, las autoridades viajaron a las lindañas de la hacienda. Para desmentir a los testigos que juran que vieron salir a las autoridades abrazadas y entre risas, los historiadores exhiben una prueba irrefutable: esa noche — ¿era noche, era día? — las autoridades confirmaron que Espíritu Félix y sus catorce compañeros habían sido fulminados por un «infarto colectivo». ¿Podía establecerse el suceso sin un cuidadoso examen? Es inimaginable. Así razonan ciertos historiadores y concluyen que las autoridades ganaron, en penosas jornadas, los brumosos límites de El Estribo. Sea como fuere, el dictamen del doctor Montenegro fue categórico: los peones habían sido segados por el primer infarto colectivo de la historia de la medicina. El doctor Montenegro confirmó que los débiles corazones de los caballerangos no resistieron las alturas del poder; corazones acostumbrados a trotar a cinco mil metros fueron despedazados por la emoción de sentarse en los sillones de la sala de El Estribo. La provincia triunfaba. El privilegio de la desconcertante novedad médica, negada a las cosmópolis, recaía en una humilde, pero sincera provincia peruana.

El genio no escoge únicamente a las grandes naciones para revelarse.

*Por un zaino, por Lunanco, me enemisté con el Juez Montenegro. Poco después que la propietaria de Huarautambo, doña Pepita Barda, se casó con el doctor Montenegro, los caporales capturaron a Lunanco. Yo seguí la huella y llegué a la hacienda: Lunanco relinchaba en el coso.*

– *¿Por qué arrearon mi caballo?*

*El guardián se humilló.*

– *Es orden del doctor agarrar a los animales dañeros de sus pastos.*

– *No pastaba en la hacienda.*

– *Yo no sé, don Héctor. Hable usted con los patrones.*

*Me fui a la casa-hacienda y pregunté por el doctor. Me hicieron pasar al patio. El doctor Montenegro leía un periódico sentado.*

– *¿Cómo estás, Chacón?*

– *Yo estoy bien doctor, pero Lunanco está mal.*

*El doctor arrugó el entrecejo.*

– *¿Quién es Lunanco?*

– *Un mi caballo retenido en tu pesebre.*

– *Habrá hecho daño.*

– *No es tu pasto, doctor. Es mi propio pasto.*

*El juez me miró con los ojos atravesados.*

– *Yo no sé nada. Lo único que sé es que ustedes abusan de mis pastos.*

– *Pero, doctor...*

*El Juez se paró.*

– *¡Nada, no quiero saber nada! ¡Lárgate de aquí, cholo de mierda!*

*Salí con tizones en el corazón y me fui a la provincia. Esa misma mañana presenté mi queja a la Subprefectura. No me atendieron. «La Autoridad – dijo don Arquímedes Valerio – no puede resolver problemas privados. Esta disputa es privada. Yo no puedo arreglar eso».*

*Volví a Huarautambo y el corazón se me cayó al suelo: los caporales habían capturado mis otros caballos: Alazán, Castaña, Canela, Rosada y mi yegua Huicharamay (así se llamaba porque lloraba cuando se alejaba de los otros animales), sufrían en el coso. Los caporales nunca soltaban los animales sin cobrar los «daños»: cien soles por animal. Mientras no se pagaran los perjuicios, los animales se quedaban sin comer ni beber. ¡Cuántos animales salían a morir!*

*Me rendí al mayordomo Palacín.*

– *¿Por qué me abusas, don Máximo? ¿Qué voy a hacer? Yo soy un miserable.*

– *Tú eres muy alzado, Chacón. El doctor quiere que aprendas.*

– *¿De dónde sacaré trescientos soles?*

– *El daño importa ochocientos, Héctor.*

*Yo tenía solamente diez soles: compré una botella de aguardiente y me abatí.*

– *Haz algo por mí, don Máximo.*

– *Tú eres muy altanero, Chacón.*

– *¡Sírvelte y perdóname, señor Palacín!*

– *No puedo perdonarte. Hay orden estricta de apretar los tornillos.*

*Supliqué y supliqué, mientras Palacín terminaba mi botella.*

– *No tengo ochocientos soles. Jamás en mi vida he tenido ochocientos soles. Nunca tendré.*

– *Puedo aceptarte un caballo.*

*¿Qué podía hacer? En lugar de perder cinco, salvaría cuatro.*

– *¿Qué caballo quieres?*

– *Quiero ese zaino – y señaló a Lunanco.*

– *Ése no, señor Palacín. He llegado a querer mucho a ese animal, ése no.*

*Fue en vano: no pude salvar a Lunanco.*

La Corte Superior ratificó el dictamen del Juez. Don Migdonio decidió viajar a la provincia para agradecer «las atenciones brindadas al suscrito». Cuando por boca de uno de los peones de El Estribo, el doctor Montenegro supo que don Migdonio, único varón capaz de embarazar a siete mujeres el mismo día, se movilizaba a Yanahuanca, antes que nada dispuso que doña Pepita ordenara una enorme mortandad de cerdos, cabritos y gallinas. Con excepción del senador, un amanuense afortunado, ningún personaje de tales campanillas había ennoblecido con su visita a la provincia. Las esposas de los notables agotaron los afeites que se aburrían en las casas de comercio. ¿Quiénes serían invitados? Mientras el doctor Montenegro, más sumido que nunca en sus solitarios recorridos, se sumergía en la gravedad de sus pensamientos, padecieron los notables. Por una vez se equivocaron: el

doctor invitó a todos los vecinos presentables.

Salieron a una legua para recibir al prócer. Don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral entró a Yanahuanca al atardecer: sus rojizas patillas a lo Mariscal Sucre y su escultórica barba de cobre acabaron por enajenar al pueblo. Atravesaron entre aplausos las calles barridas por los presos. Por orden del sargento Cabrera los guardias esperaban marcialmente alineados delante del puesto. El barbitaheño don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral oteó a la ruborizada doña Pepita y lanzó, desde lejos, un principesco sombrero, se descabalgó y le besó la mano. El doctor Montenegro, que desconocía tales refinamientos, vaciló en la cacha de su pistola; sacudió su alma el mismo huracán de sentimientos que dicen que arrasó el ánimo de un General Presidente de la República, el día en que, a poco de su cuartelazo, un embajador acercó sus labios a la robusta mano de la Primera Dama. Conociendo los celos del dictador, la Generala quedó tan espantada que sólo atinó a gritar «¡Apolinario, Apolinario!».

Esa noche comenzaron los festejos. Por la casa del doctor (los patios hervían de acémilas cargadas de «regalitos» traídos por los peones de El Estribo) desfilaron las autoridades y los notables perfectamente lavados y peinados. (*Glostora* no se conseguía ni para remedio). Todos lucían camisas nuevas. El Subprefecto, don Arquímedes, vestía un traje azul de ceremonia, reservado a los aniversarios patrios, y lucía una corbata roja. El inocente lujo, andando los años, causaría su ruina. Los azares del servicio lo destacarían a otra provincia donde las envidias lo acusarían de extremista; a los ojos del Prefecto, que no lo tragaba –el Subprefecto no conseguía organizar un burdel en la provincia, decepción que privaba a su superior jerárquico del cumplimiento de un sueño: contar con un prostíbulo en cada circunscripción– la corbata escarlata sería la prueba de su comunismo furibundo: perdería el puesto y moriría olvidado. Incapaz de antever

las turbulencias del porvenir, el Subprefecto se acercó orondo a saludar a don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral.

El Juez había llegado al extremo de mandar barrer toda la casa y hasta de fregar el piso con petróleo, olor que se confundía con las fumarolas que exhalaban las axilas de las matronas sudadas por el esfuerzo de cargar a sus retoños. Los mocosos —verdaderamente ostentaban narices taponadas por costras de moco— anulaban con sus chillidos los musicales arrestos del perrito de la R.C.A. Víctor.

*Te han visto por Orrantia*

*andando en un cochazo;*

*será del blanquiñoso que ahora tenés.*

Autoridades y notables zapateaban sobre el aserrín rociado para evitar que los invitados resbalaran sobre el petróleo. Fue la más despampanante jarana perpetrada en Yanahuanca. Hacia el amanecer, cuando los notables ya no resistían el peso de las piernas, don Arquímedes propuso.

— ¿Por qué no jugamos una partida de póquer?

— Encantado — aceptó don Migdonio, que comenzaba a aburrirse.

*Y como las desgracias nunca vienen solas, unas semanas después mi compadre Polonia Cruz me encomendó sus caballos. Por mi mala suerte me volví a descuidar y los caporales se volvieron a llevar a los caballos. Fui nuevamente a reclamar a Huarautambo. No me atendieron. Esta vez se quedaron con un caballo de mi compadre. «Tú eres el responsable», me dijo don Polonio, dolorido. Y era verdad: yo era el culpable. Y le pagué a mi compadre con una yegua llamada Gallinazo, un animal que don Polonio llegó a querer.*

*Y pasó peor: por mejorar mi suerte sembré una tierra abandonada llamada*

*Yanaceniza; sembré diez sacos. Escogí bien la semilla. Hay muchas clases de papa: la papa amusqueña, arenosa, incomparable para la mesa; la papa amarilla buscada por los negocios; la papa shiri, la mejor para chuño; la papa blanca que se reserva para los gastos de la casa; amorosamente escogí por su tamaño y sus buenos colores las semillas. La tierra me agradeció. La papa hermosteó. Era una maravilla verla florear en abril. Y me sucedió una desdicha: una noche una tropa de animales destrozó mi papal. ¡Qué mala suerte! La noche siguiente el mismo ganado volvió a invadir mi chacra. Desesperadamente intenté contener el ganado a pedradas. No pude. Y entonces capturé a un pastor.*

*– ¿Por qué haces eso? – le pregunté.*

*– El doctor ordena botar aquí los animales, – bajó la cabeza – . Nosotros mismos estamos doloridos, don Héctor.*

*Bajé a la provincia desesperado y me fui directamente a la casa del doctor. El juez salía.*

*– Doctor, ¿me permite una palabrita?*

*El doctor siguió caminando.*

*– ¿Es sobre daños?*

*– Sí, doctor.*

*Se detuvo un instante antes de seguir.*

*– Tú eres muy liero, Chacón. Es la tercera vez que me molestas. ¿No sabes que yo no me ocupo de esas cosas? Habla con la señora Pepita.*

*Doña Pepita, la propietaria, es una mujer que se vale de su sexo para infamar a los cristianos; su boca ofende y apesta más que la de un borracho. Pedí hablar. No se pudo. Estaba en su altillo contando sus platerías, sus lanas. Esperé toda la mañana. Por fin se mostró al mediodía. Bajó al patio.*

– ¡Cristina, Cristina! – llamó.

*Dos muchachas salieron agitadas.*

– *Vengan a escarmenarme.*

*Las muchachas corrieron a sacar dos sillas. La señora Pepita se sentó en una y la muchacha se sentó en la otra.*

– *Habla pronto. Estoy apurada* – me dijo la señora Pepita metiendo la cara bajo la mata de sus cabellos.

– *¡Doña Pepita, tus animales están acabando mi papal!*

*La escarmenadora me miró con ojos hermosos; la conocía desde niña; una vez le regalé una trucha, una vez...*

– *¿Quién te ha dicho que es tu papal, cholo de mierda?*

– *Yo he sembrado Yanaceniza, señora.*

*Levantó la cabeza colérica.*

– *¿Por qué sembraste allí, cojudo?*

– *Es una tierra abandonada. La comunidad me dio permiso.*

– *¿Y quién es la comunidad para darte permiso? Me cago en la comunidad. En esta provincia no hay tierra abandonada. Toda tierra es mi pasto.*

– *¿Cómo van a ser tus pastos? Nadie siembra en esas tierras desde mis abuelos.*

*Se levantó nuevamente la mata negra.*

– *¡Me alegro! – gritó –. ¡Me alegro que mis animales acaben con tu*



*chacra! Tú eres un cholo insolente, un indio de mierda. Como peor te portes, peor te irá. Tú no entiendes palabras. Eres terco. Ya verás lo que te ocurre.*

Se prepararon las mesas. Don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral, el doctor Francisco Montenegro, el Subprefecto Valerio y el Alcalde, don Herón de los Ríos, se sentaron a timbear. A la segunda mano se les esfumó el sueño. En la tercera, el Pata de Cabra le sopló al doctor Montenegro a retrucar una apuesta. Don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral, que escondía una escalera al trece, se indignó. Se encrespó los ánimos y elevaron las apuestas a cinco mil soles: se los embolsicó el doctor. Se enfrascaron en los furores de las tres cosas. No pararon hasta las ocho de la mañana. Los interrumpieron para servirles un aguadito de pato. A don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral le supo a ortiga: perdía once mil soles. Tirano de su miedo al Mal de Ojo era su avaricia. Era tan cicatero que por no perder diez soles era capaz de cavar de noche, violeta de pavor, en un cementerio. Proclamando lo-agradable-que-es-alternar-con-los amigos se negó a terminar la simpatiquísima partida. Descabezaron un sueñecito en las habitaciones y reiniciaron, a las once, la partida. Jugaron toda la tarde y la noche, que agrava a los enfermos, le mejoró la suerte a don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral. Cuando los interrumpieron con las suntuosidades de un ají de gallina, verdadera capilla sixtina de la cocina criolla, el doctor Montenegro perdía catorce mil soles. El magistrado fue quien se extendió en las alegrías de hospedar a los amigos. Maldecía la ocurrencia de don Arquímedes. Reiniciaron la partida, fue avanzando la noche y el Subprefecto se le apareció con tintes menos sombríos; al alba, cambió de opinión: dieciocho mil soles se amontonaban delante de una escalera al as. Esta vez fue don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral quien se prolongó en el elogio de los placeres de la amistad. Descabezaron un

sueñecito y recomenzaron, a las doce, la partida.

Jugaron noventa días seguidos.

*Me mordí las manos para no desgraciarme.*

*Salí. El sol rajaba la plaza. Pasaron unos niños corriendo. Un perro los siguió colérico. Ellos se volvieron y el perro huyó. Así era yo: un perro que huía cada vez que los hacendados me volvían la cara. Sentía la boca de madera. Fui a la tienda de don Glicerio Cisneros. ¿Y a quién encuentro? Salomón Requis, el Agente Municipal de Yanacocha y Abraham Carbajal bebían un cuartillo. Los vi y me abalancé.*

*– ¡Tú no vales como autoridad! – grité mientras le pegaba puñetazos a Salomón.*

*– ¿Qué te pasa, Chacón?*

*– ¡Tú ves que me abusan y no haces respetar! – Lloraba.*

*Requis se limpió la sangre de la boca.*

*– ¡Tú tienes razón, Chacón! ¡Nosotros no valemos nada!*

*– Tómame esta copa, hermanito – dijo don Glicerio –. Toma esta copa gratis.*

*– Carbajal tiene razón. Nosotros no valemos nada. El Juez nos tiene pisados.*

*– ¿Por qué no arreas las reses de Montenegro la próxima vez que dañen tu chacra?*

*Nadie se había atrevido nunca a capturar los animales de la hacienda Huarautambo.*

– ¡Arréalos al coso! Ya veremos las autoridades.

Bebí.

– Perdóname, señor Requis.

– Salud, Chacón.

*Hablé con mis vecinos Santos Chacón y Esteban Herrera, que estaban muy asustados con los avances de la hacienda. Nos preparamos para la llegada de los animales. La noche siguiente encuentro los animales dañados en mi papal y llamo a gritos a Santos Chacón y a Esteban Herrera. «Ayúdenme a arrear estos animales al coso», les suplico. A hondazos arreamos quince reses de Montenegro.*

*Los condujimos al coso de Yanahuanca.*

– Señor Agente Municipal – le digo a Requis – , hace ocho días que estos animales destrozan mi papal.

– Presenta una denuncia para valorizar tu pérdida.

– ¿Se quedan presos?

– Se quedan presos mientras se falle tu daño.

– Gracias, señor Agente.

*Y en eso aparecen dos guardias civiles y me encañonan con sus revólveres. Requis palidece.*

– ¿Adónde vas?

– He traído unas reses para justificar mis daños, señores guardias.

– Hay una denuncia contra ti. Tú has robado esas reses del doctor Montenegro.

*Yo volteé para llamar a los testigos. Ya no estaban.*

*– Son animales dañosos, son animales que...*

*– Tú has robado esas reses. Acompáñanos. Usted también, Requis.*

*– Yo no sé nada – tartamudea Requis – . Él trajo los animales. Yo no sé nada.*

*– Está bien. Entrega los animales a los pastores de la hacienda y vete.*

*– Gracias, señores – se rinde Requis – . Usted, Chacón, nos acompaña.*

*Me retuvieron siete días. El martes siguiente me sacaron del calabozo y me llevaron a la casa del doctor Montenegro.*

*– Está bien – dijo el doctor – , retírense.*

*Los guardias saludaron.*

*– Chacón – me dijo – , tú eres muy sabido. Tú no toleras nada. ¿Por qué has arreado mis animales?*

*– ¿Por qué has perjudicado mi papal, doctor?*

*El doctor me señaló con su dedo:*

*– ¡Esta vez te perdonaré, pero la próxima te quedarás en la cárcel siete meses! ¿Me oyes, mierda?*

*– ¿Por qué dañaste mi papal? ¿Con qué voy a vivir? ¿Qué voy a comer?*

*– Vea usted la forma. Busque otros sitios. Yanacenza es mío.*

*Subí a Yanacocha. Don Abraham Carbajal se asombró de verme en libertad.*

– *¿Cómo saliste, Héctor?*

– *Con los pies, don Abraham.*

*Mi padre me abraza y mira a las autoridades.*

– *Ustedes, las autoridades, no valen nada – dice mi anciano y escupe.*

– *El Juez es autoridad superior – se contrista Carbajal.*

– *Valen menos que el estiércol de los caballos – repite mi anciano.*

– *El juez – se abate Raquis – está listo a encarcelarnos a todos. No se puede hacer nada. Fuerza es fuerza.*

– *Oiga, Agente – le digo –, el Montenegro me ha advertido que no puedo sembrar en Yanacenziza. Si insisto me condenará de por vida a la cárcel. ¿Dónde voy a vivir?*

– *La comunidad te dará otra cancha para vivir, Héctor. Te fijaremos una altura por Quinche.*

– *¡Vamos! – dice mi anciano.*

*En el camino le pregunto a mi viejito:*

– *¿De dónde salieron los hacendados, papá?*

*Mi anciano siguió caminando.*

– *¿De dónde vinieron?*

*Nos paramos.*

– *¿Por qué hay patronos? ¿Por qué hay patrón en Huarautambo, papá?*

*Mi anciano se sentó en una piedra del camino y me respondió.*

Doña Pepita seguía el desafío escandalizada. Ni el doctor ni el hacendado se resignaban a perder. Se extraviaron en los laberintos de las escaleras reales. De la mesa se apartaban sólo para lavarse o dormir porque yantar, yantaban en el mismo salón patinado por el humo de generaciones de cigarrillos. Privada de las luces de sus más excelsos funcionarios, la provincia languideció. Telegramas y oficios envejecían en los escritorios. Quince días después de iniciada la partida, un poco asustado por la dimensión de los naipes, el secretario del doctor Montenegro, el escribano Santiago Pasión, se atrevió a meter la cabeza en el humo de la habitación.

—¿Qué pasa, amigo Santiago? —preguntó de buen humor el doctor Montenegro: ganaba veinticuatro mil soles.

—Mil perdones, caballeros, mil perdones —se atarantó el escribano.

—Diga no más, don Santiago —lo alentó el doctor.

—El señor Senador se interesa en el detenido Egmidio Loro. Ha mandado un telegrama, doctor.

—¿Quién es ése?

—Un ladrón de gallinas.

—¿No interrumpiremos la partidita? —se inquietó don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral.

—¿Por qué no lo juzgan aquí? —sugirió Arutingo.

Don Migdonio suspiró. Cinco minutos después, Egmidio Loro, acusado de robar cuatro gallinas, compareció en el patio. Y quiso su

buena suerte que lo juzgaran cuando los naipes favorecían al Juez.

– ¿Eres culpable o inocente? – preguntó el Juez hojeando el expediente.

– Como usted guste, doctor.

El doctor se carcajeó.

– ¿Cuánto tiempo llevas en chirona?

– Ocho meses, doctor.

– Libre – sentenció el magistrado.

Así se acostumbraron a solucionar los problemas, en el patio, en las intermitentes pausas del juego. Animados por la suerte de Loro otros reos solicitaron su juzgamiento. No salieron tan bien librados. Muchos comparecieron cuando las cartas le volteaban la espalda al doctor Montenegro: Marcos Torres, acusado del robo de un saco de alfalfa, esperaba descontar el delito con sus seis meses de carcelería; lo gratificaron con tres más. «¡Ni que fuera embarazada!», murmuró y se ganó otros seis. Pero no todas las actividades de la provincia podían solucionarse en el patio. Hubo que suspender el baile que el «Club Once Amigos de Yanahuanca» organizaba para adquirir uniformes para el equipo de fútbol.

*Esa misma tarde les notifiqué a Sulpicia, Añada y a Santos Chacón:*

*– Montenegro ordena que abandonemos Yanacéniza.*

*– ¿Cómo abandonaremos una tierra arañada con nuestras uñas?  
– palideció Sulpicia.*

*– ¿Por qué vamos a salir? – se desmoralizó Santos Chacón.*

– *Moriremos en nuestra tierra – se amargó Sulpicia.*

– *¡No salgas, Héctor! Si usted sale de la cancha, nosotras quedaremos abandonadas – dijo la señora Añada.*

– *¿Quieren resistir?*

– *Yo estoy dispuesto a resistir hasta mi muerte – dijo don Esteban.*

*Nos decidimos a pelear. Vigilábamos de noche y dormíamos de día, por turnos. Sulpicia, doña Añada, Santos Chacón, don Esteban y yo nos caíamos de sueño, pero no dejábamos el papal. Así, vigilando día y noche, salvamos el sembrío. La papa floreció hermosa. En mayo ondeaba su flor linda. Un día jalamos algunas plantas para probar. ¡Qué maravilla! En una sola planta contamos hasta ciento veinte papas. ¡Ciento veinte! Los caporales miraban la papa codiciosamente.*

– *¡Qué linda papa tiene Chacón! – alcahuiteaban al doctor Montenegro – . ¡Qué hermosa papa saben dar esos sitios!*

*Él dijo:*

– *Esos lugares debemos aprovecharlos nosotros, procuren botar a Chacón.*

*Una tarde, cuando Sulpicia dormía rendida, caporales bien ensillados notificaron a la gente:*

– *¡Estas papas, sin faltar una sola, las cosechará Huarautambo!*

– *Este papal pertenece a Héctor Chacón – alcanzó a decir don Esteban Herrera antes que le cruzaran un fustazo.*

*La señora Sulpicia se despertó.*

– *Es muy difícil que don Héctor pueda soltar su papa. Él morirá con su*



*papa. ¡No sólo él morirá!*

*– Chacón es un cero, no tiene nada que ver – dijo el mayordomo Palacín.*

*Me supo amargo.*

*– La gente se reirá de nosotros – se quejó Sulpicia – . Si nos jaláramos un pelo por cada abuso, ¿nos quedaría pelo?*

*Ese día volvimos a recordar sus avances, sus altanerías, sus abusos.*

*– ¡Ya veremos si Montenegro es el único hombre de esta provincia!  
– dije.*

*– No te vayas a desgraciar, don Héctor – dijo Sulpicia mirándome.*

*No contesté. Monté mi caballo y me fui a Huarautambo. El mayordomo Palacín me miró sorprendido. Ni me preguntó por qué había cruzado el puente sin permiso.*

*– Perdone, señor Palacín, la molestia. He oído que usted fue a Yanacenza para notificar que la hacienda cosechará mi papa.*

*– Sí, es verdad, Héctor. El doctor Montenegro nos ha ordenado cosechar.*

*– ¡Yo quiero que todos los huarotambinos vengán a cosechar mi papa!  
– grité.*

*– Chacón, por favor no grite, me compromete.*

*El señor Palacín, muy hombre para los caballos, temblaba con la sombra de Montenegro.*

*Yo me descontrolé.*

*– ¡Quiero que ahora mismo venga el hacendado a sacar todas mis papas!*

*El señor Palacín se desmayaba.*

*– ¡Chaconcito, cuidado, no te oiga la señora! ¡Está contando sus cubiertos!*

*– Yo quisiera que ustedes vinieran con todos sus animales a pisotear mis plantas.*

*– Chaconcito, por favorcito, el doctor te va a escuchar.*

*Yo caracoleaba en mi caballo, en el patio, gritando.*

*– Yo quisiera que vinieran ahora mismo a Yanacenza para que me conocieran. ¡Vengan! Pronto me conocerán. ¡Así sabrán quién es Chacón! ¡Ustedes cosecharán cuando yo me muera! ¡Yo quiero que ahora mismo vengan a cosechar!*

*Me fui loco de lágrimas. En la bajada, cerca de Yanahuanca encontré a don Procopio Chacón y a don Néstor Leandro. Me acerqué a Procopio y le dije: «Sobrino, ya falta pocos días para luchar a muerte».*

*– ¿Qué pasa, títo? – respondió Procopio.*

*– Ya falta poco para matarnos cuando vengan a cosechar mi papa, cabrones. Ahí verán. Ustedes son mi familia, pero voy a proceder.*

*– No te acalores, Héctor. Esas entradas las hacen los caporales; nosotros también somos pobres.*

*– ¡Ahora son pobres, cabrones!*

*– Nosotros no nos metemos – dijo Procopio –. Nosotros también tenemos que llenar la boca.*

*El mes de junio entró con la bulla, «Huarautambo cosechará la papa de Chacón». Yo no dormía. Ignacia y yo mirábamos el techo de la choza.*

– *¿Qué tienes? ¿Por qué no duermes?*

– *Tengo sed.*

– *Ignacia, ¿tienes miedo?*

– *Tengo sed.*

– *Ignacia, el día que cosechen nuestra papa, ¿qué será de nuestros hijos?*

– *¿Para qué sembraste Yanacenza?*

– *Es terreno comunal, libre.*

– *Antes comíamos poco, pero comíamos. Ellos tienen su justicia*  
– *sollozó – . Ellos hacen lo que quieren.*

– *Mentira trabajamos: no cosecharemos, la gente se reirá.*

– *La que más me da pena es la señora Sulpicia.*

*Y me decidí a adquirir una escopeta. Yo no tenía dinero, así que bajé para hablar con el señor Rivas. Un día lo detuve en la calle.*

– *Señor Rivas, quiero hablarle respecto de una escopeta.*

– *¿Para qué quieres tú escopeta?*

– *Para cazar venados.*

*El señor Rivas me midió con la vara de su experiencia.*

– *Tú estás demacrado, Chacón.*

– *Tú sabes que la hacienda Huarautambo quiere cosechar mi papa.*

– *Me da cólera ese abuso. ¿Por qué? ¿Qué derecho tienen? Todos debemos ayudarnos.*

– *Si ustedes me ayudan, la justicia los acusará. No se metan. Preferible yo solo. Necesito su arma. Mi carabina es de una bala y sólo mata uno; la escopeta derrama la muerte.*

– *Está bien, te alquilaré una escopeta.*

– *Y cartuchos, ¿puedes venderme?*

– *Son caros.*

– *Te daré un carnero padre. Te gustará. Te dará crías.*

– *Bueno, veinticinco cartuchos, un carnero.*

– *Te entregaré un animal competente, un animal que llegarás a querer.*

*Esa misma mañana subí a Yanacenza con la escopeta. Cuando volvieron los caporales, yo maté ante sus ojos un pájaro. «¡Así morirán, cabrones!», y acaricié la hermosa escopeta. «Esta señorita les chupará la sangre».*

*Total, no cosecharon. Y comprendí que los cobardes no tienen tierra. La papa floreció, maravillosa, papa para dos años. Y contraté cuarenta hombres para sacar la papa.*

*Hasta que una tarde miré venir al mayordomo Palacín con treinta cabalgados. Avisté la polvareda y comprendí que se me volteaba la suerte.*

*El mayordomo Palacín miró el tamaño de mis años.*

– *¡Chacón, se ha sufrido un robo de caballos en estas alturas! Usted debe saber. Usted se va con nosotros.*

*Y me llevaron preso.*

*No se atrevieron a desairar a las autoridades. Y se suspendió*

igualmente un té organizado por doña Josefina de los Ríos. Tres caseríos esperaban festejar ese mes, respectivamente, la inauguración de una pila, la apertura del cementerio y un mástil para la bandera: se quedaron con los crespos hechos. Pero los mayores perjudicados fueron los detenidos. Poco antes de que se entablara la partida, el sargento Cabrera había mandado pintar señales de tránsito en todas las esquinas. Un día Yanahuanca amaneció cubierta de flechas blancas. Era un capricho dictado por la borrachera del sargento. Los pobladores ignoraban el mismo significado de la palabra «tránsito», pero el sargento que había dispuesto esta transformación en tragos, no tuvo más remedio que cumplir sus propias órdenes: veintitrés pobres diablos fueron conducidos al puesto antes que se cancelaran las novedosas disposiciones. No pudo juzgarlos el Subprefecto. «Es evidentemente imposible –dijo Arutingo– llenar los patios de piojosos». Se quedaron en el calabozo todo el tiempo que duró el desafío. Noventa días después un negro chingolo, modesta imitación criolla de la paloma que anunció a Noé el fin de la cólera divina, se posó en la ventana del salón donde envejecían los jugadores.

–Es diciembre –dijo don Migdonio–. Pronto no se podrá transitar por los caminos.

–Vienen las lluvias –concedió el doctor.

–Mejor nos quedamos aquí –suspiró don Migdonio, resignado a perder cuatrocientos soles.

## 20. Sobre la pirámide de ovejas que sin afán de emular a los egipcios levantaron los ranqueños

Había una vez un viejo terco como una mula. Un viejo de cara aplastada y ojos saltones apodado *Cara de Sapo*. No quería comprender que la «Cerro de Pasco Corporation» jugaba con un capital de quinientos millones de dólares. Él poseía una treintena de ovejas, una cólera y dos puños. Y había un jefe de ronda llamado Egoavil, un jayán de casi dos metros, bruta mirada y ojos atravesados que ganaba miles de soles cortando el rabo de las vacas y aplastando corderos con su caballo. No obstante lo cual, la *Culoeléctrico* se le bebió una botella de coñac *Poblete* y no quiso abrirle las piernas. Desaire que pagó el viejo. Una pateadura que lo dejó peor que palo de gallinero. Pero sucedió que el bruto empezó a soñar al viejo. El mal de los sueños lo enflaqueció. El viejo se le aparecía con cara de Cristo. Una viveza criolla. Pero no se golpea impunemente a Jesucristo. Un día el viejo reposaba —¿reposaba?— tendido sobre su pellejo. Pedacitos de carne fresca cubrían sus escoriaciones. El escaso cielo que autorizaban sus ojos hinchados estaba nublado. Pero aun ese cielo lo perdió. Un hombre flaco, de pómulos huesudos, de grandes orejas transparentes, oscureció la puerta. El viejo reconoció a uno de los granputas de la ronda. Se levantó dispuesto a la mechadera. El de las orejas traslucidas avanzó, mansa paloma, con el sombrero en la mano.

*El de las orejas transparentes*

(bisqueando los ojos)

–Muy buenos días, don Fortunato. Permítame una palabrita. Vengo a hablarle en nombre de Egoavil.

*El viejo terco*

(sin considerar las damas asistentes a la lectura)

–No nombre a ese hijo de puta en mi casa.

*El de las orejas transparentes*

(chupándose las muelas, nervioso)

–No se me caliente, don Fortunato. Permítame. Don Egoavil reconoce que usted es un verdadero macho. A causa suya nos insulta y nos desprecia: «Yo quisiera hombres como Fortunato, no una banda de imbéciles como ustedes». Eso dice don Egoavil en su borrachera.

*El viejo terco*

(escupiendo saliva verde de coca)

–¿Qué quiere?

*El de las orejas transparentes*

–Don Egoavil está cansado de pelear. Quiere amistar con usted. Si usted quiere puede meter su ganado en nuestros campos.

*El viejo terco*

—No son sus campos. Abusivamente ustedes han cercado tierra ajena.

*El de las orejas transparentes*

(definiendo la condición de los subdesarrollados)

—Yo no soy sino un pobre asalariado, don Fortunato.

*El viejo terco*

(frunciendo las cejas para disimular su alegría)

—Y ¿cómo sería?

*El de las orejas transparentes*

(con la esperanza de ahorrarse una mentada de madre por parte de Egoavil)

—Usted metería su ganado de noche. (Sin atender, nuevamente, a la presencia de damas:). Nosotros nos haríamos los cojudos. Don Egoavil sólo le suplica que meta su ganado de noche. No lo comprometa.

*El viejo terco*



(demostrando pobre elocución)

— ¡Hum!

*El de las orejas transparentes*

— Reflexione, don Fortunato. Es un crimen dejar morir a las ovejitas.

*El viejo terco*

(invadido de auténtica cólera)

— ¡Ahora te acuerdas, cabrón!

*El de las orejas transparentes*

— No se me irrite, don Fortunato (sin considerar que las repeticiones lastiman a los exquisitos). Yo soy un infeliz. Así es (suspirando). Para que no le falte a la familia uno se ensucia.

«Cuidado, Fortunato, es una trampa», advirtieron los pastores. El viejo contestó: «¿Qué puedo perder? Peor que morir no hay. ¿Cuántos animales me quedan?». Reunió los restos de su rebaño. Esa noche desató, con un par de alicates, el alambrado del pastizal Querupata. Sus ovejas pastaron toda la noche. El viejo volvió al amanecer, helado, pero contento. Volvió. Los pastores miraban fascinados sus recuperados borregos. «Aprovechen. ¿Qué pueden perder?», insistía Fortunato. No

se atrevían. ¿Quién creen que se decidió? Una mujer, doña Silveria Tufina, fue la única que le suplicó que juntaran sus puntas. Fortunato arreó los dos rebaños, convencido de que esa noche disiparían el terror. Desamarró el alambre y metió los animales. Se le cerraban los ojos. «Por favor, doña Tufina, estoy como agotado. Me voy a dormir un ratito, ya vuelvo». Lo despertó el sol. Saltó de su pellejo, alarmado, metió la cabeza en un balde de agua y se lanzó a la pampa. La neblina no se esfumaba. Corría y corría. Desde lejos distinguió a Tufina, sentada en una roca. Se tranquilizó.

– ¿Estás bien?

No le contestó.

– ¿Pasa algo?

– Mala suerte – dijo Tufina abarcando vagamente las rocas.

Fortunato trepó a la loma quemada por la nebladera y miró un horizonte de animales degollados. Hirvió en el caldo de una rabia loba. Alzó los ojos. Los primeros buitres revoloteaban, puntuales.

– Señorita, duérmete – sollozó la vieja acariciando la cabeza de una borrega moribunda.

Fortunato arrancó un puñado de hierba y lo arrojó al aire. Un viento frío dispersó los yerbajos: tres briznas le azotaron la cara.

– ¿Quiénes fueron?

– ¡Señoritas, no me dejen, señoritas!

– ¡Esto no puede quedar así! ¡No puede quedar así!

Arrancó de nuevo el pasto, lastimándose los dedos en las espinas.

– ¡Fueron los perros, fue Egoavil!

Sus mandíbulas se confundieron con los perfiles de las rocas puntiagudas.

– Quédate aquí – ordenó –. Vigila tus muertecitos.

Y corrió a Rancas aún extraviada en la vaharina. Fortunato atravesó la callejuela y corrió hasta el campanario, abrió la puerta, subió los quince escalones y sacudió la campana. Su brazo colérico doblaba la campana sin ritmo, con rabia. Instantáneamente la plaza engordó de rostros graves. Fortunato descendió. Los hombres rodeaban el cuerpo destrozado de una oveja. Se detuvo en la puerta. La sangre le salpicaba el pecho.

– ¿Ustedes son hombres o mujeres?

– ¿Qué pasa, don Fortunato?

– Los caporales de «La Cerro» sorprendieron a la señora Tufina, pisotearon los carneros con sus caballos y luego les echaron los perros. Han muerto. Hombres o mujeres no sé lo que son. ¿Qué esperan? ¿Que el Cerco entre en nuestras casas? ¿Esperan que la mujer no pueda acostarse con el varón?

Los rostros se empequeñecían, se azulaban con un color distinto al día naciente. En los ojos se apagaba y se encendía, nacía y renacía un coraje extinto.

– Aquí ya no se puede retroceder. Retroceder es tocar el cielo con el culo. Hombres o mujeres, no sé lo que son, pero tenemos que pelear.

La neblazón no se disipaba. Las rocas exhalaban blanquecinas fumarolas. Incas, caciques, virreyes, corregidores, presidentes de la república, prefectos y subprefectos eran los mismos nudos de un

quipus, de un hilo de terror inmemorial.

—Fortunato tiene razón —dijo Rivera, envejecido. Los roquedales, el viento, los rostros, se arrugaban en otra más usada edad. En la voz rauca se notaba la vejez—. ¡Hay que reclamar! —gritó—. ¡Vamos a Cerro! ¡A Dios, al Prefecto, al Juez, a los perros, a quien sea, quejémonos! Que la gente vea nuestro dolor.

—Las autoridades están vendidas —aulló Abdón Medrano—. Aquí no hay nadie a quien reclamar.

Él también tenía un nuevo rostro untado de severidad.

—¡No importa, hay que reclamar!

Fortunato levantó la borrega y se la colocó sobre los hombros. El Personero Rivera, que tenía en su casa la historia de Jesucristo, recordó que en uno de los grabados un profeta, otro hombre airado, se había colocado una oveja sobre los hombros, antes de predicar la perdición y el fuego, pero no dijo nada: no sabía hablar.

—Vamos a recoger las ovejas —dijo Fortunato—, y marchemos a Cerro de Pasco.

Recogieron los animales. Entre hombres, mujeres y niños se apretujaron un centenar. La mañana ceñuda se agazapaba en la pampa. Pasaron chillando patos salvajes. El viento helado recortaba los rostros angustiados. Descendieron a la hoya y recogieron las ovejas. En el camino se les unieron otros pastores. Miraban la caravana y, sin palabra, recogían sus ovejas y marchaban: casi eran un millar.

Recorrieron en silencio diez kilómetros. Avistaron Cerro. Un sol desmemoriado despintaba las primeras casas. Penetraron a la avenida Carrión y avanzaron entre los hoyos cavados por las herraduras de las

acémilas. La gente le cedía paso al cortejo.

—¿Qué pasa? —inquirían, pero miraban la fila de hombres cargados con las ovejas muertas y callaban.

—¡Miren lo que nos hace «La Cerro»! —gritó Fortunato—. No se conforma con cercar nuestras tierras. Matan a nuestros animales con sus perros. ¡Pronto nos matarán a nosotros! ¡Pronto no quedará nadie! ¡Pronto cercarán el mundo!

La voz sonaba como si la ciudad fuera el badajo de una colosal campana vacía. Eran las doce. Empleados y obreros mal vestidos se alineaban en las veredas. El viejo convocaba las furias de su impotencia.

—¡Han cercado Rancas! ¡Han cercado Villa de Pasco! ¡Han cercado Yanacancha! ¡Han cercado Yarusyacán! ¡Encerrarán el cielo y la tierra! ¡No habrá agua para beber ni cielo para mirar!

—¡No hay derecho!

—¡Esto es un abuso!

—¡Estos gringos de mierda no tienen derecho a botarnos de nuestra tierra!

—¿Qué hacen las autoridades?

La gente se indignaba. Un minero alto y flaco se destocó el casco amarillo y se lo colocó sobre el pecho, como ante un entierro. Un vendedor de gorros de piel, un gordo desdentado, lo imitó. Recorrieron la avenida Carrión. Eran cientos cuando entraron en la plaza.

—¡A la Prefectura! ¡A la Prefectura!

La harapienta multitud dobló la calle y se dirigió hacia la

Prefectura del departamento, un destartalado edificio de ventanas verdes en cuya puerta se aburrían dos guardias republicanos. Los mal vestidos guardias miraron a la multitud y enristraron sus viejísimos máuseres 1909, comprados con el producto de una colecta nacional piadosamente levantada para rescatar las provincias cautivas: Tacna y Arica.

De la Prefectura emergió un cabo rechoncho, de cara avinagrada. La mal abotonada polaca denunciaba el almuerzo interrumpido. Seis guardias hoscos se alinearon detrás de su mal humor. Ante las armas, como siempre, la multitud se detuvo.

— ¿Qué pasa? — gritó el cabo.

— Queremos hablar con el Prefecto — se humilló Fortunato.

El cabo no consideró necesario abrocharse.

— ¿Quiénes son ustedes?

— Yo soy..., nosotros somos comuneros de Rancas — se atragantó el Personero Alfonso Rivera. Quería hablar, pero le faltaban palabras, sudaba.

El cabo los vistió, de nuevo, de desprecio.

— Voy a consultar — gruñó y penetró en el corredor. La multitud silenciosa escuchó el taconear de las botas gastadas. Volvió a los cinco minutos. Para hablar con su oficial se había abotonado reglamentariamente la polaca; pero ahora, frente a la multitud, se la desabotonó de nuevo.

— El señor Prefecto no está — y los miró con rabia. El bistec encebollado se le engrasaba.

—Pero si lo hemos visto en la ventana —se quejó Fortunato.

—¡No está y no está! —gruñó el cabo.

El rostro de los hombres no se tiñó de desilusión. Enardecidos por las palabras de Fortunato habían soñado, por un instante, en la queja. El cabo los volvía a la realidad. El Prefecto no estaba. Las autoridades no están jamás. Hace siglos que en el Perú no está nadie.

—Está bien —se resignó Fortunato—. Lo que queríamos es que viera esto —y levantó los brazos y depositó su carnero muerto en la puerta.

—¡Fuera de ahí! —gruñó el cabo.

—Depositen sus animales —ordenó Rivera.

Los hombres vacilaron. Chispas de miedo salpicaron sus pupilas. No se atrevían. Hacía cientos de años que perdían todas las guerras, hacía siglos que retrocedían.

—Obedezcan —dijo el Personero Rivera depositando su montón de sufrimiento. Abdón Medrano lo imitó, luego todos. Los gritos del cabo y los culatazos de los guardias no impidieron el crecimiento de una pirámide de ensangrentadas cabezas. Un vertiginoso montículo de animales muertos se levantó en la puerta de la Prefectura, bajo el desteñido escudo que proclamaba que allí, en aquel edificio de dos pisos, de ocho ventanas verdes, residía el representante político del señor Presidente de la República, su Excelencia, don Manuel Prado.

El grito del cabo rezumaba miedo. Conocía la tozudez india: veinte años de servicio en las serranías le enseñaban que cuando los comuneros comienzan algo, nada los detiene. Y por cansancio, por tristeza, por inconsciencia, seguían depositando sus borregos,

ignorantes de que si cayera la Prefectura ellos serían los primeros triturados. La Prefectura de Cerro de Pasco se levanta en una esquina. Por la derecha limita con la prestigiosa abarrotería «La Serranita» y por la izquierda con el jirón Libertad. (En ninguna ciudad del Perú faltan calles denominadas «Libertad», «Unión», «Justicia», «Progreso»). Hacia allí se ladeaba la Prefectura, abrumada por el moribundo océano de lana. No se distinguían ya las ovejas vivas de las difuntas. Las ovejas se diferencian por una particularidad: aun degolladas sus cabezas siguen rumiando. Y fuera porque el paseo las confortaba o por simple afán de exhibicionismo, los corderos rumiaban, proseguían su estúpido, inútil trabajo.

Don Alfonso Rivera miró la pirámide de lana ensangrentada:

– ¡Mejor vámonos! ¡No vaya a ser que la Prefectura se derrumbe y nos obliguen a pagar una multa!

– Sí, ya está bien – dijo Fortunato, salpicado de sangre.

Volvieron a la carretera. En la subida, a la altura de la iglesia, los alcanzó una camioneta de la Comandancia de Policía. Un teniente rabioso gritó desde la ventanilla.

– ¿Ustedes son los que depositaron las ovejas en la Prefectura?

Hablaba golpeado. En la velocidad de sus palabras, secas y definitivas, se reconocía al oficial costeño para quien el desprecio por los indios es casi una naturaleza.

– Sí, señor.

– ¿Quién es Fortunato?

– Yo, señor.



— ¡Suba inmediatamente! ¡El Prefecto quiere hablarle!

Fortunato saltó a la *pick-up*, pero antes de caer sobre el piso de la camioneta donde carajeban de frío tres guardias republicanos, esbozó una sonrisa de triunfo. El Prefecto lo mandaba llamar. Por fin se quejarían. La camioneta arrancó. La sonrisa de Fortunato siguió flotando sobre la multitud excitada. ¡Fortunato tenía razón! La *Ford* se perdió en el barro de las callejuelas. Se detuvo delante de la puerta de la Prefectura. El teniente saltó del guardafango.

— ¡Sígame! —gritó sin volverse subiendo de dos en dos, agarrándose del barandal para no resbalar en los escalones inclinados. Fortunato trepó respetuosamente. La antesala de la Prefectura era un saloncito de mala muerte, amueblado por un juego de sofás imitación Luis XVI. Seis sillas de paja completaban el ruinoso mobiliario. El retrato del Presidente de la República, Ing. Manuel Prado, sonreía tras una triple fila de condecoraciones.

— Aquí lo tienes —dijo el oficial a un gordo desvaído de ojos mongólicos.

— ¿Usted es Fortunato? —preguntó el secretario.

Se quitó el sombrero.

— Sí, señor.

— Pase.

Fortunato entró en el despacho. La oficina de la primera autoridad política del departamento participaba de la suciedad general. Ante el modesto escritorio, cubierto de cartapacios azules, esperaba, de pie, un hombre gordo, de labios gruesos y gran papada. El señor Figuerola, Prefecto del departamento de Cerro de Pasco, vestía un gastado traje

azul de cuatro botones, comprado en los malos tiempos, antes de que el Presidente lo favoreciera.

—¿Usted es el tal Fortunato? —preguntó como quien pega un puñetazo.

—Sí, señor —respondió el otro con la boca pajiza de emoción.

El Prefecto Figuerola comenzó a pasearse por la habitación. Para calmarse la cólera se quebraba los nudillos de sus manos.

—¿Usted cree que la Prefectura es un camal para que me deje en mi puerta la mierda de sus carneros?

A Fortunato se le escurrió el alma.

—Señor Prefecto, yo sólo quería que usted viera el abuso; yo, señor...

El Prefecto se paseaba frente al hombre que se empequeñecía.

—Yo lo voy a secar en la cárcel por insolente. ¿Qué se ha creído usted, pobre diablo? ¿Que puede venir a joder con sus mugrosas ovejas?

La voz llagaba.

—Está bien. Ya sé que es delito mostrar el abuso —dijo el viejo ansioso de beber su milenaria copa de humillación.

El Prefecto, que se dominaba para no abofetear al mequetrefe, recordó su presión. El Prefecto, gracias a Dios, no había nacido en esa mierda de pueblo. Al señor Prefecto lo afectaba la altura.

—¡Oiga usted, imbécil, mostrar el abuso no es delito! Delito es

manchar la puerta de la Autoridad.

—La «Cerro de Pasco Corporation» nos fuerza a quejarnos, señor. Usted debe de haber mirado con sus propios ojos el Cerco.

—Yo no sé nada. Hace años que soy autoridad. Yo he servido en casi todos los departamentos. Nunca he conocido un indio recto. Ustedes sólo saben quejarse: mienten, engañan, disimulan. Ustedes son el cáncer que está pudriendo al Perú.

—Señor, su presión —recordó respetuosamente el secretario. El Prefecto se sentó.

—¿Qué va a hacer con la porquería de los carneros?

—Me los llevaré, señor.

—¿Cómo se los piensa llevar?

—En la misma forma, señor Prefecto.

—¿Está usted loco? ¿Quiere repetir su pendejada? ¡No, señor, lléveselos en un carro!

—Nosotros no disponemos de carro, señor —tartamudeó Fortunato.

—¡Llame al Concejo para que le presten el recogedor de basura!

—A mí no me harán caso, señor.

—Está bien —dijo el Prefecto Figuerola, resignado—. Está bien. Señor Gómez, llame usted de mi parte al Concejo Distrital y dígales que les presten un camión a estos imbéciles.

## 21. Donde, gratuitamente, el no fatigado lector mirará palidecer al doctor Montenegro

En la confianza de disponer aún de millares de horas para escoger entre millares de duraznos, la rechoncha mano del doctor Montenegro seleccionó un melocotón. La pequeña mano de dedos cortos se demoró en la rosada piel del abridor. A tres leguas del aparador donde el Magistrado vacilaba ante la frescura, el Inspector Galarza y las autoridades de la comunidad de Yanacocha voltearon la loma Parnamachay. Héctor Chacón sofrenó a *Triunfante*. En el mismo escalón de roca rojiza, veinte años antes, otro *Triunfante* había metido los belfos en un charco. *Triunfante* no logró beber. Chacón hundió las espuelas. *Triunfante* descendió en un escándalo de piedras. Un kilómetro más abajo la comunidad avanzaba tras sus tambores silenciosos. El Nictálope agitó un pañuelo. Sulpicia contestó ondeando una desteñida bandera peruana. La penetrante dulzura del durazno no convenció al doctor, ahíto por el desayuno. El doctor Montenegro miró las manecillas del Longines. Eran las once y cuarenta y dos minutos de la última mañana de su vida. El escándalo de los perros rajó la lejanía. Se levantó y atravesó la puerta del dormitorio. El Inspector Galarza se deslumbró ante las siete caídas de agua del río Huarautambo.

—¡Qué maravilla! Verdaderamente esta tierra es bendita —y se detuvo extasiado sobre la roca blanquinegra donde veinte años antes el pedorro Arutingo había contado los espantos sufridos el día en que la *Culoeléctrico* le regaló una avispa a la *Nalgapronta*. El Inspector Galarza admiró la mocedad de las siete cataratas. Se volvió y se le nubló la cara: medio kilómetro abajo distinguió la mancha de la comunidad.

–Ustedes no obedecen – se amargó.

Los dirigentes de Yanacocha agacharon la cabeza.

–Perdón, señor Inspector –se disculpó el Personero–. Son caseríos de la otra banda. Estaban citados desde hace siete días –se quitó el sombrero –, no hubo tiempo de cancelar la orden.

El señor Galarza no quiso enfrentar una descarada desobediencia.

–Sigamos –suspiró.

El Chuto Ildelfonso acercó servilmente la mecedora. El doctor Montenegro se sentó a tomar el sol. Se acercaron los caporales adulones. Sulpicia levantó el pie para rebuscar el picotazo de una espina. Un jinete incendiado por la llamarada de una camisa roja emergió por el atajo.

–¡Ahí está el Niño Remigio! – se persignó Sulpicia.

–Es necesario –dijo el juez Montenegro abriendo apenas los labios, manchados por la mala educación del durazno jugoso– que esos piojosos aprendan, de una vez. Esos yanacochanos sólo entienden los golpes. –La voz se endureció–. Hoy tropezarán con Montenegro. Hace tiempo que se sufren robos de ganado por estas alturas. Las autoridades de Yanacocha son los abigeos. Hoy entrarán en la cárcel o no me llamo Montenegro.

Para congraciarse con el Inspector Galarza, el Personero se acomidió a levantar una mata espinosa. La hacienda Huarautambo emergió de las rocas del camino. Era el momento en que un caballo sudoroso descendía por la otra banda y entraba desalado en las caballerizas. Un traje amarillo, opaco de sudor en las axilas, saltó del zaino. Lala Cabieses atravesó los corredores y entró ahogándose en el

patio empedrado donde el doctor Montenegro se reconfortaba.

— ¡Doctor, doctor!

El traje negro se volvió. Lala Cabieses gritaba sin aliento. En el rostro descompuesto del traje amarillo que avanzaba agitando un papel en la mano, el traje negro reconoció el color de la gravedad.

— ¡Lea, doctor, lea! — dijo Lala Cabieses alcanzándole una hoja.

El magistrado conoció entonces el poder de la literatura. Unas palabras trazadas por un escritor que ni siquiera podía ufanarse de buena letra o correcta ortografía (no se reconocía la palabra «huye» desprovista de «h»); unas pocas líneas borroneadas por un artista que acaso jamás rebasaría la oscuridad de su provincia, lo conmocionaron hasta la palidez. Allá, en los años en que la pobreza lo obligó a transitar, en días de universidad, el áspero camino de las bibliotecas, el doctor se había humedecido en las emociones de Vargas Vila. Pero ni *Flor de Fango* ni *Aura, la de las violetas* lo habían estremecido tanto. Se encenizó. ¿Eran versos? ¿Era prosa? Fuera cual fuese el fruto de la inspiración del desconocido artista, su obra rebajó al magistrado al mismo color del papel palúdico.

— ¿Qué pasa, don Paco? — se alarmó Arutingo.

Ya la cabalgata divisaba la arboleda de la hacienda. Los perros mordían la bienvenida. La multitud atravesó los árboles castigados por los dientes de un invierno prematuro.

— ¡Héctor! — gritó Fidel y le alcanzó un costalillo mugroso a Chacón. Sus ojos eran dos ascuas. Los del Niño Remigio calentaron desde lejos la mano del hombre que se proponía infligirle la muerte.

— ¡Héctor! — repitió ronco Fidel —, ¡que te vaya bien!

Los montados se arremolinaron, se mezclaron las cabalgaduras cansinas.

– Ustedes agarren los fusiles de los guardias civiles – dijo Chacón, levemente pálido –. No los dejen disparar.

Melecio de la Vega miró la cabeza de Héctor Chacón tostada por el doble fuego del mediodía y de su cólera y se le estremeció el corazón. «Nunca olvidaré a Chacón», pensó.

– ¿Qué pasa? ¿Por qué no avanzan? – preguntó el Inspector alanceado por presentimientos. En los rostros deshabitados, en el pedregal del silencio, donde sólo se hospedaban relinchos y ladridos, descubría un malestar.

– El puente está cerrado – dijo el Abigeo. Hacía nueve noches había soñado el puente pesado de muertos. Sentados en extrañas posturas o despatarrados por las descargas, los cadáveres miraban el cielo con los ojos vacíos. Sofrenó el caballo menos sudado que sus manos.

– ¿Quién tiene la llave? – insistió el Inspector.

– El doctor Montenegro ha mandado cerrar el portón. No hay paso – informó el Chuto respetuosa, torvamente.

– ¡Apártense! ¡Salgan del puente!

La voz del Nictálope soltó un vuelo de invisibles lechuzas. El Inspector Galarza quiso replicar, pero chapoteó en los ojos del Nictálope y retrocedió hacia el puente vacío.

– ¡Apártense! – repitió Chacón y obligó a recular a *Triunfante* y se lanzó contra el portón que clausuraba el puente. La puerta se estremeció. Tres veces Chacón obligó a *Triunfante* a forzar sus pechazos.

El portón vaciló. Ése fue el momento en que en la cabeza del Niño Remigio se posó la avispa verde del huayno. La puerta se encorvó. El Abigeo se acomodó a meter una barreta entre los goznes oxidados. Saltó *Triunfante* sobre la madera desvirgada y se lanzó al galope por la callejuela. Los hombres lo siguieron. Veinte años antes, Juan, el Sordo, había insultado allí a la fatalidad. La comunidad se vistió de polvareda. Héctor Chacón penetró en la plaza de Huarautambo. En la plaza calva, entre anémicos yerbajos, sorprendió a un solo hombre, Julio Carbajal, el maestro de Huarautambo.

— ¿Dónde está el doctor? — preguntó Chacón, arrasado por la sospecha.

— Ha salido para la cordillera.

— ¿No sabía que hoy era el comparendo?

— Esperaban.

— ¿Y?

— Hace media hora llegó Lala Cabieses.

— ¿Por dónde?

— Por el atajo.

— ¿Y?

— Traía un papel en la mano. El doctor leyó la comunicación y ahí no más mandó salir para la cordillera.

— ¿Y los guardias?

— Salieron con él.



—¿Por qué escapa si ha sido notificado? —preguntó el Abigeo. Hacía tres noches había soñado que oyendo el nombre de Chacón el doctor Montenegro palidecía. Lo descreyó. Su cabeza, experta para el husmeo de los sueños, no concebía que el doctor Montenegro alojara miedo a un simple humano.

—¡Que lo alcancen! —gritó el Inspector Galarza, burlado.

—¡Rivera, Reques, Mantilla! —ordenó el Personero.

Los jinetes relampaguearon en las espuelas. No alcanzaron al doctor. Una hora después volvieron los caballos canosos de espuma.

## 22. Sobre la movilización general de cerdos que ordenaron las autoridades de Rancas

Siguieron luchando. Don Alfonso Rivera pensó con envidia y tristeza, más tristeza que envidia, en las dotes de Fortunato. Aquel hombre era un Pico de Oro. Él, en cambio, se intoxicaba con las palabras. Él era un burro. Pero Fortunato se enmohecía en la cárcel por desacato a la autoridad.

Vestido de negro, con una camisa limpia sin planchar, sin corbata, el Personero atravesó la plaza de Rancas. En el viento que venía del lago, colgaba como una lágrima la tempestad. El padre Chasán oficiaba. Rivera se mojó los dedos en agua bendita y se persignó. El padre Chasán, un hombre alto, blanco, de cejas espesas, prometía desde el púlpito el rayo de la cólera divina a los injustos. Rivera suspiró. ¿El Señor Jesucristo fulminaría a «La Compañía»? El padre Chasán se limpió la frente con un pañuelo de hierbas. «Los abusadores y los violentos rodarán en la ceniza. Los bienaventurados y los mansos, los pobrecitos sin tierra, los pisoteados, los despojados, ellos se sentarán a la diestra de Dios Padre», tronó el púlpito apolillado. La iglesia exhalaba mugre y pobreza. Hacía poco, las autoridades se habían reunido en la iglesia. Respetuosamente solicitaron que el padrecito Chasán tomara juramento a la Directiva. «Juramento, ¿para qué?». «Para luchar contra la compañía Cerro de Pasco, padrecito». Las espesas cejas del padre Chasán volaron como cuervos. «¿Están dispuestos a luchar de verdad contra “La Cerro”?». «Sí, padrecito». Los cuervos revoloteaban en las paredes lamentables. «Esto no es juego. Luchar contra “La Cerro” no es broma. Yo sólo puedo tomarles

juramento si están dispuestos a luchar hasta el fin». El Personero y las autoridades se arrodillaron, anudados de lágrimas. El púlpito prometía ahora la Cólera. «Los que se proclaman dueños de la tierra, los príncipes que se atrevan a cercar la tierra, todos perecerán. ¿Y quién osará comparecer cuando el Señor ordene levantarse a los huesos? ¿Los fariseos? ¿Los publicanos? ¿Los que osan cercar el mundo? ¿Los que clausuran los ríos? ¿Los que tapiaban los caminos?».

El padre Chasán bendijo a los fieles con una mano más velluda de rabia que de compasión. La gente metió los dedos de uñas negras en el agua bendita. Los domingos, la plaza de Rancas, desierta durante seis días, se empiojaba de polleras y ponchos, pero hacía ya muchos domingos que no se celebraba la Feria. Ese domingo, sin embargo, la plaza se fatigaba de multitud. Hacía una semana que los alguaciles de Rancas recorrían los campos anunciando un cabildo. El Personero Alfonso Rivera citaba, bajo pena de multa, a todos los ranqueños.

Las autoridades salieron de la iglesia con las manos fervorosamente juntas. El Personero atravesó la puerta de la iglesia. Nevaría. El ojo rencoroso del lago Junín pronto sublevaría la nevada. El alguacil tocó la campana. Era un aviso inútil: Rancas, íntegra, esperaba bajo los primeros goterones. El Personero se dolió, de nuevo, de su poquedad: hubiera querido exhalar los desgarramientos de su corazón, contarles que un ángel azul se le había aparecido en sueños; que él, Rivera, era capaz de entregar su vida por cumplir; pero no encontró palabras, suspiró y se secó la frente sudorosa.

— ¡Lean los títulos! — ordenó.

La asamblea envejeció. Los títulos de propiedad de una comunidad los cautela el Personero. Sólo otra persona (por si muere el Personero) conoce el lugar donde se esconden esos documentos que sólo se leen en las horas graves.

Un estudiante del Colegio Nacional Daniel A. Camón, hijo de Rancas, comenzó a leer. Subido sobre la mesa, el muchacho flacuchento, de pómulos huesudos y de ojos tímidos, leía con voz monótona. La lectura comenzó a las doce y doce minutos. Tardó dos horas. La gente soportó inmóvil, casi inmóvil, la enumeración de hitos, puquios, pastos y lagunas que probaban que esas tierras, que esa nevada que blanqueaba sus corazones, pertenecían a Rancas. A las dos de la tarde el lector acabó, tosiendo. El Personero se irguió. El viento le aplastó el desteñido sombrero negro.

—Un gran mal ha caído sobre este pueblo, hermanos —se retorció los dedos—. De nuestros pecados ha nacido un gran sufrimiento. La tierra está enferma. Un gran enemigo, una compañía poderosísima, ha dispuesto nuestra muerte.

Se apoyó sobre la mesa. Se le veía los hombros abatidos, como doblados por el peso de las nieves remotas.

—Rancas es pequeño, pero Rancas luchará. Un pique puede destrozarse un animal. Una piedra en un zapato malogra el pie de un hombre.

—¡No hay enemigo pequeño! —gritaron dos ojos donde también peleaban, como perros, el miedo y el coraje.

En el rostro de Rivera aleteaba la desilusión.

—Las autoridades son chulillos de la «Cerro de Pasco Corporation». No les interesan nuestros sufrimientos. Está bien: lucharemos solos. Hermanos, el próximo domingo todos traerán un chanco. Cada hombre, cada jefe de familia, está obligado a traer un puerquito. Yo no sé cómo harán para conseguirlo. Quizá robarán, lo comprarán, lo prestarán. No sé. Lo único que sé es que el próximo domingo nos reuniremos en esta misma plaza con los puercos. Ésa es la

tarea comunal: traer un chanco a esta plaza el próximo domingo.

La gente se desconcertó. ¿Estaba loco el Personero? Crepitaron algunas risas. ¿Para qué chanchos? Pero el Personero es el Personero. Había que cumplir.

Es difícil encontrar cerdos en la puna. Los pastores evitan a los puercos. El cerdo, devastadora colonia de parásitos, no es querido. El pasto que hocica el chanco es pasto contaminado. ¿Trescientos cerdos? Los comuneros más avisados compraron los cerdos de Rancas la misma tarde del domingo. El lunes escaseaban; entonces viajaron a los pueblos vecinos. La gente se les reía.

– Señora, véndame su cerdo.

– No puedo, estoy engordándolo.

– Alquílemelo, por favorcito, señora.

– ¿Estás loco?

– Por una semanita, mamá.

– ¿Para qué lo quieres?

– Para cumplir una manda de mis difuntos.

– ¿Cuándo se han visto puercos en la iglesia, cholo zonzo?

– Te pagaré diez soles.

– ¿Qué me darás en prenda?

– Te daré mi poncho.

Donde fracasaba el dinero, ofrecían faena. Los Gallo levantaron

una cerca; la señora Tufina cambió una frazada por un cerdo; los Atencio techaron un corral. Todos se las arreglaron. El domingo siguiente el cura Chasán salió de la iglesia con las cejas severamente enarcadas: los chillidos prohibían su sermón. Sentados sobre las últimas matas de una plaza ventosa, los ranqueños esperaban impacientes. El Personero Rivera escuchó la misa hasta el final, se mojó los dedos en agua bendita, se persignó y se arrodilló; sólo después que dibujó en su frente tres cruces arrugadas, salió lentamente.

Los alguaciles lo escoltaron.

— ¡Cierren la plaza!

Los alguaciles clausuraron la plaza con tablones y champas. En unos minutos la plaza se transformó en un corral. Cuando los carpinteros terminaron de clavetear las esquinas, Rivera habló.

— ¡Marquen sus cerdos! — gritó—. Hermanos, dejen aquí sus chanchos. Los alguaciles cuidarán. Vuelvan el próximo domingo.

Un murmullo recibió sus palabras. Pero ya estaban acostumbrados a la avaricia de lengua del Personero y el rostro de las autoridades no fiaba bromas. Personero es Personero. Marcaron sus animales y soltaron los cerdos. La gente de respeto se alejó; los papanatas y los curiosos se quedaron en el bramadero. Ese atardecer los cerdos acabaron las últimas matas. «¿Qué comerán los animales mañana?», preguntaron los propietarios, alarmados. «Nada — contestaron los alguaciles —, hay orden de no darles nada».

— ¿Nada?

— Sólo agua se les dará.

— Será broma.

No era. El Personero había ordenado regalarles a los cerdos un ayuno absoluto. El lunes los cerdos iniciaron su inolvidable bramadero. El martes hociquearon debajo de las raíces: el suelo de la plaza se cribó de agujeros bordados de baba. El miércoles la gente amaneció con ojeras de a metro: no se podía dormir. El jueves, el Director de la Escuela acudió a la Personería a protestar. Si no silenciaban a los cerdos, sería imposible continuar las clases. El viernes los comerciantes, en pleno, protestaron. El sábado las viejas comenzaron una rogativa. ¿El Personero se había vuelto loco? El domingo, el padre Chasán se negó, en redondo, a officiar. «Padrecito, no nos prives del auxilio divino», suplicó el Personero. El padre Chasán movilizó sus labios coléricos sin éxito: los chillidos borraban el mundo.

Pecadores señalados para lavar crímenes monstruosos, los cerdos ayunaron ocho días.

Nada alteró a don Alfonso Rivera. El domingo volvió a enfundarse en su traje negro y atravesó el pueblo con una mirada azabache. La gente repletaba la escuela. El Personero mandó cerrar las puertas. Ni así lograron oírlo. Comprendiendo la inutilidad del comercio de la palabra cogió una tiza y escribió sobre el hule negro de la pizarra: «Cada uno amarrará su chanco». Los cerdos estriaban las frágiles paredes del domingo. Borró y escribió: «Ahora mismo los soltaremos en los pastos de “La Compañía”». Borró y escribió: «Soltaremos los cerdos en los mejores pastos de “La Compañía”». Borró y escribió: «Le quiero ver la cara a los gringos cuando sepan que sus ovejas comerán pasto infectado».

Sonreía hasta las orejas. La asamblea descosió una formidable carcajada. Hubiera sido espléndido mirar su plumaje naranja. Hacía meses que Rancas no se reía. Por desgracia el bramadero impedía oír el chisporroteo de las carcajadas. Pero, por los gestos, por las lágrimas, por la forma como se agarraban el vientre, comprendieron que todos se

carcajeaban. ¡Infectar los pastos de «La Compañía» con los cerdos hambrientos! ¡Era formidable! El Personero escribió, con su enorme letra infantil, las instrucciones: cada hombre cogería un chanco y lo conduciría, patas y hocico amarrados, hasta los límites de las tierras de «La Cerro». En esos campos pastaban finísimas ovejas. Un ejército de veterinarios cuidaba mitológicos carneros. Uno sólo de esos carísimos australianos valía más que un rebaño de sus flacuchentas ovejas. Pero después que comieran el pasto infectado por los cerdos de Rancas, ¿cuánto valdrían?

El sol se nublaba. Saltaron a la plaza donde enloquecían los chanchos. Entre dos y entre tres los maniataron. La extraña procesión abandonó Rancas rezando: mujeres, niños y perros demacrados y sucios marcharon hacia los límites de «La Cerro» con trescientos cuatro cerdos. Avistaron los límites de «La Cerro» a las tres. Guardianes mal encarados salieron blandiendo sus wíchesteres. Los balazos esperaban que los comuneros cruzaran los límites. No los violaron. Don Alfonso se detuvo en los mojones. Trescientos cuatro hombres lo imitaron.

—¿Qué pasa? —gritó Olazo, el caporal de turno, un gañán huesudo—. ¿Adónde llevan esos chanchos?

—Los sacamos a pasear —contestó Rivera.

—¡Cuidadito! ¡No crucen la raya porque los quemamos!

El Personero se agachó y desamarró su cerdo. El chanco enloqueció a la vista del pasto.

—¡Hombre o animal que cruce, los baleamos! —gritaron los pómulos huesudos.

Soltaron los chanchos y los balazos. Un trueno de dientes flageló el campo. Los peones dispararon demasiado tarde: un milenio de



hambre hozaba sobre el pastizal. El mundo era un rugido. Una tempestad de bramidos granizaba sobre el pasto delicioso. Los vigilantes seguían disparando. Ocho, diez, quince cerdos rodaron justo cuando le metían el diente al pasto donde ya jamás volverían a pastar los espléndidos rebaños de «La Compañía».

Al día siguiente, «La Cerro de Pasco» abandonó mil cuatrocientas hectáreas.

## 23. Vida y milagros de un coleccionista de orejas

No se debe confundir *Cortavientos* con *Cortaorejas*. *Cortavientos* era un caballo que murió cuando el Coronel Marruecos viajó a Chinche a fundar un nuevo cementerio. Amador, el *Cortaorejas*, era un hombre. Pregúntenselo a Carmen Minaya, su cuñado; la suya fue una de las primeras orejas de Amador. Se la cortó el séptimo día de la borrachera con la que Egmidio Loro celebró la primera comunión de su hija, la Mudita. Enajenado por el celeste acontecimiento, Loro encerró a los invitados con candado y arrojó la llave a las tinieblas de una inabarcable botija de aguardiente. Amarrados al honor del desafío, los invitados renunciaron a salir. Tardaron siete días en recuperar la llave. El descubrimiento provocó tal alegría, que Amador se asoció con el gallinero de su voz aguardientosa:

*Devuélveme el rosario de mi madre*

*y quédate con todo lo demás.*

—No rayes el espejo —protestó un barbaján alto de Michivilca, picado de viruelas, que dormitaba en un rincón.

—Si no me quieres oír, sácate las orejas —contestó Amador, resentido.

*Virgen de medianoche,*

*cubre tu desnudez.*

—¡Quítamelas tú! —respondió el michivilcano y se levantó y

avanzó arremangándose los puños. Casi no percibió el relámpago que le rebanó la oreja.

— ¿Hay otro al que le sobren las orejas? — preguntó Amador con una candela de locura en los ojos — . ¡Sigán tocando, maricones! — gritó a la orquesta.

Invitados y músicos se entregaron a las espumas de un furioso cachaspari. Contagiado por la alegría general, Amador bailó hasta las siete de la mañana; luego, remontó las cordilleras.

Tan expresiva muestra de aficiones filarmónicas no convenció a los yanacochanos que las orejas de Amador se marchitaban sin música. Ni siquiera lo entendió quien por profesión y parentesco vivía en la obligación de amparar su melomanía: su cuñado, el músico Carmen Minaya. No sólo lo desamparó, sino que lo vejó el día en que, babilónicamente borracho, Amador solicitó a la orquesta que lo acompañara a defecar al canchón vecino.

— Por favorcito — suplicó Amador.

Minaya lo mandó al lugar donde Amador se proponía regalar sus perlas malolientes.

— No me obligues a pegarte, cuñadito.

— ¡Fuera de aquí, borracho!

— No me llames borrachito.

Carmen Minaya cometió el error de agarrarlo de las solapas. Mejor hubiera empleado sus manos recogiendo su oreja. Quien la recogió fue Amador.

— ¿Vienen o se quedan? — gritó a la orquesta.

Mansamente clarinetes y cornetas lo acompañaron a defecar. En el camino Amador cortó una espina de cacto y se prendió la oreja en la solapa de su saco mugroso. Bailó hasta las siete de la mañana. Adornado por el bárbaro clavel, recorrió el pueblo gritando:

— ¡En Yanacocha no hay hombre para mí!

No lo había.

Así, en el seno de su propia familia, usualmente ingrata para el talento, se reconoció su genio. Huyó, de nuevo, a las jaleas. Ya no le faltaron clientes. Calixto Ampudia, el herrero, fue el primero en comercializar sus habilidades. La víspera de Año Nuevo descubrió que a su mujer le batía el puré un normalista recién llegado. A su mujer le empedró la cara. Al maestrillo no quiso acariciarlo: tocarlo con sus manos era condenarse a perpetuidad. Prefirió humillar sus dos metros y atravesar la puerta de Amador. Sin mediar palabras depositó tres billetes anaranjados sobre la mesa. El Cortaorejas desenfundó una sonrisa picada.

— ¿Qué se te ha perdido, Calixto?

— Las orejas de un jaujino — contestó Ampudia sacando, debajo del poncho, una botella de aguardiente.

El Cortaorejas se zampó un trago redentor y tosió. Por educación fingía que el aguardiente lo lastimaba.

— ¿Para qué las quieres?

— Quiero saber cómo son las orejas que escuchan los gemidos de mi mujer.

— Ese gusto te costará quinientos soles.

—Yo trabajo para mis gustos.

Siete días después, Calixto Ampudia conoció el terciopelo de la oreja que, desde hacía meses, escuchaba los jadeos de su hembra.

El Cortaorejas compareció esta vez ante el Juzgado. En la pura lectura del expediente, el doctor Montenegro reconoció que los talentos de Amador Leandro se desperdiciaban en los potreros. No sólo salió libre: el doctor le regaló un billete de cincuenta soles. El bellaco lo mandó encuadrar inmediatamente en la carpintería del pueblo.

Esa misma tarde, el Chuto Ildefonso lo contrató. Era un trabajo muy descansado. En cinco años —el tiempo de la primera carcelería de Héctor Chacón— sólo se le requirió trece veces. Su fama rebasaba los modestos límites de la provincia. Hacendados enamorados de las orejas de gentes que rehusaban quitarse el sombrero, se lo suplicaban al Juez. El doctor Montenegro, la gentileza en persona, siempre accedía a extender el modesto «programa de préstamos y arriendos» que Yanahuanca ejercitaba casi al mismo tiempo que una gran nación del norte.

El cuchillo de Amador, único artículo de exportación de la provincia, implantó la paz en los potreros.

El día en que el doctor Montenegro se enteró, por boca de Lala Cabieses, que la mano de Héctor Chacón padecía sed de su garganta y su palidez remontó las cordilleras escoltado por caporales y guardias civiles pensó, antes que nada, en el gusto que le daría acariciar las dos orejas del Nictálope. Huyeron por recovecos. Nadie se atrevía a dirigirle la palabra al Juez. El mismo Arutingo y el ex sargento Atala callaban, sombríos, los excesos que infaustamente sobrevinieron el día en que la *Nalgapronta* le pidió a la *Calzón de Fierro* que le prestara un alfiler, suceso que motivó la rotura de seiscientos vasos. Cabalgaron seis horas sin atreverse ni a vaciar sus aguardientes. Ya oscuro

volvieron a Huarautambo. Goteaban las primeras estrellas cuando el Cortaorejas entró en el despacho del doctor.

Tres días después siete jinetes embozados entraron en Yanacocha atropellando chuscos. Se detuvieron delante de la puerta del Nictálope. El Cortaorejas abrió la puerta a patadas, pero la buena suerte del Nictálope quiso que hubiera viajado a cerrar, ese día, un trato de ganado, en Pillao. El colérico Cortaorejas enrumbó a la cantina, pagó sus deudas y mandó que le sirvieran la primera docena de cervezas. De botella en botella sus badulaques salían a espiar. El Nictálope tardaba. Cerrada la venta, el comprador le había pedido «que se quedara a cumplir penitencia». Héctor Chacón aceptó el ajiaco. Alborozado por adquirir por mil soles un torete, que por lo menos valía el doble, el dueño de casa mandó traer unas cervezas.

– Dicen que en este pueblo hay un valiente llamado Chacón – dijo el Cortaorejas quebrándose las costillas de la espalda con los pulgares. Lástima que los valientes se ausenten cuando yo los visito.

Eran las siete. Una hora después, el Cortaorejas entendió que alguna alma caritativa le sacaba del camino a Chacón.

– ¿Qué carajo hacen ustedes aquí? – gritó a sus guapos.

– Esperamos órdenes, don Amador – le respondieron sus matones, deseosos de no destetarse de las botellas.

– ¡Qué órdenes ni órdenes! ¡Para Chacón me basto y me sobro solo!

Eructó ron Cartavio y marchitó las flores de un flamante calendario. Los sacó a patadas. El Nictálope descendía lentamente la abrupta bajada de Pillao. A trescientos metros sus ojos descubrieron a una mujer sentada en una roca, a la vera del camino: Sulpicia. El

Nictálope olfateó el peligro. ¿A quién esperaba Sulpicia? Se desmontó y amarró el caballo y avanzó a pie, sigilosamente. Sulpicia, que no poseía el poder de sus ojos, sólo lo distinguió cuando Chacón estuvo a tres pasos.

– ¡Héctor, me asustaste! ¡Apúrate, Héctor!

El Nictálope olió el miedo de la mujer.

– ¡Huarotambinos armados te rastrean desde la mañana, Héctor!  
¡Amador anda buscando tus orejas!

– ¿Dónde?

– En casa de Santillán.

– Busca al Abigeo y al Ladrón de Caballos, Sulpicia. Que me alcancen allá.

– Cuídate, Héctor, cuídate.

Sulpicia se alejó en la oscuridad. El Nictálope se refundió entre las rocas. Los presentimientos se tostaban en el humo de la noche. Halando de las riendas a su caballo penetró en el corral de su casa y desensilló y sirvió agua y cebada. Se lavó lentamente la cara y las manos. No se peinó y salió hacia donde bebía el hombre más macho de la provincia. Amador brindaba con su sombra reflejada por la estropajosa luz del querosene cuando Chacón se desprendió de la oscuridad y atravesó la puerta. Santillán se demudó.

Sin pedir permiso, Chacón se rebalsó un vaso de cerveza y ostensiblemente la derramó.

– ¿Así que me andas buscando?

Sólo la mitad de la boca sonreía. Se comprobó entonces la fragilidad del deseo humano. Enfebrecido por el ansia de encontrarlo, el Cortaorejas había esculcado todo Yanacocha en busca del rostro que ahora navegaba la espuma amarilla, pero no bien tropezó con la cara desesperadamente buscada, se le agostó el deseo.

— Buenas noches, don Héctor — saludó el Cortaorejas tan bruscamente bien educado que a Santillán le tembló la mano —. Buenas noches, señores — saludó al Abigeo y al Ladrón de Caballos.

Entre el chullo y la bufanda levantada sólo ardían los ojos felinos del Ladrón de Caballos. El Abigeo se limpió las manos, salpicadas de harina.

Bajo la espuma de los vasos engordaba el silencio.

— ¿Así que te gustan mis orejas? — el Nictálope cachaciento se acarició el lóbulo de la izquierda. Sin respetar la propiedad privada del hombre que había adquirido, con su dinero, la cerveza, se sirvió otro vaso.

— ¿Quién le ha dicho, don Héctor?

— Un pajarito.

El Abigeo, que carecía del humor del Nictálope, botó de un bofetón la botella.

— ¿Por qué has venido? ¿Qué andas buscando, concha de tu madre?

— He tenido un pleito con la señora Pepita — informó el Cortaorejas. En sus ojos morían tizones de inseguridad.

— ¿Qué clase de pleito?



El Cortaorejas dejó destilar un minuto.

– La señora Pepita me mandó matar a los yanacochanos.

Como queriendo excusarse de las malacrianzas de su mano, el pie del Abigeo apartó los esparcidos vidrios de la botella.

– ¿Y qué respondiste?

Vagamente aburrido, el Ladrón de Caballos metió la mano en un saco de trigo; comenzó, por juego, a pasarse el puñado de una mano a otra.

– Yo le dije que no quería más pleitos con mis hermanos. Bastantes peleas he tenido. Yo quiero amistad con mis cuñados. Eso le dije, pero la señora Pepita se molestó y me botó de la hacienda.

– ¿Cuándo te botó?

– Hace tres días me botó.

El Ladrón de Caballos le arrojó el puñado de trigo en la cara.

– ¿Por qué mientes, hijo de puta? Ayer tropezaste con mi hermano en la punta Huajoruyuc. Tú ibas con los peones de Huarautambo y ordenaste que lo acabaran a latigazos. Tú has venido a espiar.

– Rebusca los bolsillos de este cojudo.

Chacón era de bronce.

Santillán se pegó a la pared. Rápidas culebras, las manos del Abigeo palparon los bolsillos de Leandro. Sacó y depositó sobre la mesa: tres llaves (una de ellas oxidada), un destapador regalado por *Kola*

*Inglésa*, un lápiz romo, una carta y un revólver 38.

– ¿Para qué cargas el revólver?

– Para cazar venados.

Las manos del Abigeo se sorprendieron. Un billete de rosados desconocidos deslumbró al explorador.

– ¿Qué es esto?

Era la primera vez que veían un billete de quinientos soles.

– Mis ahorros – balbució el Cortaorejas.

– ¿Así que tú cargas tus ahorros cuando te emborrachas? – La voz del Abigeo se reclinaba sobre el mostrador –. ¡Se terminó tu juego, Amador! ¡Mejor confiésate!

Chacón era ahora de nieve.

– Está bien – aceptó Chacón –, vamos a pensarlo despacio. – Y se volvió hacia Santillán –: ¿Tienes aguardiente?

– Hay, don Héctor.

– Véndeme tres botellas.

Las manos inquietas depositaron tres botellas oscuras, sin etiqueta, tapadas con coronta de maíz. Los ojos casi no vieron los quince soles arrugados sobre el mostrador.

– ¡Vámonos a la provincia!

Los ojos del Nictálope dolían. Una noche felina se agazapaba en las matas ralas. En las cordilleras se enzarzaba una pelea de relámpagos.

Sin los avisos del Nictálope, que prevenía piedras y precipicios se hubieran despeñado. Yanacocha era unas cuantas luces. Avanzaron un kilómetro y descendieron a Urumina. Siempre uniformados de silencio, descendieron a Antac. En la noche sin estrellas sólo titilaba la respiración del Cortaorejas. Superaron Yurajirca. Ni el Cortaorejas ni sus guardianes descosían los labios. Avistaron Curayacu.

— ¡Paren! — ordenó el Nictálope.

En la hondonada se divisaban las harapientas luces de la provincia. Mirando el fulgor de la ciudad donde velaban los guardias civiles, Leandro se envalentonó. Su miedo soñaba a la provincia a la vuelta de las rocas.

— ¿Qué refunfuñas?

— ¿Quiénes son ustedes para sacar a la gente a los despoblados, a la brava? ¡Esto no quedará así! ¡Ya veremos cuando llegemos a la provincia!

Las manos de Chacón forzaron a la camisa a sentarse sobre las rocas.

— ¡Siéntate, cabrón! — lo azotó con la voz —. ¡Tú no llegarás a la provincia! — y como si reconociendo a un amigo acabara con una broma, lo cogió de la mano y susurró —: ¡Escápate!

El Cortaorejas sintió que una alianza de odio y de asco, lo soldaba a una mano de hueso.

— ¡Prueba, corre, escápate!

El Cortaorejas oyó el zumbido de un desprecio más vasto que la noche. Por sus puras palabras, jamás lo perdonarían.

—No me mates, títo — se arrodilló temblando.

Con el miedo, recuperaba la memoria. Bruscamente recordaba que el hombre por cuyas señas preguntaba desde por la mañana, una mañana ya remota en meses, era el mismo que veinte años antes, vestido de tío, un mediodía asfixiante, le había enseñado a pescar truchas.

—No te manches con la sangre de tu sobrino, títo — tiritó.

—¿Bailas huayno? — se burló el Abigeo.

—¡No me asustes, títo! El corazón se me salta.

—¡Basta de juegos! — gritó Chacón—. Declara la verdad.

—La señora Pepita llegará a saberlo.

—Aquí todos nos conocemos. ¿Cómo lo sabrá? ¿Quieres un trago?

El Cortaorejas se cauterizó el miedo con un sorbo de fuego.

—¿Está bueno?

—Muy buen aguardiente, títo.

—Bebe más.

—Estoy medio mareado, tío.

—¡Bebe más, cojudo! — y le tronó un disparo cerca de las orejas—.  
¡Confíesate, hijo de puta!

En la oscuridad, los ojos especiales del Nictálope contaron las gotas de sudor que empapaban la frente de la voz demacrada.

– Todo lo que haces, don Héctor, la señora Pepita lo sabe. Si sesionas, si duermes, si caminas, todo lo conoce la hacienda.

– Si señalas al traidor, yo te autorizaré a quedarte en la comunidad.

Chacón se aterciopeló.

– Mis padres padecerán la represalia, tío.

– Casa y chacra te daré, y te haré amistar con los Minaya.

El Cortaorejas suspiró.

– La viuda Carlos es la que más avisa.

– Ella no va a las sesiones. ¿Cómo sabe?

– Es bruja. Tiene animales que le avisan. Manda perros entrenados, animales que oyen lo que ustedes discuten y luego comunican.

– ¿Y qué más?

– Pájaros también tiene, pájaros especialmente engordados.

– Y ¿qué más?

– La señora Pepita quiere regalarte la muerte.

– ¿Por tu mano?

– Por broma acepté, tío.

– Este huevón nos denunciará – rechinó el Abigeo.

– Yo les juro, patrones...

– Este maricón nos perderá.

– Por la santísima Virgen, yo...

– Bebe – ordenó Chacón alcanzándole la segunda botella.

El aguardiente ya no quemaba.

– Bébetela toda.

– La cabeza me baila.

– ¿Tú descubriste a Montenegro que pensábamos matarlo?

– Sí, tío.

– ¿Cómo le avisaste?

– Mandé un papel con Lala.

– ¿Qué decía el papel?

– «Huya, doctor: Héctor Chacón va armado para matarlo en el comparendo».

– Ya está bueno – dijo Chacón.

– No pensarás dañarme, tío.

– Ha llegado la hora en que le saque la valentía a este cojudo.

La tormenta se alejaba. El Cortaorejas descubría que la voz tenía un rostro de pómulos duros, frente escasa y cabellos lacios.

– Amador, tú siempre te has hecho justicia con tu mano. Tú siempre manejaste el cuchillo como querías. ¡Qué me importa! Pero por unas libras de mantequilla, por una mierda de favores, traicionaste a tu

comunidad. Tú nos has vendido al peso. ¡Agárrenlo!

Los arbóreos brazos del Abigeo y la fuerza del Ladrón de Caballos soldaron al Cortaorejas.

— ¡Levántenlo!

Lo alzaron como a un niño. En la leche que derramaba, sorpresivamente, la luna, el Nictálope recuperó, por un instante, los ojos del niño con quien, en tiempos extraviados en la recordanza, había saltado arroyos o robado fruta. Pero demolió los rostros que proponía el recuerdo y los reemplazó por la cara del traidor. Sacó un pañuelo y lo introdujo brutalmente en la boca del Cortaorejas. Los ojos de Amador se desbocaron en la asfixia. Se revolvió como culebra, pero, poco a poco, el cuerpo se le inundó de pánico, de silencio, de aire usado.

## 24. Retrato al óleo de un magistrado

Los cerdos arrasaron mil cuatrocientas hectáreas, pero no pudieron digerir la ración de plomo de los wíchesteres. Los valientes murieron. El Cerco siguió avanzando. Tras engullir cuarenta y dos cerros, ochenta lomas, nueve lagunas y diecinueve cursos de agua, el Cerco del este reptó al encuentro del Cerco del oeste. La pampa no era infinita; el Cerco, sí.

En la pampa los rumores van y vienen como el viento: ¿quién fue el propietario de la idea de la queja? No nació de la sesera del Personero Rivera, ni del magín de Abdón Medrano, ni de la cabeza de Fortunato. Un día Rancas amaneció con la novedad de la queja. ¿A quién se quejarían? Y tanta fue la habladuría que los Notables se reunieron, espontáneamente, sin convocatoria, en la escuela. El mismo Personero y las autoridades concurren a la asamblea sin saber para qué: quizás existiera la idea de que, después de la bendición del padre Chasán, alguna lucha era posible. Vaya usted a saber. Se reunieron. ¿Quejarse a quién? ¿Al Prefecto? ¿Al Jefe de la Región? ¿A la propia «Cerro»? No se necesitó gastar mucha saliva para demostrar la insensatez del recurso.

—¿Y si fuéramos directamente al Juez? —sugirió Abdón Medrano—. Al fin y al cabo, el Cerco comete un delito: nadie tiene derecho a cerrar los caminos.

—Eso es —saltó el Personero—. El Juez nos amparará. Proteger a los necesitados es el trabajo del Juez.

¿De dónde sacó el Personero la idea de que la profesión de un juez



es ejercer la justicia? ¡Rebúsquenlo! Los Notables de Rancas decidieron quejarse. Era un día de sol y quizás el áureo despilfarro festoneó los ánimos de una esperanza. Nada debilita más al ser humano que las mentiras de la esperanza. Los Notables rebuscaron en sus baúles sus trajes y se acicalaron. Bien lavados —cara, cuello, manos— (algunos, como Abdón Medrano, hasta lucían corbata) partieron, al día siguiente, a Cerro de Pasco.

El Juzgado de Cerro de Pasco carece de veredas. Profundos agujeros enmarcan sus despintados dos pisos. Una muchedumbre de solicitantes espera, sentada, día y noche, turno para hablar con el Juez, el doctor Parrales. El Juzgado es una habitación mal estucada donde vacilan un escritorio de mala muerte, unos sillones y unas sillas. Sobre el escritorio de su Señoría casi sepultado por una cordillera de expedientes, una fotografía enmarcada en plata, demuestra el acendrado sentido familiar de su Señoría. En un feliz momento el artista ha recogido a su Señoría severamente sentado en su sillón; detrás del magistrado, delante de graciosos lagos y esbeltos cisnes pintados en cartón, con la mano tímidamente apoyada en el hombro de la Justicia, se difuminan su esposa y sus seis hijos, incapaces de cubrir siquiera la mitad del obeso cuerpo de su Señoría.

Respetuosos, casi invisibles, penetraron en el despacho los comisionados de Rancas. El doctor Parrales no levantó los ojos de un pliego de papel sellado: prosiguió la lectura del expediente, calmosamente. No se sorprendieron los comuneros. Los rascatripas del Perú conocen perfectamente la ínfima importancia de sus negocios y están siempre dispuestos a esperar horas, días, semanas, meses. Sólo esperaron treinta minutos. Su Señoría terminó de leer el recurso.

— ¿Qué quieren?

Su rostro cobrizo era una pared inabordable.

– Doctorcito – tartamudeó Rivera –, nosotros somos comuneros de Rancas..., nosotros venimos...

– Apúrense, no tengo tiempo.

– No sé si sabes la existencia de un Cerco en la pampa, doctorcito.

El comunero tutea por temor, pero se confunde y mezcla el tú y el usted en un susurro anémico.

– No sé nada. Yo no salgo de mi despacho.

– La «Cerro de Pasco Corporation» ha levantado un Cerco. La pampa ha cercado. Caminos, pueblos, ríos, todo clausura el Cerco, doctorcito.

– Ya casi no tenemos ovejas, doctor – dijo Abdón Medrano –. Han muerto la mitad de nuestros pachitos. No hay pasto. La dentadura de ese muro ha masticado todos los pastizales. Hasta los caminos están cerrados, doctorcito. Ya ni viajeros llegan a Rancas.

– La misma feria se ha terminado, doctor – se recuperó el Personero.

– Treinta mil ovejas se nos han muerto – explicó Medrano.

– Será peste – dijo el Juez.

– Es hambre, doctor – dijo Rivera.

– Yo no soy veterinario – se fastidió el Juez –. ¿Qué quieren?

– Queremos que usted constate el abuso, doctorcito.

– Eso cuesta.

– ¿Cuánto costaría la constatación, doctorcito? – preguntó Rivera más animado.

– Diez mil..., quizá quince mil – respondió la voz imperceptiblemente menos congelada.

– Nunca juntaríamos tanto, doctorcito, quizá si nos hicieras una rebajita...

Los ojos del doctor Parrales fulguraron y su mano castigó violentamente el escritorio. El trueno dejó sin habla a las autoridades.

– ¿Qué se han creído ustedes? Esto no es mercado. Los quiero favorecer y todavía discuten. Ustedes vean.

– Gracias, doctor.

– ¿Cuándo podemos volver? – Fortunato semisonreía desde la puerta.

– Cuando quieran – dijo el doctor Parrales, resentido.

Salieron entusiasmados.

– ¿No les dije? – se frotó las manos Fortunato.

No cabían en su pellejo.

– Somos unos babosos. ¿Por qué no vinimos antes?

– Diez mil soles es mucho. Nunca por nunca alcanzaremos esa cantidad – dijo Rivera, escéptico.

– Se puede recolectar – dijo Medrano.

– Cinco mil, seis mil, sería lo máximo que reuniríamos.

— Es verdad. Nunca juntaremos esa cantidad.

— ¿Y si hiciéramos una fiesta, una kermés? — insinuó Medrano.

Lo abrazaron. En vez de levantar una dudosa colecta era mejor organizar una tómbola. Conociendo el motivo acudiría gente de los otros pueblos. Era una idea genial. En Rancas completó la idea don Teodoro Santiago: ¿Por qué no invitar al Alcalde de Cerro de Pasco?

— ¡Qué nos va a hacer caso!

— ¿Qué perdemos con probar?

— Quizá compre unos boletitos.

— ¡Qué va a ser!

— ¡No hay peor gestión que la que no se hace!

— ¿Qué perdemos?

Amenazaba lluvia. El cielo se blindaba con lívidas escamas. Desdeñando la nevada se dirigieron a la Alcaldía, un edificio de dos pisos, de puertas y ventanas verdes que no escapa al horror arquitectónico de Cerro. Fortunato entró solo. Volvió radiante.

— ¡Pasen, pasen! ¡El Alcalde nos recibe!

Se rebajaron con piedras el barro de los zapatos. No fuera a ser que mancharan el piso de la Municipalidad.

Ante una mesa cubierta por un paño verde, los esperaba el Alcalde, Genaro Ledesma, un hombre de unos treinta años.

— Bueno, ¿en qué puedo servirlos?

Era una voz cálida, lenta.

–Somos comuneros de Rancas, doctor –explicó Fortunato–. No sé si usted conoce nuestro problema. La «Cerro de Pasco Corporation»...

–¿El Cerco? –preguntó.

Se quedaron estupefactos. Por fin una autoridad reconocía la existencia de esa invisible serpiente.

–¿Usted ha visto el Cerco, lo ha visto? –preguntó incrédulo Rivera.

–Sí, como todo el mundo.

–¿Pero lo ha visto?

–Sí, sí. ¿Cómo no voy a verlo si está en las mismas puertas de Cerro?

–¿Usted qué opina, doctor? –preguntó prudentemente Fortunato.

–Es un abuso intolerable. «La Cerro» no tiene ningún derecho.

Hablaba sin apresurarse.

–Venimos a pedir una ayudita de la Municipalidad, doctor –se animó Rivera.

–¿De qué se trata?

–Quisiéramos que el Municipio nos ayudara comprando unos boletitos para una tombolita.

– ¿De qué se trata?

– Hemos organizado una tómbola para juntar los honorarios del doctor Parrales.

– ¿El Juez?

– Sí, doctorcito.

– ¿Honorarios de qué?

– Para constatar la existencia del Cerco el doctor nos pide diez mil soles. Nosotros podemos juntar cinco mil. Si el Concejo nos ayuda, completaremos la suma – se embolsó Fortunato.

– ¿Están ustedes locos?

Bajaron la cabeza, consternados.

– El doctor Parrales no tiene por qué pedirles pago. Él está obligado a efectuar esa constatación. El Juez no tiene por qué cobrar nada. Él recibe un sueldo del Estado. Es una obligación verificar los abusos.

– Entonces ¿no nos puedes ayudar? – preguntó Rivera viajando al desaliento.

– Darles dinero para sobornar al Juez sería inmoral. El Municipio los puede ayudar en otra forma; así, no.

– ¿Cuál forma, doctor?

El Alcalde reflexionó.

– Este asunto de «La Cerro» es muy grave. Es la cosa más grave que se ha visto en este departamento. Esto es sólo un comienzo, ¿cuál

será el fin? Hay que denunciarlo, amigos. Es la única manera de solucionar este problema. Hoy mismo voy a hablar por radio y voy a denunciar estos excesos. Y en primer lugar voy a denunciar al doctor Parrales.

## 25. Del testamento que en vida otorgó don Héctor Chacón

— ¡Yo fui testigo! ¡Yo firmé! — se jacta el Niño Remigio sacando la joroba.

El Niño Remigio habla por hablar. La noche en que el Nictálope reunió a sus hijos para comunicarles su última voluntad, el jorobeta roncaba en el calabozo del puesto. El sargento Cabrera, decidido partidario de la candidatura única del general que andando el tiempo competiría con el pernituerto, se había enterado de que Remigio propalaba por la ciudad la bola que las urnas electoras eran cajas mágicas donde un voto en contra del general se convertía automáticamente en un voto a favor del general. El chiste le costó al Niño Remigio quince días de calabozo. ¿Cómo pudo asistir a la apertura del testamento? Ni asistió ni firmó, ni podía firmar. El documento nunca existió. Los únicos convocados fueron Ignacia, la mujer de Chacón y sus hijos Rigoberto, Fidel y Juana. Hipólito estaba ausente.

Chacón los despertó a las tres de la mañana. El Nictálope encendió los restos de una vela. La luz trastabilló. Chacón se untó los dedos con saliva y tranquilizó la llama, luego dijo:

— ¡He matado a un hombre!

— ¡Virgen Santísima! — se arrodilló Ignacia. Fidel miró el rostro revejido, débil de su padre: Era la última vez que lo veía. Rigoberto parpadeó en silencio. Juana sollozó.



–Hijos, he matado a un hombre abusivo. No bien amanezca, la policía vendrá a buscarme. Esta misma noche tengo que irme.

–¿Cuándo volverás, papá? –preguntó Rigoberto.

–No estoy seguro de volver. Si me agarran vivo la condena será larga, pero no será fácil capturarme.

–Papá –gimoteó Juana –, tú nunca hablaste así.

El Nictálope se sentó en un saco de cebada.

Estas violencias nacieron de los pastales, hijos. Si Montenegro nos hubiera dejado un pedacito de pasto, todo sería igual, pero ahora es demasiado tarde. Estoy grave. Puedo morir en cualquier momento. Si caigo en manos de la policía me matarán.

–Acaba con los hacendados, papá –dijo Rigoberto comiéndose las lágrimas –. Aunque mueras, termínalos. Quiébrales la cintura.

–No hables así a tu padre –lo regañó Ignacia.

La vela amarilleó los ojos del Nictálope. Ése sería el rostro que recordaría Rigoberto. Pasados los años, cuando se extraviara en los laberintos de los trabajos oscuros, no recordaría las sonrisas de los buenos días, sino aquella cara laqueada de rencor.

–Pase lo que pase, Montenegro terminará. Estoy decidido a formar una banda para libertarnos de la opresión. Yo tengo amigos dispuestos a comer su sangre.

–Está bien, papá –dijo Rigoberto –. Acaba con los mandones.

–Yo no caeré solo. Yo también mataré. Si vivo, volveré; si muero, moriré.

—¿Qué pasa, qué sucede, papá? —se quejaron de nuevo las mujeres.

—Yo no siento pena sino rabia; no sufro, estoy sereno.

Se levantó.

Ése sería el rostro que recordaría Juana. Pasados los años, cuando el remordimiento le royera el corazón, la neblina que flotaba en esos ojos la visitaría.

Se sentó, de nuevo, sobre el saco.

Hijos, a mí me tocan tres maizales: Ruruc, Chacrapapal y Yancaragra. Esas tierras son mías. Esos campos se dividirán iguales entre hermanos. Esta casa la construyó mi abuelito. Él me la dejó a mí. Se dividirá por igual entre los varones.

—¿Y para las mujeres? —preguntó Ignacia.

—Para las mujeres será el solar de Lechuzapampa. Para ti, Juana, nada. Tú vivirás con tu marido. Obedécele en todo. No dejes sola a tu madre.

—¿Por qué no me dejas que te acompañe, papá? Yo ya soy hombre, yo sé tirar —dijo Fidel.

—No lloren. Yo tengo que vengar a la gente pobre. Aunque tenga mil guardaespaldas, yo mataré a Montenegro. No siempre estará protegido por sus adulones. Ya viene el mes de mayo. Forzosamente saldrá para vigilar sus cosechas y caerá.

—Yo te puedo acompañar a donde vayas, papá. Puedo llevarte los costalillos con balas. Así podrás dormir —insistió Fidel.

–Quiébrale la cintura a todos los hacendados, papá –repitió Rigoberto, con rencor.

–Rigoberto, tú tienes que sostener a los menores. Aquí te perseguirán. Mejor anda a trabajar a la mina Atacocha. No te compliques. Este mes voy a barrer con todo.

–Está bien, papá, hazlo. La gente dice que morirás. Está bien, muere, pero no mueras sin hechos. Tienes armas, no te dejes eliminar.

–Ellos no pueden matar a un venado de lejos, menos me matarán a mí. Ya han oído: les reparto todo lo que tengo. Sólo me quedan dos cosas: un calendario que me regalaron en Yanahuanca y un paquete de serpentina con que pensaba jugar en los carnavales. El calendario es para ti, Rigoberto; la serpentina para ti, Fidel. Ahora encaronen mi caballo. ¡Me voy!

## 26. Sobre los hombres-topos y los niños que estuvieron a punto de llamarse Harry

Un viernes tempestuoso, el alcalde Ledesma contribuyó al mal tiempo con los rayos y centellas de un discurso contra el doctor Parrales. «Radio Corporación» transmitía su semanal programa de estudiantes. El Alcalde, maestro de historia de la Unidad Escolar Daniel A. Camón, se benefició de la emoción causada por la voz de Jorge Negrete para arremeter contra el Juez. Cuando le apagaron el micro las voladoras ondas descubiertas por Hertz dispersaban, a cuatro vientos, la noticia de que el Juez Parrales pretendía incrementar su filatélica colección de billetes circulantes. La ciudad se cocinó en rumores. Cientos de cerreños conocían el desfile de las ovejas. Se acercaba el centenario de Daniel A. Carrión, mártir de la medicina. El Prefecto no se resignaba al ridículo ante las autoridades limeñas. Pero no se apagaban las candelas de la denuncia cuando la misma radio difundió que el doctor Parrales enjuiciaría al Alcalde por difamación y calumnia. La ciudad se soliviantó. ¿Adónde conduciría el juicio? Nunca se supo por qué una epidemia azotó Cerro de Pasco. Un desconocido virus infectó los ojos de los habitantes. Aparentemente, las víctimas gozaban de la integridad de su visión, pero un novedoso daltonismo les escamoteaba algunos objetos. Un enfermo capaz de señalar, por ejemplo, las manchas de una oveja a un kilómetro, era incapaz de distinguir un cerco situado a cien metros. Hasta los enfermeros de la Unidad Sanitaria comprendieron que los visitaba un suceso sin precedentes en la medicina. Por desgracia. Cerro de Pasco carece de oftalmólogo. Ningún arreglaojos aceptaba la vacante perpetuamente disponible en el Hospital Obrero. La bárbara altura, el frío, la cabrona soledad los ahuyentaban. De ello sacaba

ventaja el Gobierno para proclamar la existencia de «empleo pleno» en el departamento. Pero controversias políticas aparte se percibió la invalorable pérdida que a la oftalmología causaba el desconcertante virus. Quizá la Posta Médica hubiera llenado, en alguna forma, el vacío; pero, por desgracia, la epidemia coincidió con un monumental campeonato de canasta. Durante una quincena la Posta Médica prácticamente no abrió sus puertas. Se murmuraba que el virus provenía de la selva. Muy posible. Cerro de Pasco es un paso obligado para los camiones que transportan fruta de Tingo María a Lima. ¿Era la fruta? La gente pobre, los hijos de los mineros, desconoce el sabor de las papayas y manzanas. Los Notables se deleitan con la frescura de los melocotones y la dulzura de los plátanos de Tingo María. Quizá por ello, los afectó el virus. El Prefecto Figuerola, el Juez Parrales, el Comandante Canchucaja, el Agente Fiscal Moreyra y los mismos Jefes de Puesto de la Guardia Civil dejaron de mirar ciertas cosas. Felizmente, la enfermedad era leve y las actividades no se interrumpieron. Las autoridades, especialmente el Prefecto Figuerola, señalaron un ejemplo de civismo. Cumplían con sus obligaciones. Por la epidemia fracasaron las gestiones del Alcalde: nadie veía al Cerco. Don Teodoro Santiago decía que los enfermos tampoco veían los colores; pero una mañana el Prefecto Figuerola mandó detener su automóvil en la puerta del Hotel Francia para comprar una hermosa manta ayacuchana. Se descubrió que distinguía los colores. Al Cerco, en cambio, no lo descubría. En las dos salidas de Cerro, tanto en la carretera de Huánuco como en el camino a La Oroya, las cuadrillas erigieron dos portones de madera, de seis metros de alto y del ancho de la carretera. La ciudad se alarmó. Pero las autoridades tampoco veían los portones. Sólo el Alcalde se libró de la enfermedad; quizá porque era trujillano, quizá porque solía tomar grandes cantidades de té, la epidemia lo respetó. Valido de su inmunidad convocó un cabildo extraordinario sólo para comprobar que la mitad de los concejales —los propietarios de una fórmula sanguínea aprista— eran, igualmente, víctimas de la epidemia. La otra mitad

vacilaba. Oficiosos amigos informaron a los señores concejales, sobre todo a los comerciantes, que estaban a una pestaña de ganarse un lugar en la lista negra de «La Compañía»; los atacó otra enfermedad: paludismo de dientes. La sesión fue violenta. Ciertos concejales reprocharon al Alcalde una denuncia prematura. Todavía quedaban otros caminos. Tras seis horas de debate la Municipalidad acordó una moción tranquilizadora: interponer los buenos oficios de la Municipalidad entre las comunidades y la «Cerro de Pasco Corporation». El Alcalde solicitó una entrevista. El Superintendente de «La Cerro», Mister Harry Troeller, se la fijó para dentro de quince días. El Alcalde insistió y le señalaron la cita para cuatro días después. La noticia se divulgó. El viernes señalado, una multitud de comuneros acompañó al Alcalde y a los concejales. Los munícipes entraron en la imponente «Casa de Piedra» a las seis y salieron a las seis y catorce: en «La Cerro» tampoco conocían al Cerco. Para informárselo al Alcalde, el asesor legal de «La Cerro», el doctor Iscariote Carranza —un mestizo gordo en cuyo rostro se domiciliaban dos ojillos de ratón y una nariz de nabo— tardó cinco minutos. Los otros nueve minutos y cuarenta y cuatro segundos de la entrevista los gastó el propio Superintendente, Mr. Harry Troeller, pues ya que tenía el gusto de entrevistarse con el burgomaestre de la orgullosa Cerro de Pasco aprovechaba para tocar un problema muchísimo más grave que el del presunto cerco: como el señor Alcalde sabía, la «Cerro de Pasco Corporation» era propietaria de las plantas eléctricas de Llaupi y Malpaso (que verdaderamente lo fue para los imprudentes obreros fusilados allí el año treinta y uno). En esas plantas nacía la fuerza eléctrica de que disfrutaba la altiva Cerro de Pasco, ¿a qué precio? A diez centavos kilovatio. ¿Era un precio real? No, no lo era. ¿Entonces? Era un subsidio, una deferencia a la señorial Cerro de Pasco. Por gentileza, «La Compañía» absorbía, hacía decenios, el déficit; pero el señor Alcalde tampoco ignoraba que el precio de los minerales descendía en el mercado internacional. Lástima que el señor Alcalde no hablara inglés. Resultado: «La Cerro» ya no podía resistir el

esfuerzo y pasaba por la pena de comunicarle que, a partir de ese momento, «La Cerro» se veía obligada a vender la luz a treinta centavos kilovatio. El señor Alcalde contestó que, efectivamente, la «Cerro de Pasco Corporation» les vendía luz eléctrica a diez centavos kilovatio. La Municipalidad la revendía a treinta centavos; la pequeña diferencia era una antigua renta municipal gracias a la cual se había logrado, entre otras cosas, y sólo para citar un ejemplo, dotar de uniformes al seleccionado de fútbol del departamento: pantalones negros, camisetas amarillas, «Cerro» escrito en letras azules y chimpunes nuevos. Hacía sólo un domingo que los bravos camisetas amarillas golearon (5 a 1) al ensoberbecido seleccionado chalaco. Y no era nada: difícilmente otro equipo detendría al seleccionado de Cerro de Pasco. El campeonato de fútbol estaba a las puertas. Pronto las chompas amarillas... Mr. Troeller se excusó: ni siquiera conocía que se practicara fútbol a semejante altura. El Alcalde se rió y dijo que... Mr. Troeller lamentó insistir: se triplicaban las tarifas o cortaban la luz. El Alcalde se escandalizó. ¿El Cerro tenía algo que ver con la brusca subida de las tarifas? El doctor Iscariote Carranza se rió, campechano. Por favor, estamos en una democracia, ¿no? Quien no se rió fue Mr. Troeller. Sentía mucho insistir: existía además una cuentecita pendiente. Si no se equivocaba, el Honorable Ayuntamiento de Cerro de Pasco adeudaba a la «Cerro de Pasco Corporation» una facturita de cuarenta y cuatro mil ochocientos veinte soles con cuarenta centavos, por cuentas atrasadas de luz. Lamentaba decir que si el Honorable Ayuntamiento no pagaba dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, «La Cerro» suspendería el servicio. Ya un poco irritado, el Alcalde dijo que parecía que «La Compañía» trataba al Municipio como a chico malcriado. El criollo doctor Carranza se rió de nuevo. «Mucho me sorprende —dijo Ledesma—, Mr. Troeller, que una compañía tan poderosa como la “Cerro de Pasco Corporation” que, dicho sea de paso, admite en su último balance una utilidad neta de quinientos millones de soles, se tambalee por cuarenta mil y pico de míseros rucanos. El dinero no trae

la felicidad. Por el contrario, corrompe el alma. El mismo Gaugin...». Mr. Troeller retrucó con una sonrisita: se veía que el señor Alcalde, maestro al fin, era un humanista. El doctor Iscariote Carranza recordó que, si no estaba mal informado, el Alcalde escribía versos. El poeta asintió modesto. «Pero nosotros –siguió Iscariote– somos hombres sencillos y corrientes, gente de trabajo, señor Alcalde. Para los economistas el mundo es diferente: 500.000.000 de soles constan de 50.000.000.000 de centavos». No, no se podía, lo sentía de veras; pagaban la factura o cortaban la luz.

– ¡Ese gringo Troeller es un hijo de la gran puta! – dijo el Alcalde, furioso, al salir.

Tan obvia definición no impidió que el domingo Cerro de Pasco se despertara en tinieblas. Cerro es una ciudad oscura; la brevedad del día, la continua nevada, la neblina obligan a mantener el alumbrado día y noche; aun así la gente se extravía en las callejuelas. Privada del mortecino consuelo de los focos eléctricos, Cerro se volvió un túnel. No era la primera vez. Mucho antes de la llegada del inolvidable barbirrojo, Cerro de Pasco vivió en la oscuridad. No se conocía la luz eléctrica. El desafortado trabajo en las minas diezmaba a la indiada. No hablemos del osario que fue la minería colonial. Aun entrada la república, los debilitados filones languidecían por falta de brazos. Pese a todas las vigilancias, los indios huían. No quedó más remedio que encerrarlos, de por vida, en las minas. Enganchadores de picos de oro recorrían las provincias deslumbrando con promesas de salarios colosales. Los pagaban por adelantado. Seducidos por los buenos aguardientes, claveteados por cortes de tela, camisas y hasta zapatos, los peones se enganchaban. En Cerro de Pasco se sumergían en los túneles: no volvían a emerger jamás. Centinelas armados los retenían en las húmedas bocaminas. Vivían y morían en las galerías. De tiempo en tiempo, los capataces sacaban a un hombre-topo a la luz: él mismo suplicaba que lo devolvieran a las tinieblas. ¡Tan extremosamente los



llagaba la luz! Todo lo que lograron los hombres-topos fue que los autorizaban a bajar a sus parientes. Familias completas, perros incluidos, descendieron a vivir en los socavones. Millares de hombres-topos trabajaban, comían, fornicaban en un pueblo subterráneo tan vasto como el propio Cerro de Pasco. Una raza de ojos especiales, la de los niños-topos, crecía en las galerías, sin creer en las fábulas de un sol diferente que las antorchas de las galerías. Nunca se sabrá cuántos vivieron allí. No están enterrados en el cementerio de Cerro de Pasco, sino en un camposanto subterráneo. El año sesenta no llegaron a tanto las cosas. La oscuridad en que Mr. Troeller sumergió a la ciudad trastocó simplemente los horarios. La minúscula empresa de comprar pan se tornó quimérica. Cortarse el pelo se volvió una aventura. Nadie acertaba con las calles. La gente tropezaba en las tinieblas. De la ruda conducta de Mr. Troeller se beneficiaron los rencorosos, que aprovecharon para apalear a sus enemigos. Por el puro gusto de asistir a la caída de la gente respetable los mataperros tendían sogas de esquina a esquina. Todo se trastocó y advino la suspirada edad de oro de los amigos de lo ajeno. Caco reinó en las penumbras. Los mendigos engordaron y aun los míseros sólo aceptaban alimentarse de gallinas. El pueblo furioso se dividió entre los que decían que-para-qué-carajo-nos-metemos-con-los-gringos y los que sostenían qué-bueno-que-por-fin-comience-la-pelea. En el segundo bando se alineaban los flechados por Cupido. La oscuridad crepitaba de besos. Las muchachas salían a comprar pan: volvían con un hijo. Los amantes bendecían a la «Cerro de Pasco Corporation». Se acostumbraron las adúlteras a alojar un saco de papas en su dormitorio para calmar las cóleras de los cornudos. Gracias al tempestuoso carácter de Mr. Troeller, padres severos, maridos abusivos, y madres inaguantables encontraron castigo. Maridos cornudos y desengañados padres rebuscaban calles y plazas inútilmente: el viento de Cerro no tolera antorchas. En su iluminado despacho Mr. Troeller ignoró siempre el agradecimiento de tantos corazones. Nueve meses después, la disputa con «La Cerro» se

trajo en el aumento de la curva demográfica. Agradecidas parejas soñaron bautizar a los nuevos ciudadanos con el nombre de Harry. Pero la «Cerro de Pasco Corporation» no supo beneficiarse. Un reparto de ropas y aun de simples tarjetas de felicitación hubiera bastado. Pero a la «Casa de Piedra» no se le ocurrió tan elemental recurso de relaciones públicas. Así, «La Cerro» perdió una oportunidad.

## **27. Donde el entretenido lector conocerá, siempre por cuenta de la casa, al despreocupado Pis-pis**

Las malas lenguas, único archivo de la provincia, discrepan. Doña Josefina de la Torre, decana de las viperinas desembozadamente proclama la falsedad del presente capítulo. Eduvigis Dolor, la barragana del sanitario, jura que lo oyó de labios del matasanos. ¿Quién lo vio? Ciertos historiadores afirman que tan pronto como el doctor Montenegro se enteró del desdichado fin del Cortaorejas, derramó un lagrimón. Por piedad, según unos; de pura alegría, según otros. Los cronistas que motejan de lágrimas de cocodrilo los hipos del doctor, sostienen que lucía una sonrisa idéntica a la que exhibe Lucifer en el célebre Juicio Final de la iglesia de Yanahuanca. ¡Por fin tenía a las autoridades de Yanacocha en sus manos! Escoltado por notarios y guardias civiles, el doctor reconoció el cadáver del infausto Cortaorejas. Contradiendo a los historiadores que propalan que los jueces del Perú son incapaces de llorar, el traje negro se enjugó otro lagrimón y mandó trasladar al Cortaorejas a Yanahuanca. Así, Amador ingresó en la provincia como ciertos políticos: en hombros. Y aquí se enzarzan los escolásticos. La conmiseración se impuso. En lugar de enviar el cadáver a la posta sanitaria, el traje negro mandó conducirlo a su propia casa. Se cumplió así con el Cortaorejas el destino de los grandes artistas: muerto se le abrieron puertas negadas en vida. El traje negro mandó ahuyentar a los curiosos. Con el difunto sólo quedó Procopio, su hermano, más nervioso de sentarse en los muebles de plástico verde que condolido del enfriamiento del Cortaorejas. Allí, mientras el Cortaorejas se abuhaba, el doctor Montenegro explicó a Procopio que las autoridades de la comunidad de Yanacocha habían privado al arte del cuchillo de uno de

sus más insignes cultores. Desgraciadamente no existían pruebas, pero para desfacer los entuertos vivía la justicia. «Si arañamos un poco la cara de Amador –sollozó el doctor–, los culpables no se reirán de tu familia». «Sería pecado, doctorcito», dijo el sofoquinado Procopio. El Juez objetó la definición teológica: «Pecado sería que los criminales se burlaran de la justicia. Tú serías el culpable», dijo el doctor y fijó sus desgraciadamente pequeños ojos para tan grande escena en los de ratón de Procopio, que de la filípica sólo retenía la idea de su presunta culpabilidad. «Como usted diga, doctorcito», murmuró Procopio. Se llamó al Chuto. Ildefonso penetró en la sala visiblemente condolido. Inflamado de justiciero frenesí condujo al difunto a los patios interiores. Quizás allí no sólo lo arañaron porque cuando el Cortaorejas volvió exhibía multicolores burujones provocados por un diluvio de garrotazos y pedradas. Admirando el despliegue impresionista casi se desmaya Procopio, pero lo reconfortaron con trescientos soles caritativamente otorgados para los «gastos de velorio». Y es que el jugo del dinero fortalece más que el de frutas y aun que el de hígados.

Ese mediodía el sanitario dictaminó que el Cortaorejas había perdido la vida en una evidente pedrea pública. Atento a los intereses de la famosa ciega, el Juzgado de Primera Instancia de Yanahuanca dispuso una instantánea orden de captura para los presuntos culpables: los dirigentes de la comunidad de Yanacocha. Simpáticamente invitados por el sargento Cabrera ingresaron al calabozo Agapito Robles, Blas Valle, Alejandro Gui, Sinforiano Liberato, Felicio de la Vega, Jorge Castro, José Reques y los tres Minaya: Carmen, Amador y Anacleto.

Una semana después recibieron una invitación escrita en la cárcel de Huánuco: allí se hospedaron un año.

Sólo Héctor Chacón, el Negado, no escuchó el tronar de la justicia: cruzaba los límites de la provincia favorecido por la granizada. La nieve

que borraba los caminos no lo detuvo: siete días después descendía a Huamalíes, domicilio del hombre más valiente que había conocido durante sus cinco años de carcelería: Pis-pis, el de la sonrisa de oro. No fue el mal aliento de una podrida dentadura ni un puñetazo de mula quienes privaron a Pis-pis de sus dientes: fueron las mujeres. Para deslumbrarlas se mandó extraer sus magníficos marfiles: los reemplazó por una fulgurante sonrisa de oro. Podía pagársela: cultivaba amapolas y aliviaba a las haciendas de sus excesos de ganado. Pero no alcanzó a disfrutar mucho tiempo. En una de sus excursiones cometió el error de reírse: un peón reconoció su áurea alegría. Ya en la cárcel quiso cambiar su carcajada de oro por una discreta dentadura de plata. Sus compañeros lo disuadieron de cometer el atentado. Pero no sólo por el derroche de su boca la apreciaban los guardias republicanos: temían su poder con los venenos. El día en que su madre, desesperada de mantener siete bocas, lo abandonó en la plaza de Huánuco, Pis-pis tuvo la suerte de caer en manos de don Ángel de los Ángeles. El señor de los venenos se lo llevó a la selva. Allí conoció el poder de las hierbas. Pis-pis fue el misterioso ayudante que se le vio a don Ángel de los Ángeles durante el célebre duelo. No lo provocó don Ángel, sino la insensatez de un gobierno encaprichado en ubicar a un diplomado sin puesto. Consta que cuando el pueblo supo que el Gobierno le enviaba un médico, el gobernador cabalgó tres días para colocar el siguiente telegrama: «Presidente de la República, Palacio Gobierno Lima Perú Sud América stop Hónrome informarle pueblo no necesita médico stop Salud perfecta gracias invalorable servicios don Ángel de los Ángeles stop Tercera parte población pasa cien años stop Beso las manos Su Excelencia stop Gobernador Padilla».

Pero tan salutífero texto no impidió la llegada de un personaje gordo y sudoroso: el nuevo médico. El pueblo, acostumbrado a las visitas de ladinos que pronto se fatigaban con el clima y se alejaban maldiciendo la malsana atmósfera de las charcas, lo toleró. Cualquiera

cristiano hubiera comprendido que lo único que le quedaba era subir y bajar las escalinatas del póquer, pero el gordo no lo aguantó y comenzó a lastimar a don Ángel. El herbolario, envejecido en el agradecimiento, lo padeció, pero un domingo que cruzaba la plaza, el medicastro lo abaldonó:

—Oiga usted, brujito —le gritó ante el pueblo que babeaba de incredulidad—, si es usted hombre, lo espero el domingo en esta plaza. Ya veremos si es capaz de curarse a usted mismo.

Don Ángel suspiró y se presentó el domingo siguiente, en un caballo negro, a una plaza repleta por viajeros venidos de diez leguas.

Pactaron tres tomas. Don Ángel pidió beberse los tres venenos del médico de un solo trago. Bebió los tósigos y luego masticó tres hierbas. Sudó morado, amarillo y azul. Pis-pis, que entonces tenía trece años, le secó el sudor con un pañuelo salpicado de cruces trazadas en luna menguante. El medicucho se bebió el preparado de don Ángel con una sonrisita; cinco minutos después se desangró. Vanamente se inyectó, se taponó y trató de contener la velocidad con que huía la sangre. Por la nariz, por la boca, por los oídos y por el culo, se desfondó. El discípulo de semejante maestro impuso miedo a los mismos guardias republicanos, deseosos, además, de ganarse bebedizos capaces de atraerles la simpatía de las ingratas o triplicar el poder de sus cornadas.

Héctor Chacón huyó de Yanahuanca con el pensamiento fijo en Pis-pis. Comprendía que él solo, Chacón, jamás afrontaría victoriosamente el pavonado desprecio de los guardias civiles. Camino a Huánuco, ensoñó formar una banda de armados capaz de expulsar, a balazo limpio, a los hacendados. Desgraciados no sólo eran los hombres: por el Abigeo le constaba el verdoso sufrimiento de los animales. Y soñó reunir a los desesperados y volver para matar a Montenegro. Pis-pis lo ayudaría. El de la costosísima sonrisa se la tenía jurada a los

abusivos. Él mismo lo había oído en la cárcel desenmadejar el ovillo de los abusos. Pis-pis no era un varón cualquiera; y soñó en las manos de Pis-pis espolvoreando el agua de los guardias civiles, tostando con el veneno a los retenes y obligando a orinar sangre a los mandones.

Divisó Huamalíes. Se detuvo y amarró su caballo y se lavó la cara en un puquio. Atravesó el pueblo y reconoció la casa de Pis-pis, en la orilla del camino. Desde lejos se tostaban las risas. Una mujer de buenas carnes, una real hembra, salió a la puerta.

— ¿Ésta es la casa de Pis-pis?

La mujer lo barrió con ojos desconfiados.

— Pis-pis y yo vivimos cinco años juntos en la cárcel, doña.

Unos ojos maliciosos entreabrieron la puerta, luego unos toscos zapatos la violaron completamente: un gordo de rostro colorado extendió los brazos y una sonrisa. Se reía y se golpeaba los muslos.

— ¡Chaconcito, Chaconcito, cuántas ganas de encontrarte! ¡Cuánto tiempo, Chaconcito! ¡Cuántas veces pensé en usted, hermanón! Pero usted no es de visitar a la gente pobre. ¡Hermanones, salgan y conozcan a mi compadre Chacón!

Se abrazaron. Salieron otros dos. El primero, el hombre más flaco que Chacón había visto en su vida, vestía pantalones rotos y una chaqueta de cuero de puras hilachas. El otro, enorme y musculoso, nacaró una sonrisa amistosa.

— Este es mi compadre, Héctor Chacón. — Pis-pis lo palmeaba en el hombro.

— ¡Cuánto hemos oído nombrarlo, don Chacón! — dijo el Flaco.

Pis-pis le palmeó el trasero a su mujer.

—Oye, mujercita, mata ahora mismo una gallina y prepárale un buen guiso a mi compadre.

La habitación era una confusión de sillas, sacos de papas, monturas y reatas. Seis botellas de cerveza vacías y seis llenas demostraban una alegría anterior al encuentro.

Pis-pis destapó otra botella.

—¿A qué se debe este gusto, compadre?

—He venido a visitarlo según la promesa que nos dimos.

—¿Se puede? —preguntó desde la puerta un hombre sólido y musculoso, vecino del pueblo de Choras.

—Éste es Chacón —dijo Pis-pis. En los ojos del recién llegado se esfumó la desconfianza.

—Yo soy Héctor Chacón, de la provincia Daniel A. Carrión.

—¡Muchos informes tengo de usted, señor Chacón! —dijo el Chorano.

—¡Salud! —dijo Pis-pis—. A mí me gusta tomar con hombres, no con cojudos. ¿Qué le pasa, compadre? En su cara descubro algo. Hable no más. Estos hombres son totalmente mis confianzas.

—Me pasa una desgracia, hermanos. He matado a un hombre.

—Yo he oído hablar mucho de ese juez Montenegro —escupió Pis-pis cuando Chacón terminó su relato.

Otras doce cervezas esperaban las gargantas de los coléricos.



– Hace veinte años que, valido de su poder, ese juez reduce a todos los humanos. El que lo desafía, entra en la cárcel. Dos cárceles tiene ese hombre: una en su hacienda y otra en la provincia.

– Yo también he oído que la cárcel de Huarautambo no tiene ventanas – dijo el Flaco.

– Así es, tiene un hueco del tamaño de un puño, lo suficiente para que se le meta al preso una papa al día.

– ¿Y qué piensa usted, compadre? – dijo Pis-pis destapando otra botella.

– Pienso recuperar mi tierra a balazos. Con los hacendados no hay trato. Yo pienso iniciar una lucha de sangre.

– ¿Y qué piensa su Personero?

– Está preso.

– ¿Y el Presidente de la Comunidad?

– Está preso.

El Flaco se levantó.

– No se puede tolerar tantos abusos.

– Héctor tiene razón – dijo Pis-pis –. Mentira decimos que somos libres. Somos esclavos. La única forma de salir adelante es matando.

– Eso se puede hacer en la provincia Daniel A. Cardón, señores – dijo Chacón –. La muerte de los ricos la debemos comenzar en Yanahuanca. Estoy listo a depositar mi vida. ¿Puedes ayudarme, compadre?

Miró a Pis-pis tímidamente.

Pis-pis caramboleó sus ojos juguetones.

– Yo te respaldo, compadre. ¿Qué necesitas?

– Carabinas y consejos, compadre.

– Estas injusticias las debemos afrontar con sangre – dijo el Flaco, entusiasmado –. Esto debe ser como una revolución.

– Vendrán armados – dijo Pis-pis.

– Responderíamos con armados – siguió el Flaco –. Yo soy licenciado. Hay muchas formas de contrarrestar una tropa.

– Comencemos por Montenegro – dijo Chacón.

– Yo estoy listo, compadre.

Las manos menudas de Pis-pis acariciaron y luego desvirgaron otra cerveza.

## 28. Que probará que alguna diferencia existe entre picaflores y ovejas

En casi todos los pueblos de Cerro de Pasco –y en casi toda la República Peruana– los mejores terrenos del pueblo son solares insultados por las malolientes lluvias de las necesidades públicas. Esos terrenos son monumentos a la esperanza. La Municipalidad los reserva para prometedos, imaginarios edificios públicos. Cada vez que el Prefecto o el Diputado prometen una escuela o una posta sanitaria, el optimismo de la Municipalidad reserva un terreno. El Ayuntamiento y el pueblo asisten a la solemne colocación de la «primera piedra» de los edificios públicos. Nunca se coloca la segunda. El más modesto villorrio cuenta con docenas de «primeras piedras»: mercados, escuelas, postas médicas, oficinas agropecuarias, avenidas imaginarias ofrecen su única piedra al candor. El Perú íntegro es una primera piedra. Cerro de Pasco, capital del departamento, posee, por supuesto, muchísimas más «primeras piedras» que cualquier provincia. Pero, como dice el refrán, «nadie sabe para quién trabaja». La Municipalidad de Cerro dispone de muchos solares invadidos de hierbajos. Tal incuria permitió a los comuneros solicitar al Municipio permiso para conducir sus desmedrados rebaños a los quiméricos edificios públicos. El Municipio, apiadado del collar de baba que agonizaba en la carretera de Huánuco, concedió el préstamo de sus solares. Ese pasto sostuvo a los rebaños de Rancas dos semanas. Agotados los hierbajos, los comuneros solicitaron permiso para pastar en el Estadio Municipal. El campo de fútbol donde los ágiles chompas amarillas de Cerro acababan de golear (4 a 1) al ensoberbecido seleccionado huancaíno, duró nueve días más. Falleció octubre.

El primero de noviembre, día de los muertos, es una fiesta grande en Cerro de Pasco. Desde todos los rincones del Perú, desde las polvorientas ciudades de la costa, desde los caniculares pueblos de la selva, desde la campiña de Huancayo, los pasqueños suben a visitar a sus deudos. Es la única semana durante la cual es difícil conseguir alojamiento. En Cerro de Pasco no crecen flores; precisamente por eso, los deudos se empeñan en ofrendar a sus difuntos el insólito lujo de las coronas. Cartuchos, rosas, geranios, azucenas y varitas de San José llegan por camionadas desde las tierras calientes. El primero de noviembre una multitud invade el cementerio. Durante una mañana, el camposanto recupera su antigua grandeza, la del tiempo en que Cerro se jactaba de doce viceconsulados. La multitud reza y solloza ante las tumbas; al mediodía sale a consolarse en las picanterías desparramadas en un kilómetro. Se come, se bebe y se baila a la salud de los inolvidables hasta el anochecer. Encantado por la varita mágica del recuerdo el cementerio se transforma, por un día, en una ciudad. Los trescientos sesenta y cuatro días restantes lo visita su único huésped: el viento.

Ese primero de noviembre de 1959, los difuntos tuvieron más flores que nunca.

Los comuneros de Rancas, de Villa de Pasco, de Yarusyacán, de Yanacancha, de Huayllay visitaron también el camposanto. No traían flores, venían a llorar ansiosos de conversar con sus muertos. Sin dinero para adquirir las humeantes maravillas de las carpas: caldos de cabeza de carnero, arroz con pato, chanco asado, cabrito a la norteña, se contentaron con almorzar maíz tostado, sentados entre las tumbas.

Entonces don Alfonso Rivera miró un chingolo. El pájaro negro revoloteó confiado y se detuvo sobre una tumba, sacudió la cabecita y se acercó, saltando, a picotear una varita de San José.

— ¡Miren el chingolito! —susurró el Personero—. ¡Animalito de Dios!

Siguieron masticando con los ojos en el Jirishanca, inalcanzable, indiferente aguja de nieve extraviada en la testuz del cielo.

— ¡Mírenlo, mírenlo!

— ¿Qué le pasa, don Alfonso? —preguntó Medrano.

Se le encendieron los ojos.

— ¡Cómo se comen las florecitas! —y abarcó con los brazos el cementerio—. ¡Cuántas flores hay! ¡Flores buenas, flores ricas para chupar y comer!

— Está lindísimo el cementerio, don Alfonso —aceptó Medrano.

— Flores abundantes, flores ricas para alimentarse y masticar —siguió don Alfonso.

— ¿Qué piensas, Personero?

— Flores capaces de alimentar a los carneritos.

— ¡Don Alfonso!

— Robémoslas —dijo el Personero, excitado.

— Shh..., shh...

— ¿Para qué robar? —dijo Medrano—. Quizá nos las regalen. ¿Por qué no? El Alcalde puede regalar las flores. Aquí se pudrirán.

— No querrán —dijo Gora.

– Sería falta de respeto.

– Nada se pierde con probar – dijo el Personero.

– ¡Qué las van a regalar! Prefieren que se pudran – dijo Gora.

– Si nos dieran las flores los carneritos aguantarían una semana más – dijo Fortunato.

– Dirán que es sacrilegio – insistió Gora.

– Hay que ganar tiempo.

– ¿Para qué?

– No sé – dijo el viejo –, no sé. ¿No te sentirías contento de traer aquí a tus pachitos?

La campana del sepulturero los obligó a salir, pero no se alejaron. Se quedaron en la puerta discutiendo. Ya oscuro, descendieron a Cerro de Pasco. No dejaron de hablar durante el camino a Rancas. Al día siguiente, temprano, visitaron el Concejo Municipal de Cerro.

– ¿Las flores del cementerio?

El Alcalde se quedó perplejo un segundo, luego estalló en una carcajada.

– ¿Se podría, doctor?

– ¿Por qué no? – dijo el Alcalde –. Pero esto no puedo decidirlo solo. Habría que consultar al Concejo.

¿Las flores del cementerio? El honorable Concejo Provincial puso el grito en el cielo. El concejal Malpartida se escandalizó. ¿Qué diría el vecindario? ¿El muy respetable problema de los comuneros se

convertiría también en un problema de la ciudad? Cerro de Pasco padecía. La subida de las tarifas de electricidad sólo era un aviso. ¡Cuidado! Las flores de los difuntos eran sagradas. Si no se respetaba ni las tumbas, ¿adónde se iría a parar?

El Alcalde insistió. Tal como estaban las cosas pronto los comuneros serían huéspedes y propietarios del cementerio.

—No se sabe si están muertos o vivos. Como futuros ocupantes del cementerio quizá las flores les pertenecían. Es cuestión de tiempo.

Y atacó por el lado de la ley. La Constitución de la República del Perú es explícita: nadie está obligado a hacer lo que la ley no manda ni *impedido*, ¿me oyen, señores?, ni *impedido* de hacer lo que ella no prohíbe. ¿Prohibía la ley regalar las flores del cementerio? La sabia jurisprudencia peruana no codifica ninguna prohibición que estipule: «En caso que una compañía extranjera cerque todas las tierras libres, se prohíbe a los comuneros de Pasco meter sus ganados en el cementerio».

—¿Meterlos? —se exaltó el señor Malpartida—. ¿No sería mejor sacar las flores?

—Y ¿cómo se sacarían las flores?

—¿No sería mejor introducir el ganado?

—Sería una profanación.

—Hay profanación cuando hay intención. ¿Qué intención sacrílega pueden alojar las ovejas? ¿No hay ahora mismo animales en el cementerio?

—¿Qué cosa?

El Alcalde Ledesma sonreía:

– Los pajaritos picotean las flores.

¿Pueden las ovejas cometer un sacrilegio? ¿Cuál es la diferencia entre un borrego y un chingolo? ¿Sacar las flores es profanación? ¿Cómo se deben sacar las flores? ¿Arrojándolas por la barda? El delicado problema teológico se debatió seis horas. ¿Por qué no? Al comenzar la Conquista, los filósofos españoles debatieron no seis horas sino sesenta años si los indios pertenecían o no al género humano. ¿No se llegó hasta la silla gestatoria para que, blandiendo las llaves del reino, un papa afirmase, ex cátedra, que esos seres descubiertos en las Indias con cuerpo, rostros y ademanes pasmosamente parecidos a los hombres eran, efectivamente, prójimos?

El debate de la Municipalidad de Cerro de Pasco duró menos. A las cuatro de la mañana se aprobó la siguiente moción: «El Concejo Provincial de Cerro de Pasco autoriza a las comunidades de Cerro de Pasco a introducir sus animales de pastoreo al cementerio de la ciudad para que dicho ganado, que se encuentra en estado de hambre, se alimente con las flores depositadas por los deudos el día primero de noviembre del presente año».

Conste, en honor del señor Malpartida, que la moción se aprobó por unanimidad.



## 29. De la universal insurrección de equinos que tramaron el abigeo y el ladrón de caballos

El doctor Montenegro vivía vigilado por los fusiles de la Benemérita Guardia Civil, y la desconfianza de cuatrocientos compadres. ¿Podían vencerlos cinco hombres? Así hablan las lenguas largas. Hablan por hablar. Efectivamente, eran cinco varones contra setecientos armados, pero eran cinco machos especiales.

Para principiar, Héctor Chacón, el Nictálope, veía igual de día o de noche; sus ojos distinguían lo mismo la oscuridad que la claridad. ¿A qué trampas podía arrastrar a la Guardia Civil? El Ladrón de Caballos y el Abigeo taimadamente organizaban una insurrección de equinos en Yanahuanca. Pacientemente, el Abigeo explicaba a los caballos de la provincia los mundiales alcances de la conjura. Con los ojos mojados, los jamelgos entendían que se acercaba la aurora de las pampas libres. Solemnemente se comprometieron a sublevarse; para descrismar a los guardias civiles que osaran emprender la persecución después de la inevitable muerte del doctor Montenegro, sólo aguardaban una señal. Insignes caballos encabezaban la conjura y complicaban, con el auxilio de yeguas de grupas delirantes, al mismo bestiaje de la Benemérita Guardia Civil. *Pajarobobo* y *Lucero*, potros ganadores de la carrera del 28 de julio, encabezaban el complot y comprometían hasta a potros tan escandalosamente rebeldes como *Carchabotas*, *Sietevidios* o *Flor de Romero*. Todo el caballaje desbarrancaría a los guardias civiles el día en que un tusón de ojos amarillos flagelara los potreros con la noticia de que Montenegro colgaba de un árbol. Y esa magna insurrección sólo era el comienzo porque Pis-pis emergería de las selvas de Huánuco,

temible embajador de abelmoscos, tósigos y ababoles. Bastaría espolvorear el agua de los guardias civiles con ferruginos polvos para que se desangraran por todos los agujeros: nariz, boca, oídos y culo. Ello sin contar los poderes del sueño que le permitían al Abigeo anticipar las batidas. No eran, además, cinco sino seis; sólo que el Chorano nunca descosía la boca. En el decurso de un misterioso viaje había extraviado la voz. Durante los meses que caminaron juntos sólo pronunció tres cosas: «Ya vienen las lluvias», «Es mejor esperar la cosecha», y «Cuidado con la mala suerte». El Flaco hablaba por la niquelada voz de una puntería fatal.

—¿Por qué no nos dijo usted que los caballos se sublevarían, compadre? —preguntó el Flaco.

—Quería probarlos, compadre —respondió Héctor Chacón.

—¿Y qué esperan los animales para sublevarse?

—No bien muera Montenegro, un potro color tizne recorrerá los potreros con la consigna.

—¡Colgaremos al Juez y comenzaremos una revolución total! —se entusiasmó Pis-pis descorontando una botella de aguardiente.

—Para tener tierra hay que masacrar a los gamonales —Chacón masticó una sonrisa cruel. El Chorano sonreía indiferente.

—Después que matemos al Juez mandarán tropas. Contrarrestaremos. Yo estoy listo para reunir doscientos cabalgados en este departamento —dijo Pis-pis.

—Éste es el verdadero camino, compadre —dijo el Flaco—. Por la justicia sólo se saca burlas. Mi comunidad, la de Ambo, sigue juicio por sus tierras hace cincuenta años.

—Eso no es nada —dijo Pis-pis—. En el sur, la comunidad de Ongoy sigue juicio desde hace cuatrocientos años. Siete personeros muertos. Eso han sacado.

—¡Miren una choza! —señaló el Flaco, alborozado.

—¡No! —dijo Chacón—. Sigamos. Mejor caminemos de día. Amaneceremos en Tuctuhuachanga. De allí seguiremos a pie. A caballo nos pueden reconocer: seis cabalgados son sospechosos.

Cabalgaron toda la luna y amanecieron en Tuctuhuachanga lívidos de escarcha. El viento arañaba con todos sus perros. En la bajada, el Flaco volvió a descubrir una choza abandonada. Descansaron. Desensillaron los caballos y se metieron en la chocita. Se despertaron con el sol alto, comieron sus fiambres y esperaron la vejez de la tarde. Seguía lloviendo. Con el crepúsculo descendieron a Yanahuanca. Una legua después avistaron dos jinetes: una mujer y un muchacho. Chacón se apartó demasiado tarde.

—¡Héctor —le gritaron—, Héctor! ¡Acércate!

Era la voz de Cirila Yanayaco.

—¡Acércate, Héctor, acércate!

—¿Adónde bueno, Héctor?

—Voy a Yanacocha a comprar ganado.

—No vayas, Héctor —dijo doña Cirila Yanayaco, gesticulando—. Los guardias te buscan por toda la provincia. Esta mañana estuvieron en tu casa y, coléricos de no encontrarte, embargaron los caballos de tu hermano Teodoro.

—¿Y qué hace Teodoro?

–Ocho caballos le embargaron. Camina por todas partes llorando.

–Mejor vamos a tu casa para conocer tus asuntos –dijo Pis-pis.

La Yanayaco emigró a la noche de Tuctuhuachanga.

### 30. Donde se aprenderá la no desdeñable utilidad de los rompepatas

El Personero Rivera se equivocó: las flores del cementerio duraron ocho días; el noveno, las mismas ovejas comprendieron la vanidad del ramoneo y se tendieron, aquí y allá, entre las tumbas. El séptimo día el Personero Rivera convocó a un cabildo. Ante trescientos rostros enlutados reconoció su error: si el día del fatal nacimiento hubiera desconfiado, acaso la noche, madre del Cerco, hubiera abortado, pero no desconfió. La pampa fue siempre de los caminantes. Ahora la tierra, toda tierra conocida, envejecía soltera detrás de un cerco que los pies de ningún humano eran capaces de seguir. Los pueblos más cercanos distaban jornadas. Fortunato, que se oxidaba, pobrecito, en la cárcel de Huánuco, tenía razón: ya no podían retroceder. Había que pelear.

El silencio lloviznaba. Comprendían que para sacarse la espina de esas palabras, don Alfonso recorría, hacía semanas, las callejuelas del insomnio, taconeando sin cesar, las piedras de Rancas en el frío mataballos.

Decidieron atacar.

A treinta kilómetros de sus lutos, reclinado en un sillón de cuero, con una carta en las manos, un hombre rubio, de ojos azules, soñaba. Esa belleza que tuesta la cabeza de todos los que transitan sueños, iluminaba, como una lámpara, su rostro sajón. La carta que Harry Troeller, Superintendente de la «Cerro de Pasco Corporation», releía, viajaba con estremecedoras noticias. En Cleveland se rumoreaba que la «Cerro de Pasco Corporation» y la «Picklands Mather Company» se

fusionaban para consolidar un gigante: uno de los más grandes productores mineros de América Latina. Troeller calculó: las ventas de la nueva compañía superarían, largamente, los 500.000.000 de dólares. Mr. Koenig, Presidente de «La Cerro», aseguraba que las utilidades mínimas del coloso superarían los 75.000.000 de dólares. Mr. Koenig tenía razón. El mundo vivía la época de los megaterios. En el universo de los gigantes, los débiles no tienen derecho a la hierba. Sus ojos se irisaron. ¿Y qué tal si él, Troeller, añadía al activo de ese fabuloso imperio, dueño de docenas de minas, ferrocarriles, fundiciones y puertos, un millón de hectáreas? No las quinientas mil que ese mestizo gordo de su abogado Carranza le aseguraba que limitaría el Cerco, sino un millón de hectáreas.

Y soñó en un cerco infinito, ensoñó una nación encerrada por un cerco más largo que la nieve. ¿Un millón de hectáreas en el Perú? El Directorio se sorprendería. Sí, señor, diría Mr. Koenig y quizá se hablaría, por un instante, de Harry, ese muchacho perdido en las anfractuosidades andinas.

Decidió atacar.

El veintisiete fue un día soleado, el veintiocho nevó. El veintinueve, una mañana de azul inconcebible, un tren se detuvo en el apeadero. Salieron los ranqueños tensos y decididos a pelear, pero los vagones vomitaron guardias republicanos y cien hombres de la Compañía.

Protegidos por los fusiles, viejos máuseres 1909, adquiridos por pública colecta para recuperar, por las armas, las provincias cautivas de Tacna y Arica, las cuadrillas desembarcaron. Treinta minutos después, siempre precedidos por fusiles piadosamente destinados a dorarse bajo el sol de las batallas, los enchaquetados avanzaron hacia el único territorio libre de Rancas: la Puerta de San Andrés.

— ¡Rompepatas!

El «rompepatas» es un tubo de metal de unas pulgadas de diámetro. Enterrados verticalmente, los «rompepatas» convierten cualquier suelo en un tejido de agujeros por donde ninguna oveja camina sin dejar enterrada una pata. Para libertarla, hay que recurrir al cuchillo.

— ¡Rompepatas!

Por la belleza del mediodía pavonado por los fusiles que a comienzos de siglo estuvieron a un pelo de inmortalizarse, avanzaron las cuadrillas. Egoavil, hosco, gritó sus órdenes. Los enchaquetados comenzaron a enterrar «rompepatas». Rancas seguía el trabajo atrozmente fascinada. «La Cerro» clausuraba el único paso libre. Las tres cuartas partes del ganado habían muerto. La pampa era un osario colosal. Pero hasta esa mañana todavía se podía sacar del pueblo los restos del ganado. Cuando las cuadrillas acabaran de sembrar de «rompepatas» la vía férrea, ningún animal cruzaría la Puerta de San Andrés. Don Teodoro Santiago tenía razón: Jesucristo escupía sobre Rancas. No sólo sobre Rancas. Idénticos rostros de cuero sembraban rompepatas en todos los pueblos. Ahora sí los encerraban. Los cuervos de la tempestad derrocaron el breve pero glorioso reinado del mediodía: llovería. El cielo se amargó. Rivera, parado, en el viento comprendió que si no intentaban algo, nunca se libentarían del alambrado. Seca la boca, rebuscó debajo del poncho, con manos sudorosas, su honda de ganado. Miró el cielo desdeñoso, los indiferentes quepis de los guardias, los picos trabajando, las casas debilitadas por la palidez, los buitres próximos...

— Ujujuuu... — aulló ya complicado en el torbellino del hondazo.

— Ujujuuu...

Era un chillido de cernícalo. La piedra chasqueó neta, sobre la cara de un caporal que se chorreó de la montura con la cara ensangrentada.

–Ujujuiii...

Se abalanzaron sobre los guardias. Los republicanos, sorprendidos, se dejaron abrazar. Ya no podían disparar. La rabia de los ranqueños seguía danzando en sus hondazos. Las cuadrillas ensangrentadas huían. Los republicanos, repuestos, cargaban con sus caballos y pisoteaban a los alborotadores que rodaban al río helado, derribados por los culatazos. No cedían. La claridad se esfumaba. En un instante encaneció la tarde y se descascararon los guijarros de un granizo aterrador.

–¡Guardias, retirarse! –gritó el cabo–. ¡Cabrones! –volvió a gritar, alejándose con el piquete–. ¡Ya verán lo que es atacar a la Fuerza Armada!

Ignorantes de que el Código Militar prescribe que «el individuo o individuos que osen atacar a la Fuerza Armada se hacen pasibles a un sumario Consejo de Guerra y que...», los comuneros bailaban. La tempestad no cedía. El camino fallecía bajo la rabia del granizo. El Personero escupió un diente y mandó traer picos y barretas. Arrancaron los «rompepatas». Bajo la granizada se abalanzaron a derribar los postes. Trescientos metros de alambrado experimentaron un vahído. Gritaban y bailaban, poseídos. Roto el cerco, metieron las exhaustas, últimas ovejas. A Marcelino Muñoz –tercera nota de la escuela fiscal– se le ocurrió perpetrar un espantapájaros. Ya en lo morado del atardecer clavó el espantapájaros sobre la montaña de rompepatas vencidos. En la lucha, los guardias habían abandonado un abrigo y una gorra. Marcelino pidió permiso para uniformar el espantapájaros de republicano. El Personero Rivera se lo concedió. ¿Qué pasa cuando el hombre es obligado a desandar el camino de la



bestia? ¿Qué sucede cuando en las fronteras de su infortunio, devuelto a su terror de carnicero acosado, el hombre debe escoger entre volver a ser animal o encontrar la chispa de una grandeza?

Fortunato tenía razón: retroceder allí era lastimar las nubes con el culo.

### 31. De las profecías que anunciaron los señores maíces

— ¡Héctor! — gritó Ignacia soltando el cuchillo con el que pelaba las papas — . ¿Por qué vienes? ¡Hombre loco! ¿No sabes que muchísimas comisiones armadas te buscan? La Guardia Civil sabe que caminas con desconocidos.

La mujer se agarró la cabeza.

— ¡Ay Jesucristo, qué pecado cometí para sufrir tanto!

— Cállate, hija, cállate, y dame algo de comer.

Se levantó Ignacia, pero inmediatamente se sentó encenizada de pavor: unas botas repicaban en el patio empedrado. El revólver de Chacón fulguró en la penumbra. Se llevó el índice a los labios y se escondió detrás de una ruma de sacos de cebada que ocupaban la mitad del cuarto sin ventanas.

La cabeza de un hombre delgado, de rostro asiático y cabellos lacios, asomó.

— Teodoro, ¿qué quieres? — preguntó Ignacia aliviada al ver al hermano del Nictálope.

Unos pantalones salpicados de barro y una chompa mugrosa se abatieron sobre el banco.

— ¿Qué sucede, Teodoro?

El hombre se cogió la cabeza y levantó el charco de susto de sus ojos pequeños.

— ¡Por culpa de tu marido no tengo caballos! Yo no me meto en nada. Mi única desgracia es ser hermano de Héctor. ¿Qué voy a hacer? Ocho caballos y una yegua me han embargado. ¿Cómo los voy a sacar? ¿Cómo pagaré la multa? ¿Con qué trabajaré?

Pero enmudeció mirando la cara que paría la oscuridad.

— Oye, Teodoro — se encolerizó el Nictálope —, no seas cobarde, no insultes a las mujeres. Enfrentate a los hombres. Si hablaras así con el Juez recuperarías tus caballos. Tú no estás comprometido. ¿Por qué no reclamas?, ¿o son robados tus caballos?

— No son robados. Todos los conocen.

— ¿Por qué no reclamas entonces?

— ¿Y si me meten preso?

— ¿Por qué te meterán preso?

Teodoro se humilló.

— Yo sé que usted trabaja por el bien de la comunidad, pero yo sobrellevo la venganza, Héctor. La mano del doctor es pesada. ¿Dónde pararemos?

— Donde quieran nuestros pies, allí pararemos.

— Me da miedo reclamar, me falta ánimo para ir al Puesto.

Se interrumpió y salió bruscamente. En la puerta se le oyó sollozar.

– Todos están asustados – suspiró Ignacia.

– ¿Por qué?

– Creen que la policía matará e incendiará por usted. Eso temen.

– Hablan por hablar.

– Usted ha cambiado. Usted antes no era así. Usted es otro hombre ahora. Yo misma, su mujer, casi no lo conozco.

El resentimiento iluminaba como mal querosene el cuarto oscuro.

– Vamos a sacar los caballos de Teodoro, Ignacia.

– Esos animales los tiene la Guardia Civil.

– No te asustes, Ignacia. Entiéndeme bien. Tengo poco tiempo. Tú irás a la casa de Montenegro. Tocarás su puerta y le dirás: «Mi marido ha venido a Yanacocha con cuatro desconocidos armados».

– ¡Ay, Señor Jesucristo!

– Mi marido ha venido con hombres decididos a todo y yo he tenido miedo. Así le dirás: «Chacón piensa asaltar la hacienda para vengarse por los caballos secuestrados a Teodoro. Suéltelos para que no suceda nada». Así le hablarás al Juez.

– ¿Y si me pregunta otra cosa?

– Contesta con puras lágrimas. Baja a Yanahuanca mañana temprano – dijo Chacón a Ignacia esfumándose.

Ignacia pasó la noche revolcándose en su pellejo, pero a las siete de la mañana descendió, con los ojos enrojecidos, a Yanahuanca. Con la cabeza baja atravesó la plaza. La sombra de un guardia civil clausuraba

la calle. Ignacia se quitó el sombrero, temblando. El guardia, con los ojos de aguardiente, no vio el pavor del sombrero. Ignacia avanzó, pero cuando distinguió, a media cuadra, el gran caserón de tres pisos cuyas paredes rosadas, puertas azules y techos verdes vencían cualquier horizonte, vaciló y retrocedió. Caminó como borracha por todo el pueblo hasta el mediodía. A las doce se presentó a la custodiada puerta.

—Pasa, hija, pasa —dijo el doctor Montenegro, ajustándose el sombrero—. ¿Qué es eso que me cuenta el Chuto?

—Purita verdad es, doctor. Mi marido camina la provincia con desconocidos. A matarte, a eso vienen.

El doctor Montenegro acababa de desayunarse un tazón de chocolate. Se observaron entonces los perniciosos efectos del chocolate sobre los hepáticos: el doctor se puso verde.

—Yo sabía que tu marido venía con gente armada —dijo el hepático—. No necesitaba tu aviso, pero no importa. Eso me sirve para saber que tú eres una mujer legal. Haces bien en avisarme. Si así procedieras siempre, se evitarían desgracias.

—Quiero que mis hijos tengan padre, doctor.

—¿Y qué piensa hacer tu marido?

—Matar y robar en tu hacienda si no sueltan los animales de Teodoro. Es preferible soltar los animales, doctor. Tengo miedo.

—¿Qué es lo que temes, hija? Tú eres inocente, yo te protejo como autoridad.

—Por mis hijos tengo miedo, doctor.

—Así hay que ser legal, Ignacia. Ojalá tantos hipócritas fueran

como tú. Y para que veas que al que procede bien, le va mejor, soltaré los caballos.

— Están listos a matar. Suéltalos, doctor.

— Por ti los soltaré. No por miedo a tu marido. No voy a cambiar mis costumbres ni apartarme de la justicia por cuatro badulaques —y alzó la voz— : ¡Pepita, Pepita!

Doña Pepita, que escuchaba por la puerta entreabierta, entró en la habitación idénticamente afectada por el afamado chocolate cuzqueño.

— Pepita, hija, baja a hablar con el secretario y dile que vaya de mi parte al Puesto para que suelten los caballos de Teodoro. Ese pobre hombre no tiene la culpa de ser pariente de un bandido. ¿Cuántos caballos son, Ignacia?

— Nueve son, doctor.

— Ese Teodoro es rico. ¡Nueve caballos! Bueno, hijita, ya nos veremos.

— Gracias, doctor.

— ¿Dónde me dices que fue tu marido?

— ¿Por dónde andará, doctor? Ese hombre se ha olvidado de su casa.

El traje negro mostró el sarro de sus dientes.

— Estará donde sus enamoradas. Dicen que tu marido es tremendo.

— ¿Cómo será, doctor?

– Bueno, cualquier cosa, avísame. No te pasará nada. Estás con la Autoridad.

Un brusco cariño por los hijos del Nictálope brotó entonces en el corazón del doctor Montenegro. Aquí disputan los escoliastas. Ciertos cronistas sostienen que el doctor preguntó a Ignacia cuántos hijos tenía y cuáles eran sus gracias. Otros historiadores afirman que el doctor extrajo simplemente un billete de diez soles y se lo entregó a la estupefacta Ignacia.

– Cómprales alguna golosina a tus hijos, Ignacia.

El padre de los niños tan cariñosamente evocados se descabalgaba en un callejón rocoso de paredes abruptas.

– Este punto es Yerbabuenaragrac – dijo Chacón, con los ojos brillantes—. Es un monte por ambos lados. Por aquí pasará Montenegro el sábado, forzosamente, a Huarautambo.

– ¿Forzosamente?

– No hay otro paso a Huarautambo.

El Flaco acarició el vientre de la wíchester.

– Aquí dejará su sangre.

– Disimulemos nuestras caballerías y esperemos. Fianbre y trago hay en abundancia. Yo me adelantaré y avisaré tirando piedrecitas. No vaya a ser que quememos a inocentes.

– Pronto caerán todos los que dicen «Esta tierra es mía» – dijo el Flaco.

– El problema es que no conocemos a Montenegro – dijo Pis-pis,

contrariado — . Podemos echarnos a otro.

—No se preocupen, yo vigilaré. Ustedes duerman.

Esperaron el jueves, el viernes y el sábado, las veinticuatro horas del sábado y las novecientas sesenta horas de los cuarenta sábados siguientes. El doctor Montenegro no apareció. En vano los miembros del «Comité pro-fusilamiento del más grande cabrón de Yanahuanca» (palabras de Pis-pis) se aburririeron en Yerbabuenaragrac. Ni los naipes ni los recuerdos los consolaron. El doctor Montenegro se encerró en su caserón. Acometido por una súbita mesticia, el Juez no salió ni para atender el Juzgado. La Benemérita Guardia Civil le trasladaba los reos a su patio. Y se esparció el rumor de que mientras los integrantes del «Comité pro-ejecución gratuita del más gordo hijo de puta de la tierra» (textos de Pis-pis) no fueran habidos, el doctor no dejaría sus habitaciones. Los disgustados directivos del «Comité pro-ejecución pública del concha de su madre más notorio de la provincia de Yanahuanca» (texto y música de Pis-pis) no tuvieron más remedio que consultar al Abigeo.

—¿Qué descubres en tus sueños, Abigeo?

El Abigeo no veía nada.

—Sólo distingo una pampa, una pura pampa distingo.

—Montenegro no saldrá de su despacho —informó el Ladrón de Caballos— mientras no se sepa dónde estás.

—¿Cómo sabes?

—El sargento Cabrera ha hablado en su casa. Su cocinera ha oído.

—¿Qué hacemos? —se desanimó el Flaco.



– Esperar – dijo Pis-pis –. En estos hijos de puta más que el miedo puede la codicia. No perderá la cosecha.

– ¿Esperar hasta la cosecha? – Chacón se ensombreció –. No, hermanitos, es muy largo. Mejor regresen a sus pueblos. Ustedes se están perjudicando. Regresen. Yo iré a buscarlos cuando termine la cosecha.

Pis-pis se mordió las uñas.

– Usted tiene razón, compadre.

– Usted nos avisará y ahí mismo saldremos – dijo el Flaco acariciando el buche de su escopeta –. Estos señores también estarán listos.

– ¿Usted qué cree? – preguntó el Ladrón de Caballos.

– Voy a ver mi suerte con el maíz – dijo Pis-pis.

Pis-pis extendió el poncho marrón y tiró un puñado de maíces.

– Tú serás Montenegro – nombró a un grano negro. Sopló el humo del cigarro.

– Tú serás Chacón – bautizó a un grano blanco.

– Tú serás Yerbabuenaragrac – tituló a un grano rojo.

Desparramó los granos y sopló tres veces. Tres veces tiró también el maíz con el rostro sudoroso.

– No sé qué pasa – dijo –, siempre salen parientes traidores.

– ¿Parientes?

Tiró nuevamente los maíces.

–Sí, nos dañan los parientes.

–Mejor lo comprobamos –y sacó otros granos. Los bautizó rápidamente.

–Tú serás Chacón.

Sopló el cigarro.

–Tú serás la casa de Chacón.

Sopló el cigarro tres veces.

–¿Y?

–Hay un pariente que te entrega.

–¡Qué va a ser!

–Tú caerás en tu casa, Héctor.

–Me tienen miedo. A mi casa nunca llegan –dijo Chacón ajustándose el barboquejo.

–¡Cuídate, Héctor, cuídate!

## 32. Presentación de Guillermo el Carnicero o Guillermo el Cumplidor, a gusto de la clientela

Al Comandante G. C. Guillermo Bodenaco se le nombra por igual, Guillermo el Carnicero o Guillermo el Cumplidor. ¿Dónde se domicilia la verdad? Los ordenancistas insisten en que «el deber es el deber» y añaden: «un oficial es un oficial», anáforas que poseen la ventaja de abandonarnos como la «Cerro de Pasco Corporation» dejó a Cerro de Pasco: a oscuras. Los adversarios de Guillermo el Carnicero sostienen que al comandante lo enloquecía la sangrecita. Los criollos la sangre la comemos frita, con cebollas y hierbas halagadoras al olfato. «No nos referimos a esa sangre –predican tales adversarios–; hablamos de sangre humana». Los partidarios retrucan: ¿Willy era entonces un antropófago? Se les contesta: «No, no era antropófago, pero se deleitaba con la sangrecita». Y sacan papeles y papelotes y recuerdan que durante el segundo gobierno del Presidente-ingeniero-doctor-alférez Manuel Prado, el Comandante Bodenaco participó en docenas de «desalojos». Gracias a su valerosa labor durante ese sexenio se enfriaron más cadáveres que en nuestras épicas batallas (la mitad de los muertos de la batalla de Junín y el doble de los héroes de la batalla del Dos de Mayo incluyendo las bajas españolas, dos de ellas de cólico). Así vivimos durante la segunda presidencia de ese simpático humorista que, en un raptó de inspiración, destiló esta gota de elixir filosófico: «En el Perú –precisó el Presidente Prado– hay dos clases de problemas: los que no se resuelven nunca y los que se resuelven solos». La incultura de los campesinos impidió la propagación de tan interesante axioma filosófico. Los problemas campesinos se resolvieron a balazos. Durante seis años el Gobierno fusiló a ciento seis campesinos. Guillermo el Carnicero o

Guillermo el Cumplidor participó en casi todos los «desalojos». Para zanjar definitivamente las discusiones, el cronista resuelve denominar al Comandante Bodenaco, alternativamente, por sus dos sobrenombres. El método evitará reconcomios. Guillermo el Cumplidor conocía el oficio. En el campo, antes que nada, invitaba a los campesinos a retirarse de las tierras invadidas. Los campesinos se obstinaban, tozudamente, en permanecer en sus tierras mascullando palabras incomprensibles, mostrando documentos sebosos y agitando banderitas peruanas. Primer error: el uso del bicolor nacional, prohibido a los civiles sin permiso, exasperaba los sentimientos patrióticos de Guillermo el Carnicero. El reglamento es categórico: el pendón nacional se reserva a instituciones y autoridades.

Así las cosas, una mañana, Guillermo el Cumplidor se detuvo en la bifurcación del camino entre Cerro de Pasco y Rancas. Guillermo el Carnicero descendió del *jeep*. Instantáneamente se congeló una columna de pesados camiones repletos de guardias de asalto. En ese lugar, algo así como cincuenta mil días antes, otro jefe detuvo a su tropa: el General Bolívar, la víspera de la Batalla de Junín, librada en esa pampa. Minutos más, minutos menos, casi a la misma hora, Bolívar contempló los verdosos techos de Rancas.

Un jinete se acercó.

—El enemigo está cruzando Reyes, mi General —dijo un edecán canoso por la polvoreda.

Bolívar se ensombreció. ¡Canterac esperaba! En su rostro se pulverizaron mil kilómetros de marcha inútil.

—¿Qué piensa, mi General?

Sucre se veía pequeño, fatigado.

—Hay que provocar la pelea de todas maneras —masculló Bolívar—. ¿A qué distancia marcha la infantería?

—A dos leguas, mi General. —El uniforme del General Lara no se veía bajo el poncho oscuro.

—¡Ataque con los húsares! —ordenó Bolívar.

Lara impartió las órdenes. Salieron disparados los edecanes. Desde el abra de Chacamarca Bolívar miró desplegarse la caballería. Los escuadrones ganaban lentamente la pampa. A tres kilómetros la polvareda que exhalaba Reyes se detuvo. Canterac volvió grupas. El horizonte se embarbaba de vertiginosos jinetes. Mil quinientos húsares se abanicaron como las plumas de un gigantesco pavo real de muerte. Los húsares se deleitaron en la belleza de su línea y avanzaron trescientos metros al trote, luego picaron espuelas: la pampa exhaló un relámpago de patas con las lanzas bajas.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no se despliega nuestra caballería? —palideció Bolívar.

Quien no palideció fue Guillermo el Cumplidor. Miró con fastidio la llanura por donde avanzaba la tortuguenta Guardia Republicana. Era una vaina. Pero lo tomó filosóficamente, se reclinó en el *jeep*, extrajo un cigarro, lo encendió y exhaló el humo.

*De la jarana somos señores  
y hacemos flores con el cajón,  
y si se ofrece tirar trompadas  
también tenemos disposición.*

Tarareó Guillermo el Carnicero recordando cariñosamente al

escultor del celeberrimo vals: el Mayor Karamanduka. Durante otra marcha, hacía cuarenta años, el rey de la jarana concibió la letra inmortal: el día que la Guardia Republicana a órdenes del Mayor Karamanduka viajó a masacrar a los obreros de Huacho que reclamaban la jornada de ocho horas.

La Republicana, mala tropa, avanzaba a paso de hormiga.

*Pásame la agüilla*

*pásame la agüilla*

tarareó el Comandante Bodenaco. El hombre de armas gusta de música. Once guerras ha tenido el Perú. El roquedal exhaló a Fortunato. Vestía unos pantalones salpicados de grasa y una sucia camisa a cuadros. La guerra de 1827 con Bolivia la ganamos. El paseo por el Titicaca lo pagaron los perdedores.

*Yo no te la paso*

*ni de raspadilla*

tarareó Guillermo el Cumplidor. Hacía más de dos horas que Fortunato había desembarcado del camión «Así y todo me quiere tu hermana». La guerra de 1828 con la Gran Colombia la perdimos: un general que llegó a Presidente traicionó a otro general. Inútilmente Nieto alanceó a Camacaro. Fortunato había cumplido su condena en la cárcel de Huánuco: desacato a la autoridad. La guerra de 1838, de nuevo con Bolivia, la perdimos. Para evitarse una nueva ración largaron a Fortunato de la cárcel la noche anterior. La guerra de 1837 contra los chilenos la ganamos, pero el Perú permitió al cercado ejército chileno se retirara íntegro, entre marchas triunfales. Fortunato pidió permiso para dormir bajo el «Así y todo me quiere tu hermana», que salió a las tres de la mañana para Cerro de Pasco. La guerra de 1839, de

nuevo con Chile, la perdimos: claro que entre los vencedores formaban dos futuros presidentes del Perú, Castilla y Vivanco. Fortunato llegó a Cerro a las ocho de la mañana, ansioso de volver a su casa, pero no pudo resistir el olor de un caldo de carnero que hervía en una de las carpas de la plaza. Le quedaban tres soles.

*De la jarana somos señores*

*y hacemos flores con el cajón*

cantó el Mayor Karamanduka segando la marcha de blusas blancas, con la primera descarga.

–Por favor, un caldito –pidió Fortunato.

La dueña, una mujer de enormes nalgas, clavó los ojos en la carretera.

–¿Qué pasa, comadrita? –preguntó Fortunato, interesadísimo en congraciarse para que no le demoraran el caldo. La curva vomitó el primer camión policial. La guerra de 1841, de nuevo con Bolivia, la volvimos a perder: alguien le disparó por la espalda al Presidente Gamarra en plena batalla de Ingavi. Pesadamente avanzaban los camiones repletos de guardias de asalto. Las conversaciones se marchitaron. El zumbido del gentío se debilitó.

–Hoy desalojan a Rancas –susurró uno de los desayunadores. Fortunato, con un nudo en la garganta, reconoció a un comunero de Junín.

–Hoy es el desalojo –repitió.

Fortunato trató de sorber todo lo que podía del caldo hirviente. La guerra de 1859 la ganamos sin disparar un tiro. Ecuador pagó el pato: se acordó que el perdedor pagara el paseo por Guayaquil, pero

inexplicablemente el Perú proporcionó dinero, vituallas y equipo. La garganta rechazó la quemadura del caldo. Su mano temblorosa alargó sus tres últimos soles y se acercó al paradero. Cinco minutos después saltó sobre un camión que reducía la velocidad en la subida; pero el asmático «Yo también fui último modelo» sólo avanzó unos kilómetros. En Colquijirca, una fila de guardias detenían el tráfico, fusil en mano. La guerra de 1879, iluminada por la solitaria antorcha del «Huáscar», la perdimos. El «Yo también fui último modelo» ingresó en la fila.

Fortunato saltó antes que lo viera el chófer. La Guardia Civil verificaba identidades. ¡Y cómo no perderla si el nuevo Presidente, General Iglesias, salió a combatir a los morochucos vestido y armado por los chilenos! En un grupo de mineros cubiertos por cascos amarillos, Fortunato reconoció a un comunero de Ondores.

– Pssst – silbó.

– ¿Qué hay, Sapito, qué pasa?

El viejo enarcó las cejas y se llevó el índice a los labios.

– Shhh..., shh...

– ¿Qué pasa?

– Oiga usted, hoy desalojan Rancas. Necesito llegar. ¡Préstame tu casco!

– ¿Y yo cómo cruzo?

– Con tu carnet. ¡Préstame tu casco!

– Está bien, Sapito.

Atravesaron el control confundidos con los mineros. Los guardias



civiles, excitados, verificaban a la loca. En el pavor de la retirada, perdida la guerra, los coroneles desesperados escribían «mande más sogas para mandarle más voluntarios». Fortunato cruzó el control y avanzó, calmadamente, trescientos metros, luego empezó a trotar. La pampa resplandecía. La guerra de 1930, con Colombia, la perdimos. Presentimientos amargos trotaban con la lengua fuera. Pero entre 1900 y 1911 en el Putumayo se arrancaron 4000 toneladas de caucho a costa de 30.000 huitotos. Buen precio: siete vidas por tonelada. Cada mata, cada piedra de esa estepa eran para él, diferentes, inolvidables. La guerra del 41 con Ecuador la ganamos: tres paracaidistas tomaron Puerto Bolívar. El viejo corría y corría. Ocho guerras perdidas con el extranjero; pero, en cambio, cuántas guerras ganadas contra los propios peruanos. La no declarada guerra contra el indio Atusparia la ganamos: mil muertos. No figuran en los textos. Constan, en cambio, los sesenta muertos del conflicto de 1866 con España. El 3.º de Infantería ganó solito, en 1924, la guerra contra los indios de Huancané: cuatro mil muertos. Esos esqueletos fundaron la riqueza de Huancané: la isla de Taquile y la isla del Sol se sumergieron medio metro bajo el peso de los cadáveres. En esa pampa donde al hombre lo consuelan tan pocas horas de sol, Fortunato había crecido, amado, trabajado, vivido. Corría y corría. En 1924 el Capitán Salazar encerró y quemó vivos a los trescientos habitantes de Chaulán. En la lejanía fulguraron los techos de Rancas. En 1932, el Año de la Barbarie, cinco oficiales fueron masacrados en Trujillo: mil fusilados pagaron la cuenta. Los combates del sexenio de Manuel Prado también los ganamos: 1956, combate de Yanacoto, tres muertos; 1957, combates de Chin-Chin y Toquepala, doce muertos; 1958, combates de Chepén, Atacocha y Cuzco, nueve muertos; 1959, combates de Casagrande, Calipuy y Chimbote, siete muertos. Y en los pocos meses de 1960, combates de Paramonga, Pillao y Tingo María, dieciséis muertos.

*Somos los niños más engreídos*

*de esta bella y noble ciudad*

*por nuestra gracia y sagacidad.*

Compuso, con voz bien timbrada, el Mayor Karamanduka cuarenta años antes que Guillermo el Sanguinario tarareara sentimentalmente su memoria: el día que su regimiento redujo a los huelguistas de Huacho a un cuajarón de sangre. Fortunato recordó los nombres de sus carneros: *Algodón, Plumita, Amadeo, Flor del Campo, Banderita, Negro, Machito, Coqueta, Burlón, Trébol, Ocioso y Fortunato*. Se le licuaron los ojos.

Guillermo el Cumplidor divisó a Rancas, el objetivo, neto, al fondo de su línea de mira.

*Y si se ofrece tirar trompadas*

*también tenemos disposición.*

### **33. Valederas razones que obligaron a Héctor Chacón, el valiente, a disfrazarse de mujer**

Cuando Arutingo, el del volcánico trasero, desea humillar a Yanacocha, pregunta: «¿Chacón era el hombre más valiente de esta provincia?». La gente, que mira venir el bulto, esquivo la pregunta, pero el compadre golpea el mostrador con voz estropajosa: «¿Era o no era?». «Sí, era, don Ermigio». El borracho se zampa otro huaracazo y se carcajea. «¿Por qué se disfrazó entonces de mujer?». Es inútil negarlo. Una noche lluviosa, Chacón se vistió de mujer. Sulpicia le consiguió la ropa. Y como Sulpicia sólo tenía una muda, se prestó el pañolón y el sombrero de una viuda. Esa noche Chacón vistió de pollera, pañolón y sombrero. Es verdad, pero también es verdad que hacía meses que el juez Montenegro se clausuraba en su casa. Ese hombre tan aficionado a pasearse por las plazas y a meditar en los balcones, cambió de gustos; súbitamente desengañado por las alegrías del paisaje, se enterró en el exilio de habitaciones remotas. Renunció a sus paseos. Los Notables se embarbaron aguardando en las esquinas el paseo del Primer Vecino. El Magistrado perdió el gusto a las recorridas. El doctor Montenegro privó de su traje negro a la provincia. El Juzgado de Primera Instancia engordó de expedientes. Fue el siglo de oro del señor César. El pacífico secretario acudía todas las mañanas a la casa del Juez con una montaña de documentos, penetraba por la puerta ceñudamente vigilada por nubes de malencarados; una hora después cruzaba, de nuevo, el portón azul, con las sentencias bajo el brazo. En el camino lo asaltaban los parientes de los enjuiciados. «¿Qué hay de mi marido, don César?». «Libre». «¿De don Policarpo qué hay?». «Sale a fin de mes». El doctor se condolía de las desgracias del género humano. Paseaba por sus

corredores, en silencio, con el rostro nublado, inclinando el sombrero ya a la izquierda ya a la derecha. Su mano de piedra se ablandaba, comprendía la necesidad, perdonaba los errores, rebajaba las sentencias; era como si él, que nunca había pedido favores a la amistad, volviera ahora el rostro a las solicitudes del cariño. El doctor no salía. Aun así, se necesitaron meses para que la gente cometiera la valentía de ocupar la plaza a la hora en que, en otro tiempo, el traje negro salía y contemplaba la derrota del día. Un atardecer, una pareja de enamorados intoxicados por la dicha, se atrevió a pasearse por la plaza a las seis; repitieron el paseo al día siguiente. Ni los guardias civiles ni los comerciantes osaron intervenir. «¿Por qué no sale el doctor?», interrogaban los agentes viajeros, sorprendidos. «Está estudiando», respondían de mala gana sus compinches. ¿Qué estudiaba? ¿Devanaba los misterios del cosmos? ¿Viajaba por los laberintos de las ciencias secretas? ¿Recorría los senderos de la magia? Todos los días se veía salir de su puerta azul a los caporales y se les veía volver con las compras o los recados de la hacienda; cabritos, pollos, conservas, aguardientes, pero no se descubrían libros. ¿Dónde hubieran podido comprarlos? En la provincia, nadie vende libros. El Almanaque *Picot* es la única lectura accesible. «El doctor practica la Magia Negra. Lo que le compran y le llevan los caporales son lechuzas. Yo las he visto», informaba sigilosamente el Niño Remigio.

Una noche en que el cielo tronaba, el Nictálope saltó la tapia del corral de Sulpicia y se deslizó, en la oscuridad, hasta la choza donde la vieja preparaba sus pellejos para dormir.

— ¿Quién es? — se alarmó Sulpicia en el mango de un machete mohoso.

— Chacón es, mamá.

— ¡Alabado sea Jesucristo! ¿De dónde sales, Héctor?

– No enciendas luz, mamá.

– Acércate al fogón, Héctor, tendrás frío. ¿Has comido?

El que tiritaba no contestó.

– ¿Qué comerás en las alturas, Héctor?

– Muchas veces no como.

– ¿Dónde dormirás?

– Donde me agarra la noche duermo. Pero todo está bien. Para matar a ese hombre todos los sufrimientos valen.

Sulpicia movió la cabeza.

– Nunca lo matarás, Héctor. El doctor Montenegro ya no sale de su casa. Trescientos peones lo custodian de día y de noche. No saldrá mientras tú no seas capturado. Comisiones de guardias civiles te buscan por todos los rumbos con orden de enfriarte.

– Ya lo sé, mamá.

– La Guardia Civil custodia todas las esquinas de la plaza. ¡Habría que ser araña para filtrarse!

– Repite eso, mamá.

– ¡Habría que ser una arañita!

En la riquísima calor del fogón sus ojos relampaguearon.

– ¿Qué tal si me disfrazara?

Sulpicia sofocó una risa.

– ¿De qué te disfrazarías, Héctor?

– Quizá me disfrace de mujer...

Sulpicia se carcajeaba.

– ¿Qué diría la gente si viera a Chacón disfrazado de mujer?

– ¿Qué tal si me meto hasta el mismo dormitorio de Montenegro disfrazado de cocinera?

– Se reirían. ¡Cómo se reirían!

– ¿Y si volviera con la cabeza de Montenegro bajo mi pollera?

La luz de la vela devoraba los rasgos de la vieja.

– Preguntemos a la coca, Héctor.

El hombre ya no tiritaba. Se sentaron y sacaron puñados de coca. Al que le pregunta con el corazón limpio, la coca le adelanta su suerte. Si la coca lastima la boca avisa el peligro; si se ablanda en una bola dulzona, no hay riesgo. Se arrodillaron.

– Mamá coca, usted sabe todo. Usted conoce los caminos. El bien y el mal, el peligro y el riesgo usted los conoce. Mamá coca, Chacón quiere disfrazarse de mujer para matar a un abusivo. ¿Hay peligro? Hoja verde, mamá verde, mamá hoja, avísanos. Tengo fe en usted. Desconfío del animal, desconfío del agua, desconfío del metal. Sólo tengo fe en usted, mamá hoja.

Eran sólo dos mandíbulas.

– Mamacita hoja, señora verde, mamá hoja. Sulpicia te habla, mamá. Sulpicia quiere conocer la verdad, ¿qué pasará si Chacón se

cambia de prendas? ¿Qué pasará si bajamos para matar al hombre de corazón negro? ¿Nos capturarán? ¿Viviremos o moriremos? Hoja, hojita, contéstame.

—Mi coca es dulce —Chacón resplandecía—. No me cogerán. ¿Qué dice tu coca, Sulpicia?

—La coca acepta —respondió la mujer, aliviada—. Yo apenas tengo una muda, Héctor. Te prestaré un centro, pero faltará ropa. Aquí cerca vive una viuda. Yo le he facilitado media arroba de papas, no me negará alguna ropita. Espera, Héctor, espera.

Sulpicia volvió media hora después con un deshilachado pañolón azul y un sombrero de fieltro masticado por las lluvias. Héctor Chacón, el valiente, se atavió entonces de mujer.

—Anda a la plaza, Sulpicia, y compra alguna cosa.

Sulpicia retornó con el rostro descompuesto.

—Chacón, las cosas van mal. El sargento Cabrera me ha constatado.

Las mandíbulas verdes se inmovilizaron.

—¿Cómo es eso?

—Me detuvo y me preguntó: «¿Qué haces aquí?». «¿Por qué caminas a esta hora?».

—¿Qué dijiste?

—Vengo de Cerro de Pasco, mi sargento, y estoy buscando posada. Él me quitó el sombrero y me dijo: «¿Tú no serás por casualidad Héctor Chacón?».

– ¿Usted qué piensa?

– Si sales, te chapan. Mejor escápate.

– Iré a mi casa.

– ¿A tu casa?

– Los guardias me buscan por las alturas. Nunca soñarán que me escondo en mi casa.

El hombre flaco, de pómulos perfilados, de barba crecida, la miró. La cabeza horneada por las privaciones titiló, en los ojos de la vieja, por última vez.

La medianoche se ensañaba en una nueva enemistad de relámpagos. Chacón se deslizó por su puerta. En la oscuridad, Héctor contempló un rostro tiznado de miedo: Ignacia. «Soy Héctor», susurró pero vio claramente que el miedo no amanecía. Sin encender la luz se arrastró hasta el pellejo de Ignacia, mientras se bajaba el pantalón. Antes de exhalar una palabra Ignacia sintió entre las piernas la dulzura de la cornada. Se refocilaron hasta que clareó. Héctor se sentó en el amanecer naciente y encendió un cigarrillo.

– ¿Qué te pasa, Ignacia?

– ¿Siempre sigue usted con la intención de hacerse justicia?

– Yo seguiré hasta el fin, Ignacia.

– La comunidad tiene miedo. Hay guardias civiles hasta en la sopa.

– Hay que acostumbrarse.



– ¿Qué vas a hacer tú solo, Chacón? Cuando te pase algo, ¿quién velará por tus hijos?

– Si muero, moriré. Si vivo, viviré. Ése es mi destino.

El cigarrillo la quemó con los ojos.

– No puedo abandonar esta lucha, Ignacia. Hay que luchar ya de frente, con bala de sangre.

– Mucho has cambiado, Chacón. Te desconozco.

– Yo nunca voy a estar bien con los ricos. Ellos son abusivos. ¿Voy a morir en la cárcel? Mejor moriré luchando.

La pollera sufría el cansancio, las noches sin hombre, las fatigas.

– Oye, Chacón, las papas están por subir al troje. Tus hijos se van a jugar, no me ayudan.

– Yo te ayudaré. Me quedaré.

– Aquí nunca te buscan. Los guardias visitan las casas de tus enamoradas.

– Pobrecitas, porque tienen varones presos o perseguidos, me sirven. Por eso.

– Está amaneciendo, Héctor. Estarás cansado. Te prepararé tu desayuno, échate, descansa. Pobrecito, cómo dormirás en casas ajenas.

– A veces amanezco andando.

– Aquí puedes descansar.

– Primero dormiré, luego trojaré la papa.

—Voy a comprar. Ya vuelvo.

Pero quien volvió fue la Benemérita Guardia Civil.

Y aquí se extravían los hagiógrafos. Los que quieren hornear al Nictálope le susurran que Ignacia lo entregó y se exceden hasta afirmar que su miseria alargó la mano para recibir esa mañana lluviosa un puñado de billetes anaranjados. El Niño Remigio discrepa y cuando resucita de sus ataques (cada día empeora, casi no hay mañana que no ruede con la boca espumosa) dice: «Fue su hija. Fue Juana. Yo la tengo denunciada en mi huayno». ¿Fue Juana? «A su marido lo tenían escogido para el servicio militar. Ampudia tenía veintiocho años, pero le rebajaron la edad. Juana sentía tizones en el vientre. Ella lo cambió por Héctor», dice el jorobado. «Yo vi tachar su nombre de la lista de conscriptos». ¡Imposible! Al Niño Remigio sólo le permitían entrar a la Jefatura de Línea para sacar la basura.

Chacón se zambulló en un sueño azabache. Hacía meses que no dormía bajo un verdadero techo. Soñó que lo hería una espina. Levantó el pie y miró su planta empedrada de guijarros, cubierta por filas de piedrecitas, como granos de una mazorca. Se las arrancó sólo para sentir que la piel se rendía en un vacío sin huesos. Pero estaba tan fatigado, que sólo despertó cuando aullaron los perros y los tiros. Abrió los ojos. Los balazos granizaban sobre la ventanita del troje. La Guardia Civil cercaba la casa. Para amedrentarlo, dispararon una hora. Acurrucado tras unos sacos, el Nictálope oía chasquear los balazos en la madera. Hacia el mediodía goteó el tiroteo. Un silencio mordido de perros se desplomó sobre el susto de Yanacocha. Sus ojos se arrastraron a una rendija.

—¡Chacón! —gritaron las voces de la Guardia Civil—. ¡No dispares, son alumnos de la escuela!

Los ojos capaces de seguir una lagartija una noche sin luna

distinguieron nueve guardias y una docena de tiradores parapetados detrás de los mandiles de los niños de la escuela. El Nictálope reconoció a algunos, miró su revólver y sopesó el costalillo, pesado de cartuchos.

— ¡Mierda!

— ¡Chacón! — gritó el sargento Cabrera—. ¡Si no disparas, te respetaré la vida!

Entreabrió la ventana y parpadeó en el oro del mediodía. Sus ojos abarcaron Yanacocha, los potreros, el camino a Huarautambo, la cara de *Lunanco*, las advertencias de Pis-pis, la fracasada revuelta de las caballerías, los treinta años de su prisión y los fusiles imantados a su pecho. Descendió la escalera.

El sargento Cabrera lo miró con alegría, con envidia, con rencor.

— ¡Ya pisaste la cáscara, ya te resbalaste! — gritó.

### 34. Lo que Fortunato y el Personero de Rancas conversaron

El viejo divisó los tejados de Rancas. Se detuvo en una roca. Cincuenta mil días antes el General Bolívar se había detenido allí: la mañana de su entrada en Rancas. Bolívar quería Libertad, Igualdad, Fraternidad. ¡Qué gracioso! Nos dieron Infantería, Caballería, Artillería. Fortunato avanzó, ahogándose, por la callejuela. En el yeso de la cara, le miraron la desgracia.

— ¡Ya vienen! ¡Ya viene la Guardia de Asalto!

Respiraba con la boca abierta.

— ¿Por dónde?

— ¡Por Paria!

Se sentó, agotado. Algo así como cincuenta mil días antes el Mayor Rázuri —cinco tardes después encabezaría la carga de los «Húsares del Perú»— había evadido allí la coz de un chúcaro asustado por el anaranjado remolino de una mariposa.

— ¡Auxilio, auxilio, Virgen María!

— ¡Ya nos llegó la hora!

— ¡Hay que hacer algo!

— ¡Nos matarán como pencos!

— ¡Cómo van a matarnos! ¡El uniforme es para defender a los peruanos, no para atacarlos!

— ¿Dónde está el Personero? — preguntó Fortunato.

Hombres y mujeres de rostros derrocados revoloteaban por la plaza. El viejo pensó, sin querer, en las moscas entontecidas en la luz de las lámparas.

— No somos moscas — dijo en voz alta.

— ¿Qué cosa, Fortunato?

Teodoro Santiago volvía a sus gritos.

— ¡Pecado, pecado! ¿Por qué no se terminó el altar? Para diversiones y corrupciones siempre hubo, pero ¿para Diosito? ¿Quién se acordó? ¡Pecadores, corruptos, sinvergüenzas!

— ¡Cállese, carajo!

— ¡Desvergonzados, sin temor de Dios! ¡Arrodíllense!

— ¡Silencio, carajo! — gritó Fortunato cogiendo a Santiago de las solapas enlutadas, aún llorosas por Társila Santiago —. ¡Silencio! No es hora de gritar, sino de pelear. Hoy nos jugamos el todo por el todo. ¡Ármense con palos, con piedras, con lo que sea! ¡El todo por el todo! ¿Oyen?

Ochenta manos sucias de trabajo recogieron piedras. Al agacharse miraron al Personero Rivera.

— ¿Por dónde vienen? — gritó el Personero corriendo.

— Por tres rumbos — dijo el pequeño Mateo Gallo, desalentado —,

¡por Paria, por Pacoyán y por la carretera!

Por el rumbo de las haciendas trescientos jinetes seguían el trote del doctor Manuel Iscariote Carranza. Algo así como cincuenta mil días antes, casi al mismo paso, el General Necochea, jefe de la caballería patriota, había avanzado por allí.

— ¡Ahora nos matarán a todos! — gimoteó una mujer.

— ¡No se alarmen, papacitos! — dijo Rivera — . No pasará nada. En Villa de Pasco, Adán Ponce resistió a la tropa. ¿Ha muerto? ¿No atiende su café? Ayer no más lo vi tomándose un riquísimo caldo. No pasará nada. ¡Vamos a arreglar bonito!

Se calló bruscamente. Los pavonados rostros de los guardias de Asalto avanzaban a la Puerta de San Andrés. Algo así como cincuenta mil días antes había cruzado esa entrada la avanzada del General Córdova, cinco días antes que su regimiento fundara en esa pampa la República del Perú. Avanzaron los de Asalto. A unos treinta metros empuñaron las metralletas. Los ranqueños miraron fascinados la atroz, acompasada belleza de la marcha. A don Mateo Gallo — ¡pronto lo enfardelarían como una momia! — le pareció que las bocas de las metralletas se agigantaban más que las de los cañones que una vez había visto desfilar en el Campo de Marte: un aniversario de la Batalla de Junín. Un alférez flaco, de cara pecosa, maltratado por la altura, se adelantó. Rivera se enfrentó.

— ¿Cuál es el motivo, señores? — preguntó con voz adelgazada por la palidez.

— ¿Usted quién es?

— Yo soy el Personero de Rancas, mi alférez. Yo quisiera saber...

Se le extravió la voz. El alférez lo miró, cachaciento. Tres años de servicio le enseñaban que el uniforme enronquece las voces más valientes. El Personero sudaba para recuperar la palabra refugiada en sus intestinos. Quería hablar, informarle al alférez que ellos, los comuneros, pisaban sus propias tierras, que si les daban tiempo exhibirían títulos expedidos por la Audiencia de Tarma, pergaminos emitidos antes que el alférez, que el bisabuelo del alférez, naciera, que sólo vivir en esa estepa enemistada con el sol es ya una hazaña, que esos pastos no producían nada, que en esa pampa donde el sol calienta una hora, un saco de semilla produce apenas cinco sacos de papa, que ellos casi no conocían el pan, que sólo en los buenos años podían comprarle a sus niños galletas de soda, que ellos...

Quien habló fue Fortunato.

— ¿A qué se debe la visita, mi alférez?

— Hay orden de desalojo. Ustedes han invadido propiedad ajena. Tenemos orden de desalojarlos. ¡Se van! ¡Ahora mismo se van!

— Nosotros no podemos desalojar esta tierra, mi alférez. Nosotros somos de aquí. Nosotros no hemos invadido nada. Otros nos invaden...

— Tienen diez minutos para desalojar.

El uniforme se volvió a la fila grisácea.

— Es «La Cerro de Pasco» quien invade, mi alférez. Los gringos nos cercan y nos persiguen como a ratas. La tierra no es de ellos. La tierra es de Dios. Yo sé bien la historia de «La Cerro». ¿O acaso trajeron la tierra al hombro?

— Faltan nueve minutos.

El escuadrón de republicanos convergía a la Puerta de San

Andrés.

—En estos lugares nunca se conocieron cercos, mi alférez. Nosotros nunca supimos lo que era un muro. Desde nuestros abuelos, y aun antes, las tierras eran de todos. Ni alambrados, ni cercos, ni candados conocimos hasta que llegaron los gringos de mierda. Ellos introdujeron los candados. No sólo los candados. Ellos...

—Faltan cinco minutos —murmuró el galón. El viejo miró las llamaradas. Los escuadrones comenzaban a incendiar las chozas.

—¿Por qué incendian? ¿Por qué atacan? ¡Ustedes no respetan ni padre ni madre! —rezongó—. Ustedes no saben lo que es ganarse la vida. Ustedes nunca han agarrado una lampa, nunca han abierto un surco...

—Faltan cuatro minutos.

—No para abusar. Para protegernos el Gobierno les paga, señores. Nosotros no faltamos a nadie. Ni siquiera faltamos al uniforme. —Señaló el color caqui: «Ése no es el uniforme de la patria». Se agarró la chaqueta: «¡Estas hilachas son el verdadero uniforme, estos trapos...!».

—Faltan dos minutos.

La gente fugaba sucia de alaridos. El incendio crecía. Una lágrima surcó el pómulo de cobre.

—Nos consideran bestias. Ni nos hablan. Si nos quejamos, no nos ven; si protestamos... Yo me quejé al Prefecto. Yo llevé los carneros, mi alférez. ¿Qué dijo?

El alférez sacó lentamente su revólver.

—Ya no falta nada —dijo y disparó.



Una universal debilidad destituyó a la rabia. Fortunato sintió que el cielo se desfondaba. Para defenderse de las nubes alzó los brazos. Se abrió la tierra. Intentó agarrarse de las hierbas, de la orilla de la vertiginosa oscuridad, pero sus dedos no obedecieron y rodó, rebotando, hasta el fondo de la tierra.

Semanas después, en sus tumbas, sosegados los sollozos, acostumbrados a la húmeda oscuridad, don Alfonso Rivera le contó el resto. Porque los enterraron tan cerca que Fortunato escuchó los suspiros de don Alfonso y consiguió abrir un agujero en el barro con una ramita. ¡Don Alfonso, don Alfonso!, llamó. El Personero, que se creía condenado para siempre a la oscuridad, sollozó. Lloró una semana, luego se calmó y, más tranquilo, le informó que él, Fortunato, se escurrió al primer balazo, de bruces, sobre su sangre.

— ¿Y qué pasó luego?

— «Ya saben que esto va en serio», gritó el alférez. La gente se dispersó como plumas de gallina. Yo no pude pararlos. «Tienen otros cinco minutos», advirtió.

— ¿Y qué pasó? — preguntó Fortunato ampliando, pacientemente, el orificio.

— Se me ocurrió traer la bandera. Al Pabellón Nacional lo respetan todos. Eso pensé.

— ¡Era una magnífica imaginación, don Alfonso!

— Ordené traer la bandera de la escuela. Don Mateo Gallo se acomodó a traerla.

— ¡Muy bien hecho! Usted no podía abandonar su puesto.

— Volvieron con la bandera. Los guardias rodeaban Rancas. Una

cintura de capitanes venía por tres lados. Por el lado de Paria vino el doctor Iscariote Carranza con trescientos cabalgados.

— ¡Cojones!

— Egoavil traía doscientos montados de Pacoyán y por la carretera, el propio Comandante Bodenaco.

— ¿Y?

— «Cantemos el himno». No me salía la voz, don Fortunato. Finalmente comenzamos: «Somos libres, seámoslo siempre». Yo pensaba «van a cuadrarse y saludar». Pero el alférez se calentó. «¿Por qué cantan el himno, imbéciles?». «¡Suelta eso!», me ordenó. Pero no solté la bandera. La bandera no se suelta.

— Esa bandera tiene un escudo bordado que si no recuerdo mal costó seiscientos soles.

— Eso pensé, don Fortunato, pero los guardias me soltaron una docena de culatazos; yo caí, pero seguí cantando «... y antes niegue sus luces el sol que faltemos al voto solemne...». Se enfurecieron y me molieron a culatazos. Me rajaron la boca. «Suéltala». «No la suelto». «Suéltala, concha de tu madre». «No la suelto». Me zamparon un bayonetazo y me cortaron la mano. «Suéltala». Otro sablazo me descolgó la muñeca.

— ¿Y los demás?

— Habían corrido. Me quedé solo.

— ¿Y luego?

— Yo vi la grasa de mi mano y pensé: ya me jodieron. Ahora ¿con qué voy a trabajar? Y no recuerdo más: ahí mismito oí la ráfaga.

— ¿Y luego?

— Ya no sé más. Me desperté aquí, consolado por tu voz, Fortunato.

— Yo sí sé lo que pasó luego — dijo una voz violeta.

— ¿Quién es? ¿Quién habla?

— Soy yo, Tufina.

— ¡A usted también la mataron, viejita! ¡Hijos de puta!

— No blasfemes, Fortunato. Considera el sitio. Piensa en Dios.

— Se le oye mal, doña Tufina — dijo Fortunato —. ¿No puede abrir un huequito?

— No puedo, tengo los dedos rotos. Me los machacaron.

— ¡Hijos de puta!

— Cuenta no más, mamacita — dijo Rivera —. ¿Qué pasó? ¿Qué sucedió con mis hijos?

— A tus hijos los vi vivos, llorando sobre tu cuerpo. Tu mujer gritaba: «¡Bandera es mentira, himno es mentira!».

— ¿Seguro que los viste?

— Ensangrentados, pero vivos, don Alfonso.

— Cuente lo que sucedió luego, doña Tufina — dijo Fortunato tratando de no maltratar más al Personero.

— Usted cayó, don Alfonso. Los guardias avanzaron regando

muerte. Las balas suenan como maíz tostándose. Así suenan. Avanzaban; de rato en rato, se detenían y mojaban los techos con gasolina. Las casas ardían. Vi caer a Vicentina Suárez. La gente se enfureció. Respondió con piedras. Cayó don Mateo Gallo.

— ¿Era la única resistencia?

— No, no era la única. Los muchachitos de la escuela subieron a la loma y trataron de empujar una galga.

— Pero ¡si el terreno no tiene subida!

— Así es, fracasaron: las piedras no rodaban. Los guardias los corrieron a balazos. Allí cayó el muchachito Maximino.

— ¿El que construyó el espantapájaros?

— Así es, señor Personero. Vi caer al muchachito y sentí una quemazón en la sangre, saqué mi honda y le solté una pedrada en la cara a uno de los guardias. Me disparó su metralleta. Caí de espaldas con la barriga abierta.

— ¿Moriste allí mismo?

— No, estuve muriendo hasta la tarde.

— ¿Y nadie te ayudó?

— ¿Quién me iba a ayudar? Rancas era un ascua. Incendio, gritos y balas, humo y llantos, eso era.

— ¡Pobre doña Tufinita!

— Vomité mi vida a las cinco. Lo último que vi fue el humo de las bombas lloradoras.

– Shsst – susurró Rivera –, shsst. ¿No oyen? Están bajando otros muertos.

– ¿Quiénes serán? – dijo Tufina.

– Si son ranqueños, algo conocerán – dijo Rivera.

Para no asustar a los sepultureros, que cavaban, se callaron. No abrieron la boca hasta que el sordo paletear de las lampas apagó el ruido de la mañana. Suave, delicadamente, trataron de comunicarse con el nuevo.

– ¿Quién es? ¿Quién es usted?

Sólo les respondió el tranquilo rumor de un dulce canto.

– Es un angelito – dijo Tufina.

– ¿Cómo te llamas, hijito?

El angelito siguió cantando. Ninguna respuesta obtuvieron, pero tres días después sonaron los aldabonazos de otro sepelio. Temerosos de que los sepultureros lo enterraran lejos de sus voces, enmudecieron.

– ¿Quién es usted? – preguntó Fortunato.

El zumbido de los padrenuestros arreció.

– ¡Perdóname, Jesucristo, que no me arrodille! ¡Discúlpame que no te bese tu mano! – suplicó el recién llegado.

– ¡Soy Fortunato, don Teodoro!

– ¡He pecado! ¡Por mi culpa y por mi grandísima culpa fuiste condenado y crucificado!

– Cállese, don Teodoro. Ya pasó lo peor.

– ¿Quién eres?

– Soy Fortunato.

– No me asustes, Sapito.

– ¿Qué le ha pasado, don Teodoro?

– ¡He estado mal, don Alfonso! El día de la masacre los guardias me culatearon en el costado. Escupí sangre. No me cuidé. Ése fue mi error: cogí un viento. Padecí dos semanas. Sólo ayer descansé.

– ¿Qué novedades hay arriba? – preguntó, con sencillez, Rivera.

– ¡Todo anda boca abajo, Personero! La policía persigue a todos los habladores. Se han llevado a muchísimos presos. El mismo Alcalde de Cerro está encarcelado en Huánuco. Tú tenías razón, Sapito. No es Jesucristo quien nos castiga, son los americanos.

– ¿Se ha convencido, don Santiago?

– ¡Me convenciste, Fortunato!

– Pero ¿qué ha pasado? – se impacientó Rivera.

– Los hacendados quieren borrar a las comunidades. Han visto que «La Cerro» nos masacró a su gusto. Se exceden. ¿Se acuerdan de la escuela 49357?

– ¿La escuela de Uchumarca?

– Al día siguiente de la masacre los Londoño mandaron clausurar la escuela. Sacaron a los niños, vaciaron el local, destecharon el tejado y metieron candados. Ya no es una escuela: es un chiquero.

—Pero ¡si esa escuela tenía un escudo mandado de Lima! —se asombró Rivera.

—¡No hay niños, hay cerdos! Sucede lo mismo en toda la pampa. Sobramos en el mundo, hermanitos.

—Shsst —avisó Tufina—. Ahí vienen otros.

—¿Quiénes serán?

—¿Serán ranqueños?

—¡Sabe Dios! —suspiró Fortunato.

FIN



MANUEL SCORZA (Huancavelica, 9 de septiembre de 1928 – Madrid, 27 de noviembre de 1983), poeta peruano de la llamada Generación del 50, entre el compromiso social y la imaginería parasurreal, se dio a conocer en el ámbito internacional con la primera entrega (*Redoble por Rancas*, 1970) de una pentalogía (*La Guerra Silenciosa*, 1970-1979). A lo largo de sus páginas, integradas por *Historia de Garabombo el Invisible*, *El Jinete Insomne*, *Cantar de Agapito Robles* y *La Tumba del Relámpago*, Scorza denuncia las injusticias contra las comunidades indígenas de los Andes, perpetradas por un gobierno alejado de la sierra y unas empresas transnacionales sin escrúpulos.

Falleció en un accidente aéreo que también terminó con la vida de Ángel Rama, uno de los mayores ensayistas y críticos literarios de América Latina.